

El lamentable descenso de Henry Norton



Una novela perpetrada por
Ángel Delgado

Scriptoria Libros

El Lamentable Descenso de Henry Norton



Una novela perpetrada por

Ángel Delgado Rodríguez

Título:

El lamentable descenso de Henry Norton

Cádiz, 2014

Diseño de portada:

Ángel Delgado Rodríguez

Fotografía: Panorámica de Nueva York (licencia libre).

© *El lamentable descenso de Henry Norton.*

Ángel Delgado Rodríguez, 2014

Más información en:

<https://www.facebook.com/ellamentabledescensodehenrynorton>

Blog del autor: <http://scriptoria.es>

Puedes oír la música que suena en esta novela en *Spotify*, buscando El lamentable descenso de Henry Norton.

1ª edición en papel. Junio, 2014.

1ª edición ebook. Septiembre, 2015.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna, ni por ningún medio, sin permiso previo del autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Todos los personajes, situaciones e historias que aparecen en esta obra son ficticios y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

«Es ridículo ambientar una historia de detectives en Nueva York. Nueva York es por sí misma una historia de detectives»

Agatha Christie

Es de noche, la madrugada ha caído y todo está en silencio en el apartamento que Henry Norton tiene en Manhattan, pero es un silencio roto por los sonidos que emiten las teclas de una Underwood bajo la luz de una lámpara. Norton escribe las últimas páginas de una novela que comenzó hace más de cuatro años.

Estamos en marzo de 1981 y Henry se ha encerrado durante los últimos meses para ponerle fin a su tercera novela. Acaba de dejar atrás la etapa más oscura de su vida. Eso cree, pero justo en el momento en que ha encauzado un final sublime para la historia que está escribiendo el teléfono de su apartamento comienza a sonar. Al principio no lo oye y cuando se percata de él no le hace caso. Piensa que puede ser su editora, en las últimas semanas ha estado incordiándole con preguntas sobre la novela, casi a diario, aunque es poco probable que sea ella por la hora que es, nunca suele llamar tan tarde, sobre todo cuando sabe de sobra que el escritor trabaja de madrugada. Así que Henry sigue escribiendo como un autómatas, ignorando el sonido del teléfono para no desligarse del torrente de palabras e ideas que van surgiendo de su cabeza en forma de imágenes. Siempre ha escrito así, transformando en palabras las imágenes que van deambulando ante él como si fuesen las escenas de una película de cine negro.

El teléfono sigue sonando pero Norton continúa inmerso en la vorágine que supone el final de la historia que escribe, arrastrado por ella sin remedio. En 1973 publicó su primera novela, que transitó por el panorama literario obteniendo un discreto éxito de crítica. Cuatro años más tarde, en enero de 1977, su segunda novela vio la luz y alcanzó un éxito comercial considerable, pero él ve aquello tan lejos y la historia de su mujer le trae recuerdos tan tristes que prefiere dejar que el olvido se ocupe de ellos. Tan sólo habló con la policía de todo lo ocurrido, y con Larry, con su amigo Larry, pero ahora él está muerto y Norton es un neoyorquino de cuarenta y cinco años que no tiene a nadie con quien hablar, aunque a él eso ya no le importa, las ganas de hacerlo desaparecieron hace unos meses, justo el mismo día en que Hannah y Paulette le telefonaron con tres horas de diferencia para decirle que ya no

volverían a verle nunca más. A Henry Norton le dejaron ambas mujeres a la vez y recibió las llamadas en el mismo teléfono que ahora no paraba de sonar en mitad de la noche de su apartamento de Manhattan.

El escritor alarga el brazo sin dejar de mirar el folio mecanografiado que está cargado en la Underwood y toma con la punta de los dedos un Marlboro casi consumido que reposa en el cenicero, se lo lleva a la boca, da una chupada y piensa que en breve tendrá que cambiar el carrete de tinta de la máquina, se está secando, pero ahora no puede emplear su tiempo en cambiarlo por uno nuevo, tan sólo puede malgastar los segundos justos para darle la última calada al cigarrillo y volver a sumergirse en la historia del papel. Mientras tanto el teléfono ha dejado de sonar, pero eso Norton no lo sabe porque en su oído persisten los ecos de los *rings* insistentes del aparato, como si fuesen las últimas notas de una canción que se va alargando en los restos de la noche. Hay canciones que permanecen enquistadas en la memoria de las personas, enquistadas a un recuerdo de cualquier tipo y eso es lo que hace que se conmuevan de muchas formas o que nos destrocen por dentro cuando las evocamos, a veces ocurre con tan sólo oír las primeras notas. Henry Norton tiene muchas canciones de ese tipo y el mensaje que debe darle la voz tras el teléfono esta noche es una de esas canciones, pero él aún no lo sabe.

Han pasado cuatro meses de la muerte de Larry y fue a partir de entonces cuando Norton cambió de nuevo su forma de vivir las cosas. Puede decirse que casi es la misma persona que fue años atrás, cuando su mujer estaba en casa. Pero ahora vuelve a estar solo, completamente solo, y goza de una libertad absoluta sin comprometerse con nadie, por eso se había entendido a la vez con esas dos chicas, Hannah y Paulette. Dos mujeres menores que él y que había conocido en sus paseos nocturnos por la Séptima Avenida.

A Hannah la conoció una noche de principios de enero, la chica tenía diecinueve años y acababa de matricularse en la Universidad de Albany, era una estudiante de Literatura Hispanoamericana y una enamorada de España, del Quijote y del jazz de los años 50, eso fue lo que atrajo la atención de Norton cuando pedía un whisky con soda en la barra del Village Vanguard. Él recogió su vaso y cuando estaba a punto de girarse la oyó decirle al camarero que Ben Webster le parecía infinitamente mejor que Coleman Hawkins y

Lester Young y que lo había demostrado con creces cuando interpretó *Danny Boy* y *Tenderly* en el 63. Por aquel año Norton recordó que Webster había actuado en Providence, Rhode Island, y que con toda probabilidad la chica hacía referencia a ese concierto. Henry se sorprendió al oír aquello y nada más mirarla se dejó embaucar por el balanceo de sus rizos pelirrojos sobre la barra. Ella se había inclinado para pedir un bloody mary con aquella voz tan cristalina que tenía, y las puntas de su melena rozaron levemente la madera mojada mientras su mano izquierda, blanca como la leche, intentaba recoger su pelo para evitar que quedase empapado por los restos de las copas que se habían derramado con anterioridad sobre la barra. Fue inútil, las puntas acabaron mojadas y Norton vio una oportunidad excelente para hacer una broma sobre aquello. Ella le miró, divertida, y él pagó el bloody mary mientras hacía un comentario sobre aquella actuación de Ben Webster. Luego charlaron durante largo rato sobre los temas que estaban sonando en el local. Y cuando ella dejó su cigarrillo sobre el cenicero y quiso excusarse para ir al baño él le dijo que la besaría nada más regresara a su silla, que si le iba a parecer desagradable que un hombre de cuarenta y cinco años la besara en la boca podía marcharse a otra parte del club, de esa forma no la volvería a molestar, ni siquiera volvería a mirarla durante el resto de la noche. O que, si incluso estar cerca de él le iba a parecer repugnante, podía pedirle que se marchara.

Hannah permaneció en silencio mientras Henry Norton le soltaba todo aquello. Luego apuró su tercer bloody mary de la noche, cogió su bolso de mano y entró en el baño. Se preparó una raya de cocaína sobre el lavabo y la dejó reposar mientras ocupaba uno de los retretes, se bajó las bragas y se agachó sobre la taza. No tuvo que tomar ninguna decisión mientras oía cómo el chorro de orín se mezclaba con el agua sucia del inodoro y los últimos compases de *Moonglow*, interpretada al saxo por Benny Carter, resonaban en la distancia. La decisión la había tomado antes de apartarse de la barra. Cuando acabó cogió un trozo de papel higiénico y accionó la palanca de la cisterna pero el mecanismo no funcionaba, así que se limpió y echó el trozo de papel en un cubilete metálico que había junto al retrete. Se dirigió al lavabo y abrió su bolso de mano, se repasó los labios con un Margaret Astor de color rojo que casi hacía juego con su pelo y salió del baño olvidándose de esnifar la cocaína.

Norton la vio regresar mientras le daba un sorbo a su whisky con soda. Ella ocupó su sitio en la barra y le sonrió. Tenía los labios brillantes. Tenía

una boca apetitosa, una boca de diecinueve años que daban ganas de morderla de la misma forma en que se muerde la carne de un melocotón que ha caído del árbol en su mejor momento. Pero Henry no la besó, se limitó a seguir mirándola mientras le daba otro trago largo a su vaso y se agarraba a él como si ese pedazo de cristal con hielo fuese el último salvavidas de un barco a punto de zozobrar. Luego siguieron hablando de jazz y del mal estado en que se conservaban algunas grabaciones que Billie Holiday había dejado en los estudios Verve, y lo que Norton había dicho sobre besarla quedó rápidamente relegado al olvido, como si aquellas frases hubiesen sido pronunciadas por otra persona muy diferente al escritor, como si se hubiesen pronunciado en un mundo paralelo o hubiese estado poseído momentáneamente por un espíritu romántico, enfervorizado y febril que se diluyó en el aire como el humo de un cigarrillo, nada más ver regresar a Hannah del baño.

En el apartamento de Henry Norton el teléfono vuelve a sonar en mitad de la noche y se acopla al repiqueteo de su máquina formando una perniciosa melodía. Norton continúa tecleando de manera frenética, a veces incluso cierra los ojos mientras las palabras siguen volcándose de sus dedos al papel. Cierra los ojos para verse aún más adentro de la historia que está finalizando. Se imagina que todo lo que él ha sido hasta ahora está dentro de su cabeza y baja por su rostro, por el cuello, para más tarde dividirse en dos partes iguales a la altura de su torso y seguir descendiendo por sus brazos, hasta que acaban cayendo pesadamente sobre las manos y se pierden por debajo de las teclas, desde las puntas de sus dedos gruesos hasta llegar a los párrafos que escribe en el papel blanco. Incluso así Norton es incapaz de evadirse por completo del aparato que le reclama.

Por un momento se detiene, levanta con suavidad los dedos de la Underwood y comprueba lo evidente: el sonido del teléfono reina ahora por encima de cualquier otro en la madrugada de Manhattan, igual que lo haría King Kong desde la cima del Empire State Building.

El cigarrillo se ha apagado y Norton abre los ojos y comprueba que las letras apenas se marcan sobre el papel. Tiene que cambiar la cinta. Mientras lo hace sus ojos continúan visualizando los párrafos que faltan sobre las páginas que le restan por escribir, aunque sus manos vayan al primer cajón de su escritorio y desenvuelvan el nuevo carrete él sigue escribiendo el final de

su novela allá donde se posan sus ojos. Una vez tiene la cinta preparada levanta la tapa de la máquina de escribir y la encaja en su sitio. El teléfono deja de sonar y el escritor enciende otro Marlboro, da una calada y deja escapar el humo por la nariz, lentamente; lo hace como si él fuera el gigantesco simio de aquella película y todos los teléfonos del mundo se esparcieran a su alrededor, destrozados bajo sus puños. Aún tiene el final de su novela en las yemas de sus dedos. Así que se lanza de nuevo sobre las teclas.

La noche en que conoció a Hannah en el Village Vanguard Norton montó a la chica en el Chevrolet que había heredado de su amigo Larry y condujo hasta su apartamento. Hicieron todo el trayecto en silencio y cuando Henry paró el motor en la radio sonaba *I only have eyes for you* en la voz de Billie Holiday. Aquel instante hubiera sido el momento perfecto para besarla pero ninguno de los dos se movieron de sus asientos. Henry fue el que rompió ese halo diciendo que creía no tener en casa lo necesario para preparar un bloody mary. A ella eso ya no le importaba. Una vez arriba Norton abrió la puerta y pulsó el interruptor de la luz de la entrada. Muchas veces hacía eso y luego no encendía ninguna otra. Salvo cuando se sentaba en su escritorio, entonces sí prendía la pequeña lámpara. Eso le gustaba, que todo su mundo pudiese iluminarse con una sola bombilla. Entraron en el apartamento, se detuvieron frente al sofá y comenzaron a desnudarse, cada uno despojándose de sus propias prendas, hasta que se quedaron desnudos. Sus cuerpos parecían dos esculturas neoclásicas inacabadas iluminadas con crudeza por la luz blanca de la entrada del apartamento.

Entonces ella, aún de pie, levantó una pierna y apoyó el pie en el brazo del sofá, dejando entrever toda la abertura de su sexo joven, de vello rojizo y rizado. Norton se acercó a ella y la penetró. Aquella noche no se besaron, sólo tuvieron sexo en esa postura, luego bebieron y hablaron de jazz hasta que el sueño les rindió. Henry dijo que dormiría en el sofá y Hannah pasó al dormitorio. Así ocurrió todas las veces que se vieron, unas veces coincidían en el club de jazz, otras se llamaban por teléfono, pero siempre acababan igual. Ella levantaba una pierna y él la penetraba hasta que eyaculaba dentro. Transcurrieron más de dos meses hasta que el escritor le dio aquel beso a Hannah, ocurrió con los dos de pie y con sus bocas jadeando y suspirando a

unos centímetros una de la otra. Entonces Norton se inclinó y la besó, fue un beso demasiado suave, como si estuviera rozando con sus labios una cortina de seda. Sólo hacerlo de ese modo y el jazz eran las únicas cosas que tenían en común y lo llevaban a cabo como un ritual silencioso. Todo lo demás no importaba.

Por eso Norton no se extrañó que una noche Hannah no apareciera y le telefonara para decirle que no le vería nunca más. A Henry aquello le dolió, siempre duele cuando ya no vas a volver a ver a alguien y, de vez en cuando, en sus descansos frente a la Underwood, se preparaba un bloody mary y se imaginaba a Hannah de pie junto al sofá, con sus labios entreabiertos y mostrándole con su morbosa y falsa inocencia su frondoso sexo de vello rojo.

El teléfono vuelve a sonar pero él hace caso omiso y continúa escribiendo. Además, no existe ninguna otra mujer que le tenga que dejar por teléfono. Ya no.

Paulette también lo hizo, así se llamaba la otra chica que le dejó. Era calcada a la actriz de cine mudo del mismo nombre: Paulette Goddard. A Henry le pareció una coincidencia celestial que se llamase igual y que ella llevase el pelo como la mujer de Charles Chaplin. Aquello había sido algo fortuito, ya que Paulette nunca se había interesado especialmente por el cine clásico, que comenzaba a apreciar ahora junto a Henry. Hacer el amor con cada una de ellas era totalmente distinto. Una noche Henry guió a Paulette para que hiciera lo mismo que, de forma natural, hacía Hannah nada más entrar en el apartamento, pero ni la posición de la pierna, ni el vello púbico, ni los gemidos de Paulette eran como los de la universitaria. Así que el escritor alternaba entre una y otra de acuerdo a su apetito sexual y a las ganas de ver una sesión de cine clásico en el reproductor de videocasetes, eligiendo a Paulette, o de oír unos vinilos de jazz, con Hannah.

Cuando acababa de hacer el amor con Paulette él se levantaba de la cama y se sentaba a escribir la novela o cualquier otra cosa, entonces la chica cogía el chelo que había pertenecido a la mujer de Norton y, desnuda, comenzaba a tocar alguna pieza de Edward Elgar. Y en ocasiones Henry, sin dejar de escribir, levantaba la vista e imaginaba los pezones de Paulette que,

temblorosos, estarían rozándose contra la parte trasera del cuerpo del instrumento. Así permanecían durante algo más de una hora, como dos seres apartados del mundo, incomprensidos o excluidos, hablando cada uno, en solitario, los lenguajes de una vieja máquina de escribir y del instrumento musical de cuerda de una desaparecida. En ocasiones la mujer dejaba de tocar, rodeaba el chelo con sus brazos desnudos, miraba por la ventana hacia la calle y, con la vista puesta en algún vehículo, preguntaba:

—¿De qué color tengo los ojos, Henry?

Y Norton, aun oyéndola, elegía seguir inmerso en su mundo literario. El escritor ya había oído aquello muchos años atrás, cuando su mujer le había preguntado lo mismo tras haber tomado aquel batido de vainilla en Mattus. Ella se había tapado la cara con una servilleta y había lanzado aquella pregunta. Y el escritor había contestado:

—Del color de los cuentos que aún no te he escrito.

Por aquel entonces Henry estaba enamorado como un adolescente y contestaba a las cosas como un hombre que daba saltitos incontrolados por la superficie lunar en lugar de hacerlo como un transeúnte cualquiera de las aceras de Nueva York. Ahora era distinto, por eso reservó su respuesta, por eso simulaba estar ausente y siempre se quedaba en silencio cuando Paulette le preguntaba lo mismo tras hacerle el amor, porque era eso, con Paulette hacía el amor; con Hannah era distinto, una sosegada obsesión lujuriosa y sexual. A la universitaria había tardado dos meses en besarla, a Paulette no, a ella la había besado la primera noche. Tomó su cara entre sus manos y atrajo sus labios finos sin carmín hasta su boca. Cuando Henry se apartó ella le dijo que jamás la habían besado así, con esa endiablada lentitud, como haciendo que todos los objetos a su alrededor se derritiesen. Así fue como empezó a enamorarse del escritor. Leer las dos novelas que había escrito sólo sirvió para acentuar aún más su interés por él. Cansada de esperar a ser correspondida con el mismo afecto que le profesaba, decidió sustituir la pasión por pequeñas muestras de cariño, como levantarse de la cama para prepararle un sándwich mientras él seguía escribiendo de madrugada, o darle un tímido beso en la cara mientras seguía inmerso en el papel, con un cigarrillo colgándole de los labios. Sin embargo, en otras ocasiones, no había separación entre ellos y la chica se dejaba arrastrar por la pasión incontrolada del escritor, que le llevaba a besarla en cada rincón del apartamento, aunque la mayoría de las veces los tres metros que separaban la máquina de escribir y el chelo se hacían años luz de distancia.

Así transcurrieron varios meses hasta que Paulette se cansó de hacer de esposa suplente. Entonces dejó a un lado sus sentimientos, cogió el teléfono y llamó para decirle que no volverían a verse más. Dos horas antes Norton había recibido la llamada de Hannah diciéndole exactamente lo mismo. Dos llamadas prácticamente idénticas. Lo que no supo en ese momento es que, tras colgar el auricular, Hannah continuaría con sus estudios de Literatura Hispanoamericana en Albany mientras Paulette salía por el hueco de la ventana del apartamento donde vivía, en un octavo piso. Su vida acababa en una acera de Park Avenue, con su precioso cabello peinado a lo Goddard alborotado sobre el asfalto.

Finalmente, ante la insistencia de las llamadas al teléfono, el neoyorquino se rinde. Abandona su escritorio y acude a descolgar el aparato. Se lo lleva a la oreja y por un instante todo queda en silencio. Un teléfono descolgado ya no suena y las teclas de la Underwood reposan quietas, han dejado de moverse bajo sus dedos esperando de nuevo a que el escritor se siente ante ellas. Transcurren unos segundos antes de que la voz del otro lado empiece a hablar, pero para Henry Norton esos segundos parecen circular tan lentos como el tráfico de Manhattan en hora punta. Al otro extremo del auricular una voz que el escritor desconoce pregunta por él:

—¿Henry Norton?

—Sí —contesta en un volumen casi imperceptible.

La voz del desconocido prosigue indicándole que tome nota de una dirección. Por el timbre y el tono se trata de la voz de un hombre, de eso no cabe la menor duda. El escritor abre de mala gana la libreta de un viejo listín telefónico que hay sobre la mesilla del teléfono, toma un lápiz y garabatea en una página en blanco la dirección que le indica el desconocido.

—¿Ya la tiene? —pregunta la voz.

—Sí.

—Muy bien. Norton, su mujer está viva.

Tras decir eso el desconocido cuelga. Ante el auricular se extiende el vacío y Henry Norton se vuelve a quedar solo en mitad del silencio que reina en su apartamento de Manhattan, solo que ahora no hay nada que lo rompa, ni siquiera el sonido de las teclas de una máquina de escribir bajo la luz de una lámpara.

Después de oír aquello Norton pone el auricular en su sitio y lee la dirección que ha escrito en la página del listín telefónico: «1800, Amsterdam Avenue, esquina con la 149». Eso está en Harlem, piensa. Y lo repite varias veces en su cabeza. «En Harlem, eso está en Harlem. Harlem. ¿Qué pasa en el 1800? ¿Qué demonios hay en esa esquina de Amsterdam Avenue?».

Luego se dirige a su escritorio y se sienta. Como un autómatas relee los últimos párrafos que ha escrito de su novela y pone sus manos sobre las teclas con la intención de seguir hasta el final, pero no le es posible. Se queda quieto y entiende que es inútil, no va a poder seguir. Lee la última frase escrita. Está incompleta.

suprimiendo todo espec

Nada. Es inútil. Se conoce, sabe de sobra que ha salido, se ha desenganchado del torrente. Norton cierra los ojos y permanece así un par de minutos, llevando a cabo un último intento de volver a la historia. Luego se levanta, va al mueble bar, coge un vaso, abre la nevera, echa un par de hielos y se prepara un whisky. Y siente como si no viviera en 1981, sino que es como si estuviera viviendo cinco años atrás, como si su mujer fuese a aparecer de un momento a otro por la puerta de la cocina para decirle que la cena está lista. Aunque duda y también cree que no es nadie, un pedazo de carne humana sin sentido, y que daría igual si estuviera encerrado en su apartamento de Manhattan o en mitad de la Quinta Avenida a expensas de que un autobús nocturno le pase por encima y le haga papilla. La llamada telefónica le ha arrastrado, aquella voz le ha sacado del papel llamándole por su nombre. «Norton, su mujer está viva», había dicho. Anote esta dirección, y ya está. Fin. Era la bomba. Era una jodida bomba en toda su jeta ahora que ya había vuelto a encauzar su vida.

A pesar de saber que no podrá volver a escribir esa noche se sienta ante el escritorio y relee las últimas páginas. Al cabo de unos minutos se da por vencido, arranca el folio de la máquina y lo deposita sobre los demás. Casi se ha acabado la copa, de modo que se levanta a prepararse otra. Pronto

amanecerá, ha decidido que nada más asomen las primeras luces acudirá a la dirección que ese tipo le ha dado por teléfono. Debe hacerlo para comprobar que todo es una broma de mal gusto, entonces podrá volver a su apartamento y retomar el hilo para acabar de una vez por todas con su novela. Ahora se encuentra un poco cansado, le da varios tragos al vaso antes de depositarlo en la mesita del teléfono, luego se tumba en el sofá y se queda dormido.

Despierta cuando la claridad comienza a entrar por la ventana. Se incorpora, se acaba el whisky y se pone la gabardina. Coge las llaves del apartamento, arranca la hoja del listín telefónico donde ha anotado la dirección de Amsterdam Avenue y se la guarda en la cartera. No le apetece conducir. A una manzana hay una parada de taxis, de modo que Norton sale de su apartamento decidido a tomar uno. El trayecto no es muy largo, prácticamente es un trazado recto desde donde vive, dejando a la derecha Central Park. «Ojalá Larry estuviera vivo» piensa una vez dentro del taxi mientras mira el trozo de papel con la dirección que ha anotado unas horas antes. Luego baja la cabeza y comienza a recordar parte de lo acontecido en los últimos meses.

Henry Norton no sabía desenvolverse con soltura a la hora de hablar con una mujer que le gustase. Como consecuencia de aquello, cada vez que tenía cerca a una, los dedos de su mano izquierda (sobre todo el índice y el pulgar) se ponían a temblar como colas de lagartijas recién cortadas. Aquello no le había ocurrido siempre, los primeros síntomas surgieron a raíz de la desaparición de su mujer y le resultaba tan repulsivo que se metía la mano en el bolsillo hasta que pasara. En ocasiones el temblor duraba hasta una hora, todo dependía del tiempo que estuviese frente a la chica en cuestión o de cuanto le encantase. Como aquella vez que tuvo que salir al jardín de la casa de Larry. Larry Stanton se convirtió en su mejor amigo tras la desaparición de su mujer y hasta el momento en que un vecino lo encontrase muerto, flotando en la piscina de la casa que tenía en el 540 de Steuben Street, en Staten Island.

Según el forense pudo sobrevivir a la cocaína pero no al agua. Murió ahogado, Larry no sabía nadar. Aquello ocurrió a principios de diciembre de 1980. La última fiesta que dio en su casa fue un mes antes. Norton había intentado controlar el temblor nada más ver a Linda. La chica era rubia, con una melena rizada que le llegaba al trasero y tenía la cara llena de pecas. En

cierto modo le recordaba a su esposa, no sólo por el físico sino porque apenas sonreía, al menos nunca la vio sonreír en los minutos en los que estuvo explicándole que su mayor frenesí en la actualidad se acercaba más a recopilar todos los discos editados de Pete Johnson que a la de intentar acabar su tercera novela para poder mantenerse en el mercado literario, y así evitar convertirse definitivamente en un escritor-despojo. Tras articular unas cuantas frases más sin sentido Norton llevó a cabo su particular exilio: se marchó al jardín de la casa y observó a la chica desde la distancia. Linda era delicada pero le otorgaba a su rostro la seriedad e indiferencia que Buster Keaton mostraba en los personajes de sus películas, algo que podría haber ahuyentado de su lado al tipo más dicharachero, pero nada más lejos, Larry le había contado que bajo aquella carita de ángel la chica, en realidad, era una fiera; un verdadero pendón desorejado. Los temblores de Norton se acusaban con la ingesta descontrolada de alcohol y de alguna que otra sustancia prohibida. Y a raíz de aquello, cuando estaba bajo sus efectos, le habían visitado varios fantasmas de familiares del pasado con los que mantenía cortas conversaciones. Algo que ocurría sólo en circunstancias puntuales, como cuando se le aparecía John Norton Junior II, su abuelo.

Así que cuando todos seguían divirtiéndose dentro de la casa él salió a tomar el fresco y a contar el número de estrellas que se reflejaban en el agua de la piscina donde pronto se ahogaría su mejor amigo. Al cabo de un par de minutos dos chicas semidesnudas salieron riendo de detrás de unos matorrales que había al otro lado de la piscina, recogieron el resto de su ropa del pie de un árbol y se metieron en la casa por la puerta trasera. Luego todo quedó en un apacible silencio, sólo quebrado por la voz de Robert Plant, Larry siempre ponía *Stairway to Heaven* al final de sus fiestas. Mientras se dejaba llevar por la música Henry se puso en cuclillas al borde la piscina y miró al frente, al otro lado del estanque distinguió un diminuto punto de luz, parecía la llama de un cigarrillo. Entonces una voz que no conocía dijo:

—Es usted un hombre triste.

—¿Cómo dices? —preguntó Henry.

—Me dirijo a usted. Digo que es un hombre triste. Ni la bebida, ni la compañía femenina, ni las drogas que le pasa su amigo le hacen olvidar.

El desconocido pegó una calada y la luz del cigarrillo se hizo más intensa.

—Le he estado observando —continuó— y está solo. Y eso es porque se cree un ser superior, por encima del resto, incluso de su amigo Larry.

—¿Tienes algo bueno para pasarme? —preguntó Norton mientras los dedos seguían temblándole—. Ah, no, claro que no, las alucinaciones sois así —acabó diciendo mientras se dejaba caer de espaldas en el césped.

—Es usted un espejismo de lo que...

—¡Oh, cállate, joder! Me duele la cabeza. He salido de ahí para huir de esa tía y estar un rato en silencio y me encuentro contigo ¿Eres otra de esas apariciones? Lo eres ¿verdad? A ver... ¿quién coño eres tú? ¿Mi abuelo otra vez? ¿Un tío político que murió en Pensilvania? ¡Tío Bud, tito mío! Canta conmigo la canción de Tampa Red ¡Vamos! —acabó diciendo entre risas mientras comenzaba a recitar:

*Let me tell you, boys what uncle Bud will do
Steal your jelly and make a monkey of you
Uncle Bud, uncle Bud
Uncle Bud, dog gone him uncle Bud*

Luego permaneció en silencio durante un minuto mientras aquel tipo seguía fumándose su cigarrillo.

—Eso que fumas es un Lucky Strike ¿verdad? Lo he reconocido por el olor. Antes me gustaba pero ya no, ahora me he pasado a Marlboro, aunque hoy llevo tabaco de liar —intervino Henry, luego se incorporó, intentando adivinar la silueta del desconocido—. Desde aquí no puedo ver cómo vas vestido. Quizá si viera tu atuendo podría adivinar si eres mi abuelo o mi tatarabuelo en lugar de mi tío Bud. Encantado tatarabuelo querido, no sé cómo cojones te llamas pero tienes una voz nasal horrorosa, que te den por el culo. Seguro que te dedicabas a pregonar por aldeas y pueblos algún milagroso producto revolucionario para curar la impotencia o hacer crecer el cabello, seguro que moriste joven. Y con esa voz no venderías ni un solo bote de The Marvellous Aquamagic ¿no? O lo que fuese aquel potingue asqueroso.

Después de oír aquello el desconocido le dio varias caladas al cigarrillo, luego lo dejó caer y lo apagó de una pisada.

—¿Sobre qué estás escribiendo en esa novela, Norton?

—¿Qué?

—No sigas con ella ¿me oyes?

—¿Qué? ¿Qué dices, tío? —preguntó extrañado el escritor.

—La mierda de novela que estás escribiendo. No te atrevas a finalizarla.

Norton acabó estallando en una risa sobria pero descontrolada. Cuando

se repuso dijo:

—Hace más de un año que no escribo, tío.

—Destruyela.

—¿Cómo? Pero... ¿quién cojones eres? ¿Un editor de la competencia? Pues mira, anótalo bien, que ahora me va a dar por acabarla. Acabaré la maldita novela, ya lo creo que lo haré, aunque no tengo ni la más remota idea de cuándo. Mira, si tienes unos centavos hazme el favor de acercarte a una cabina, informa de esto a mi editora. Dile que la entregaré en unos meses. A ver si así deja de llamarme y enviarme cartas... Y de paso dale recuerdos.

La música había dejado de sonar y ahora algunas chicas de la fiesta desaparecerían con algunos tíos tras las puertas de los dormitorios, siempre ocurría así. Henry resopló y volvió a ponerse en cuclillas, al fin los temblores estaban desapareciendo, así que volvió a meter las manos en los bolsillos y sacó papel y tabaco. Cuando volvió a mirar al arbusto ya no distinguía la silueta del desconocido.

—Al fin se ha ido —se dijo.

Soltó el canuto en el borde de la piscina, se levantó y rodeó el estanque, llegó adonde unos segundos antes había estado aquel individuo y bajó la vista. Allí estaba la colilla que el tipo había apagado. Se agachó y la tomó entre sus dedos. Estaba en lo cierto, era un Lucky Strike. En ese momento oyó la voz de Larry llamándole.

—¡Henry, tío! ¿Qué cojones haces ahí? Si no encuentras tu porro yo te hago uno, joder, pero no vayas recogiendo las sobras del suelo. Ya sabes que aún queda algo de material. ¿Por qué no vuelves adentro? Owen ha vuelto a tragarse media botella de whisky en dos minutos, pero esta vez no hemos tenido que llamar a emergencias. Y la tipa esa, Susan, ha vuelto a hacer su numerito de la cucharilla de café ¿Qué te pasa, tío? —preguntó mientras le ponía la mano en el hombro.

Norton continuaba agachado con la colilla entre los dedos.

—Es real —dijo—. Es jodidamente real.

—Es una colilla, tío. Claro que es real. Ya que te gusta tanto... ¿Quieres que te pase una piedra y la aprovechas?

—¡Es real! —volvió a repetir Norton.

—Que sí, que sí, tanto como tú y como yo. Y como esa cucharilla de café que aquella tía dobla cuando se la mete en el... ¡Eyyy! —comenzó a exclamar Larry cuando se percató del estado de su amigo—. Cambia esa cara, tío. Parece como si hubieras visto un fantasma. ¿Qué coño te pasa?

Y Norton pensó que ese era el verdadero problema, que no lo había visto. El hombre del Lucky Strike existía. No había sido una de sus alucinaciones, de esas que se venían repitiendo desde hacía un año, aquellas no dejaban rastro alguno cuando desaparecían y ese tipo lo dejó. Los dedos de Henry comenzaron a temblar de nuevo, ahora como si un ejército de rubias de semblante serio y piel tersa le rodease. Larry le quitó la colilla de las manos y le guió al interior de la casa. Subieron las escaleras sorteando los cuerpos de algunos borrachos dormidos y de algunas chicas que comenzaban a darse el lote y entraron en uno de los dormitorios vacíos. Larry dejó caer a Norton en una de las camas, luego apagó la luz y cerró la puerta al salir.

Días más tarde el escritor encontraría un cadáver en aquel mismo dormitorio.

El taxi enfila el último tramo. La mayoría de los comercios aún no han abierto pero la gente de Harlem ya se arremolina en las aceras para empezar la jornada. Muchos caminan cabizbajos y otros comienzan a entonar canciones. Norton baja la ventanilla para escuchar cómo un par de chicas cantan a dúo *Cry me a river*. Eso es algo que al escritor le seduce, que la gente de Harlem tenga esa habilidad innata con su voz y no tengan reparos en mostrarla, hay quienes ni siquiera piden unos centavos a cambio, aunque les sean necesarios para continuar sobreviviendo.

—Hemos llegado, señor —dice el taxista.

Norton paga la carrera y sale del vehículo. Se encuentra en la acera opuesta al 1800 de Amsterdam Avenue. Mira a ambos lados para asegurarse de que no circula ningún vehículo y cruza la avenida. Tiene ante él un escaparate sobre el que cuelga un rótulo que reza: «Precious». Para confirmarlo busca con la mirada una placa o azulejo sobre la fachada que lleve inscrito el 1800 y lo encuentra algo más abajo del rótulo, junto a un cartel pequeño que dice: «Peluquería de señoras». Tras el cristal hay una cortina corrida que le impide ver el interior del local. La puerta está cerrada. Da unos pasos hacia atrás y alza la vista para inspeccionar el edificio, es de ladrillo, uno más de los muchos de cuatro plantas llenos de apartamentos que abundan por todo Manhattan.

—¿Qué busca? ¿Un corte de pelo diferente? Aún no es hora de abrir.

Quien le ha hablado es una mujer gruesa de raza negra, de unos sesenta

años, que fuma apoyada en una de las ventanas del primer piso.

—¿Este es el 1800 de Amsterdam Avenue?

—Si lo acaba de leer en la placa... ¿Por qué demonios lo pregunta? ¿Qué va a preguntarme ahora? ¿Si es una peluquería?

El escritor mira de nuevo al escaparate y a su alrededor, un tanto confundido. Se lleva una mano a la frente y pasa varias veces los dedos por ella, nervioso.

—¿Qué le ocurre? ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí... es sólo que me han enviado aquí.

—¿Por qué? ¿Quién le ha enviado?

—No lo sé.

—¿No lo sabe?

—No.

—Es decir ¿Alguien que no conoce le manda coger un taxi hasta aquí y usted le hace caso?

—Sí, sí. Bueno... algo así.

—Creo que usted tiene un grave problema —dice la mujer tras exhalar con fuerza el humo de una calada.

—No lo sé, todo esto es muy extraño. Debe haber sido un malentendido. Eso es. Sólo una absurda equivocación —dice bajo la atenta mirada de la mujer.

—¿Y para qué le han enviado hasta aquí, míster Confundido?

—Creo que es por mi mujer.

—Ajá ¿Y cómo se llama ella? Si viene a cortarse el pelo a mi peluquería la tendré que conocer.

—¿Es suya la peluquería?

—¿Por qué no hace más que preguntarme lo que ya sabe? Despierte, míster Confundido. Creo que necesita un café bien cargado. No se mueva, ahora mismo bajo.

La mujer se toma su tiempo para apagar el cigarrillo en el marco de la ventana y desaparece. Un par de minutos más tarde sale del portal que hay junto al escaparate de la peluquería. Lleva un recogido en el pelo y viste un batín de color rojo sin anudar que deja ver un suéter gris y unas mallas negras. Remata el conjunto unas zapatillas de andar por casa de color beige. Aun así, sin calzado alto, supera al escritor en varios centímetros de altura.

—¿Y bien? —pregunta mirando a Norton de frente—. Yo me llamo Louise.

—Verá... Estaba en mi apartamento cuando me telefoneó un desconocido. Él me recordó a mi mujer. Luego me dio esta dirección —dice sin saber exactamente la razón por la que está contando todo aquello.

—¿La voz del desconocido le recordó a la voz de su mujer?

—No, no es eso. El tipo que me telefoneó me dio a entender que podría encontrar a mi mujer aquí, en el 1800.

—¿Está seguro que le dijo el 1800? Porque podría ser el 1800B. Si es así es el portal de los apartamentos. Está aquí mismo —dice la mujer—. Es justo donde acabo de salir y...

—No, es el 1800. Estoy seguro.

—Bien, pues eso es Precious. Y es mi peluquería, ya la ve —dice orgullosa extendiendo una mano y albergando la amplitud del escaparate—. Y está cerrada, claro. Ahora no hay nadie dentro, mis chicas vendrán luego, de modo que está claro que su esposa no está aquí. El tipo que le telefoneó se equivocó ¿Le dijo que viniera hoy? ¿No le dio una hora exacta? Porque yo suelo abrir a las diez ¿sabe?

—¡No me dio más detalles, joder! Sólo esta dirección —suelta Norton algo molesto.

—¡Eeeyyy! Cuide ese vocabulario, hermano. Aunque esté en Harlem esto es la puerta de mi peluquería, y no se confunda porque esté hablando con una negra con unos pechos del tamaño de su cabeza y muy malas pulgas, esta negra que aquí ve se ha esforzado en enseñar a sus chicas buenos modales y entre ellos está el no decir tacos. No los soporto ¿vale? Veamos... ¿Cómo se llama su mujer? Tal vez me suene su nombre.

—Melissa.

—Mmm... Pues no, no conozco a ninguna Melissa ¿Melissa qué más?

—Davenport, Melissa Davenport. Bueno, ese era su apellido de soltera. Yo me llamo Henry Norton.

—¿Y dónde cree que puede estar ahora?

—No lo sé. Desapareció hace años.

La mujer mira a Norton de arriba abajo y agrava su semblante con un gesto serio.

—Vaya, lo siento ¿Cómo es ella?

Norton echa una mano al bolsillo de su gabardina, coge la cartera, la abre y saca la fotografía que guarda desde hace años. Se la muestra y la mujer la observa con atención.

—No, no me suena. Lo siento ¿Qué fue lo que pasó?

Sin responder a esa pregunta el escritor devuelve la cartera y la foto a uno de los bolsillos laterales del abrigo.

—Será mejor que me vaya.

—No, no. Puede contármelo si quiere.

Norton clava su mirada en los ojos de la mujer. No hay rudeza, sólo cansancio, un cansancio seco, como el que nos deja la molesta resaca del día después de una juerga. Luego los aparta mientras se rasca el pelo de la nuca. Se da media vuelta y, sin despedirse, comienza a caminar por Amsterdam Avenue en dirección a Manhattanville.

—Está bien. Buena suerte, hermano —dice la peluquera.

Necesita pensar en todo lo que le ha estado ocurriendo durante los últimos meses, recuerda las conversaciones que mantenía con su buen amigo Larry medio año atrás, cuando todo parecía estar en calma, casi siempre trataban sobre mujeres y sobre su tercera novela; también piensa en su esposa y en todo aquel embrollo del dinero que había ganado con la publicación de sus dos primeras obras. Quiere estirar las piernas un rato antes de tomar otro taxi que le lleve de vuelta a su apartamento, o quizás camine hasta la próxima boca del suburbano, aún no lo ha decidido, de modo que mientras lo decide continúa caminando y la mujer negra le sigue con la mirada hasta que desaparece de su vista mezclándose con los peatones de la avenida. Luego la peluquera se ata con fuerza el cinturón del batín, da media vuelta y entra en el portal de su apartamento.

—A ver, Henry ¿A cuántas mujeres te has follado en tu vida? —preguntó Larry mientras volcaba la botella de Jack Daniels sobre el vaso.

—No lo sé. A menos que tú, seguro.

—¿Qué sabrás tú las mujeres que me he follado?

—Bueno, no hay más que ver los círculos por los que te mueves.

—Que monte fiestas repletas de tías que luego le dan por desnudarse por voluntad propia no quiere decir que me acueste con todas ellas.

—Cierto —asintió Norton mientras daba un sorbo a su vaso.

—Bueno, sí. Me he follado a muchas.

—En realidad te han follado a ti.

—¿Qué?

—Que te han follado a ti, capullo. Una mujer libre siempre es dueña de sí misma, de su sexualidad, y hace en todo momento lo que le da la gana. No lo olvides.

—Joder, tienes razón. Entonces soy un perdedor —se lamentó Larry.

—No, sólo eres un tipo con suerte. Si eso es lo que más te gusta.

—Claro ¿A ti no?

—Es posible, pero creo que a mí lo que más me gusta es tener tantas ideas en la cabeza que a la hora de pasarlas al papel me plante ante mi máquina y no sea lo suficientemente rápido como para volcarlas ¡A tomar por culo todas!

—Henry, el otro día fui a Mattus a tomarme un helado. Ya sabes, de esos cucuruchos que bañan con ese jarabe de caramelo tan condenadamente bueno. Superior, tío —dijo Larry moviendo en círculos el contenido de su vaso—. Bueno, pues ¿sabes qué? Delante de mí, en la cola para pedir, había una chica morena preciosa. Sólo la pude ver de espaldas, pero supe en ese momento que era preciosa.

—¿Por qué?

—No sé, no me preguntes por qué pero... su pelo, su pelo negro, tío. Era largo, le llegaba hasta la cintura, con unas ondulaciones perfectas, de esas que te hacen enloquecer. Ya sabes lo que me gustan a mí las melenas en las mujeres ¿verdad, Henry?

—Lo sé, lo sé —asintió Norton recordando otras historias que su amigo le había contado.

—Bueno, pues vestía un suéter blanco y unos *jeans* azules, de esos sin cinturón. Le quedaban de puta madre, bien ceñidos al culo. Y no le hacía falta nada más, colega. Era perfecta así, sin adornos, sólo ella. Me moría de ganas por verle la cara ¿sabes? Pero no me moví, ni me acerqué al mostrador para oírle pedir el helado. Me quedé allí, tras ella, en la estela que había dejado el olor de su pelo negro e intentando adivinar cómo tendría la boca y cómo pondría sus labios al chupármela. Cuando acabó de pedir se giró hacia la izquierda y salió de la cola. No le pude ver la cara.

—¿Y qué pasó luego? ¿No te acercaste? ¿Te fuiste de allí sin decirle nada? Porque no me puedo creer que tú, Larry Stanton, el Larry Stanton que conozco, te fueras de allí así como así.

—No, me quedé. Después de pedir mi helado la busqué por las mesas y distinguí su melena negra unos metros por delante de donde caminaba. Estaba sentada con un tipo.

—¡Buah! Menudo chasco para ti —dijo Norton sonriendo—. Tenía a un tío.

—Sí, tronco, uno de esos capullos musculosos e híper vitaminados de más de metro ochenta que no paraba de hacerla reír mientras ella no dejaba de atusarse el pelo. De modo que me senté en una de las sillas de las mesas que había a su espalda.

—¿Y por qué no elegiste una silla frente a la chica para poder verle la cara?

—No pude, Henry. Elegí quedarme tras ella. Elegí quedarme con la incertidumbre el resto de mi vida.

—Lo entiendo.

—Yo creo que cuando me muera lo último que me va a venir a la puta cabeza es el recuerdo de esa chica. Ni los polvos que me han echado, ni todas las tías que me he follado o que han venido a mis fiestas, ni las juergas que me he pegado, tío. Ni siquiera esta casa levantada con toda la mierda en la que estoy metido, a golpe de traficar con todo lo que ya sabes. Qué va, tío, esto sólo es arena y piedra. Me vendrá el recuerdo de la melena negra de esa tía, lo que tuve cerca, al alcance de mi mano, y no pude tener. Siempre es así ¿no?

—Siempre.

—Pues eso. Ponlo en tu puta novela. A ver si la acabas algún día, cabronazo.

—Es una trilogía —dijo Norton.

—¿Qué?

—La novela que tengo abandonada. Es la tercera de una trilogía.

—¿Entonces tienes las dos primeras acabadas y no las publicarás hasta tener la tercera?

—No, Larry. Las dos primeras las tienes en tu estantería.

—Pero... pero vamos a ver, colega ¡Si no tienen nada que ver una con la otra!

—Si algún día acabo de escribirla verás que con esta tercera emerge una historia que cobra sentido junto a lo que cuento en las dos primeras —reveló Norton mientras se llevaba el vaso a la boca.

—¡Éste es mi Henry! —exclamó—. ¡Qué cabrón! ¿Y le dijiste esto a alguien?

—A nadie.

—¿Ni siquiera a tu editora?

—Ni siquiera a ella.

—Entonces... sólo lo sabrá cuando lea la novela.

—Exacto —dejó caer el escritor haciéndose el interesante.

—Eres mi ídolo, cabrón. No, qué cojones... eres un puto semi-dios. Pero tranquilo que no te voy a preguntar nada, descuida. Y mantendré mi boca cerrada, no es recomendable presionarte. Soñaré con las historias que aún te quedan por contar y que se esconden en esta cabecita cuarentona —dijo mientras se levantaba rápido y soltaba un sonoro beso sobre la cocorota de su amigo.

Luego regresó al sillón de cuero.

—O sea —prosiguió—, que has guardado lo mejor para volver con fuerza al panorama literario y ganar pasta de la buena.

—El dinero me es igual, Larry. Mira lo que pasó con lo que gané con mis novelas.

—Sí, se lo llevó tu mujer. Lo estará disfrutando allí donde quiera que esté.

—Eso parece.

—Lo siento, tío.

—O igual aún continúa en aquella caja de seguridad. Aún no lo sabemos. En realidad... Lo que quiero es deshacerme de la historia que escribo. Es probable que si tiene cierto éxito vengan más encargos, pero siempre podré plantarme y no firmar ni un solo contrato más.

—Escribir sólo cuando te dé la gana.

—Justo eso.

—Aunque, prácticamente... ya lo haces. Mírate, aquí estás, conmigo, después de haber abandonado tu novela entre las paredes de tu apartamento.

Permanecieron un rato en silencio, bebiendo mientras disfrutaban de las primeras notas de *China Boy*, que comenzaba a sonar en el saxo de Bud Freeman del tocadiscos de Larry. Tras el éxito de la segunda novela de Norton éste le había confiado a su mujer la administración de casi todas sus ganancias, y también de parte del dinero que le habían adelantado por su próxima obra. Cuando ella desapareció la justicia halló a Henry incapacitado para acceder en solitario al depósito donde, según parecía, su mujer había dejado guardado el dinero. Las hipótesis de lo sucedido iban desde el secuestro, descartado por la policía al no haber nota pidiendo un rescate, hasta el asesinato o la fuga.

Tras meses de infructuosa búsqueda por parte de la policía de Nueva York, y ante la presión de los abogados del escritor para que éste pudiera acceder a la caja del depósito, un juez dictó una sentencia que establecía que Henry Norton podría acceder al contenido de la caja tras haber transcurrido cuatro años de la desaparición de su esposa y no habiendo dado ésta señales de vida, también podría hacerlo si ella apareciese (y le otorgase poderes para hacerlo) o bien hallasen su cadáver. De modo que debía esperar a que alguno de esos tres supuestos aconteciese. Transcurrido un año de la desaparición de su mujer, ocurrida en marzo de 1977, la policía dejó de investigar sobre su paradero. A pesar de las numerosas pesquisas para hallar su cadáver y órdenes de búsqueda y captura no hallaron ni rastro de ella. Cada vez parecía ser más evidente que Melissa Norton se había fugado con el dinero a otro país, tal vez comunista dijeron algunos medios: Cuba, Rusia, China... o incluso podría haber elegido Corea como destino; era eso o había sido víctima de algún tipo de traición o engaño por el que podrían haberle sustraído el dinero y habrían hecho desaparecer su cadáver. O tal vez el dinero aún estaba bajo llave, dentro de la caja 308 del Atlantic Bank, en la esquina de la Sexta Avenida con la Calle 35. Una fortuna de casi medio millón de dólares dentro de una de las mejores cajas de seguridad de los Estados Unidos, a apenas cuatro manzanas del apartamento de Henry Norton. El día de su desaparición las cámaras de seguridad del banco captaron a la mujer accediendo a las dependencias. En las imágenes Melissa portaba un maletín de color negro, tras veinte minutos en el interior volvió a salir por la puerta delantera, al parecer

manteniendo la misma templanza con la que había entrado y portando el mismo maletín. La suposición de la policía era sencilla: la mujer había accedido con un maletín vacío para retirar todo el dinero de la caja.

El resultado de todo aquello era que el bueno de Henry se había quedado completamente solo en su propio apartamento, un piso con el espacio suficiente para él y sus libros y su tercera novela inacabada, pero demasiado pequeño como para caerse muerto.

—No te fíes de ninguna mujer, colega —dijo Larry mientras se metía un dedo y se hurgaba en la nariz—. Sobre todo si hay mucho dinero de por medio. Mírame a mí. Si llego a poner esta casa en manos de alguna de las zorritas que han entrado por la puerta quizás ahora estaría buscándome la vida a punta de navaja y durmiendo en el vertedero de Fresh Kills.

Norton se le quedó mirando mientras su amigo apuraba su copa de un solo trago.

—Perdona, Henry. Lo siento, tío. A veces se me olvida que tú no eres como yo. Tú sí te volviste loco por una mujer. Yo nunca he estado enamorado. Bueno, casi nunca. Porque ya sabes mi historia con Lucy ¿Recuerdas a Lucy, Henry?

—La recuerdo —dijo tácito el escritor.

—Estaba en la calle y la recogí.

—Oh, Larry ¿Otra vez vamos a volver a lo de Lucy?

—Henry, joder ¡Dime si la recogí o no!

—La recogiste.

—Lo hice, tío. Y luego le di todo lo que me pidió. Aquel vestido de Gucci, esmaltes, cremas y perfumes de Chanel... potingues carísimos, colega. Era una pordiosera sin clase y después de dos semanas conmigo parecía una estrella de cine. Y acuérdate de cómo me lo pagó.

—No fue justo, no.

—Y ya sabes lo que me pasa cuando me encuentro con una tía así, como era mi Lucy.

—Lo sé, lo sé.

—Me encapricho, y mira que no soy así pero, coño... Lucy era... Lucy era diferente. Y busqué tu apoyo cuando me dejó por aquel tipo. Necesitaba tu apoyo, Henry.

—Y lo tuviste.

—Claro, tú siempre has estado ahí, colega. A pesar de mis salidas de tono, de mis llamadas a las tantas de la madrugada pidiéndote que me dijeras

que la tenía que dejar marchar. Y yo te decía: «Henry dime que la tengo que dejar ¡Dímelo!» Y tú me decías desde el otro lado del teléfono: «Déjala, hermano. La tienes que dejar».

—Eso te dije: «Déjala».

—Y lo hice, joder.

—Lo hiciste muy bien, Larry —acabó Norton bebiendo de su copa.

—Lo hice, tío. Joder, qué mamadas daba mi Lucy ¡Qué mamadas!

Apenas ha caminado unos cuatrocientos metros. Poco antes de llegar a la bifurcación de Amsterdam Avenue con Hamilton Place Henry Norton se para ante un semáforo y toma un taxi. Le indica al conductor la dirección de su apartamento y trata de recordar el cierre que tenía en mente para la trama de su tercera novela. Pretende, nada más llegar a su apartamento, devolver el pliego a la Underwood, acabar como sea y de una vez por todas el manuscrito y llamar a su editora para entregarlo. Quince minutos más tarde, sin mediar palabra e inmerso en la historia que quiere finiquitar, le deja unos dólares al taxista y se apea, entra en el 331 de la Calle 38 y comienza a subir las escaleras hasta la cuarta planta mientras saca las llaves de uno de los bolsillos de su gabardina. Acaba de entrar de nuevo en el torrente y se siente capaz de acabar su novela. Una vez arriba va a introducir la llave en la cerradura cuando se percata de que la puerta está abierta, empuja con suavidad y el portón se abre por completo. El desorden que reina en el apartamento es dantesco. La luz de la entrada está encendida, también la de la cocina y la lámpara del escritorio. Las estanterías están vacías, hay cajones y papeles esparcidos por el suelo, tampoco se ha salvado del estropicio los ejemplares de su biblioteca, ni su colección de discos. El sofá a duras penas se sostiene en pie. Todos los cojines están rajados y el contenido de los mismos desperdigado por el resto de la habitación. Norton se dirige al dormitorio. Todo lo que hay en él ha corrido la misma suerte que el mobiliario del salón. El armario le saluda con sus puertas abiertas, de par en par. Cajones, camisas y otras prendas de vestir, sábanas y otros objetos yacen por el suelo. Incluso ve desparramados un par de relojes y algunos billetes de cinco dólares, lo que le lleva a deducir que no han entrado en su apartamento buscando dinero. El colchón de su cama está destrozado, lo han acuchillado, la misma suerte han corrido las almohadas. Del dormitorio vuelve al salón y pasa a la cocina,

donde el panorama tampoco es bueno. Platos, vasos, taburetes, botes de comida y útiles y productos de limpieza ocupan en su totalidad la superficie del suelo. El escritor se dirige ahora a la puerta, no puede cerrarla, han forzado la cerradura. Abatido, camina hasta su escritorio y se sienta. Al parecer es lo único que queda intacto en su apartamento. No tarda en darse cuenta de que sobre la mesa falta el manuscrito de su novela. Se levanta de un salto y comienza a buscarlo desesperadamente durante más de veinte minutos revolviendo todo lo que encuentra. No está, ha desaparecido. Vuelve a sentarse, esta vez en lo que queda del sofá, y piensa que si hubieran venido sólo a por la novela la habrían cogido y habrían salido de allí sin perder más tiempo, estaba a la vista, sobre el escritorio, justo al lado de la máquina de escribir. Todo le hace pensar que buscaban algo más, pero no sabe qué.

Se sobresalta al oír sonar el teléfono, hasta ahora no lo había visto. Sigue el sonido de los *rings* insistentes, provienen del suelo. Aparta las fundas de unos vinilos de Django Reinhardt y bajo ellas encuentra el aparato. Aspira con fuerza y levanta el auricular.

—¿Sí?

—Buenos días, Henry ¿La has acabado?

El escritor deja escapar un resuello al oír la voz de Claire, su editora.

—Verás, Claire, ha ocurrido algo que ahora mismo no sabría explicarte.

—Henry, no empieces. En Harper&Sons llevamos años esperando esa novela y consintiendo tus evasivas e incluso algunas salidas de tono por tu parte. Henry, ninguna editorial permite esto. He tratado de protegerte durante más de cuatro años pero la editorial ya no puede ampliar más el plazo. En enero me prometiste que la novela estaría lista en dos semanas y ya han pasado dos meses. Lo siento, pero no puedo hacer más por ti. Me juego mi puesto. Voy a probar de nuevo: Henry... ¿Has acabado ya la puñetera novela?

—Claire, ahora no puedo hablar. Lo siento —acaba diciendo mientras cuelga el auricular.

Al cabo de unos segundos el teléfono vuelve a sonar. Norton lo descuelga de nuevo.

—Cinco días, Norton. ¿Me oyes? Tienes cinco días para entrar por la puerta de Harper&Sons con una sonrisa en la boca y el puto manuscrito en una carpeta.

Tras decir eso su editora cuelga y Norton se pregunta si no sería mejor coger un autobús hasta el World Trade Center, bajar de él, disfrutar del último perrito caliente en uno de los carritos de comida rápida de Park Place y subir

hasta la azotea de una de las Torres Gemelas para dejarse caer como una hoja caduca de cualquier árbol en otoño. En lugar de eso decide tratar de mantener la calma y no perder la cabeza. No cree que ninguna editorial de la competencia pudiera llegar al extremo de destrozar el apartamento de un escritor sólo por robar un manuscrito que ni tan siquiera sabía si llegaría a convertirse en un *best seller*, pero por otra parte se le pone los pelos de punta nada más recordar la rotundidad con la que aquel tipo del Lucky Strike le aseguró en el jardín de la casa de Larry que no acabase su novela. Mientras comienza a recoger algunos objetos del suelo recuerda lo que sucedió días después de aquella jornada de fiesta que su amigo dio en su casa de Staten Island, en concreto en la noche en que volvieron de la presentación del libro de García de Poe.

El 20 de noviembre de 1980, cinco días después de la última fiesta que Larry dio en su casa de Staten Island, tuvo lugar la presentación del último libro de un escritor, amigo de Henry, que él había conocido cuando redactaba crónicas deportivas para el Daily News. El tipo se hacía llamar García de Poe, pero en realidad se llamaba de otro modo. La noche del día de navidad de 1960 Henry, sentado frente a una mesa de las oficinas del periódico, se tomaba un descanso tras haber escrito un artículo sobre el desastroso partido que los New York Nicks habían hecho frente a Syracuse Nationals. El equipo de casa sufrió la peor derrota de su historia, 162 puntos anotados por el equipo de Siracusa por tan sólo 100 de los Nicks. Mientras Norton tomaba un sorbo de un vaso de café apareció frente a él De Poe, así firmaba sus artículos en la sección cultural del periódico, tiró sobre la mesa una prueba de imprenta del artículo de Norton, le miró con firmeza y dijo:

—De una hecatombe tan grande para el equipo tú sacas esto. Lo tuyo no son las crónicas deportivas. Aquí estás perdiendo tu tiempo, lo tuyo es la prostitución.

Luego desapareció de la redacción. Aquel comentario cayó sobre el joven Henry como un jarro de agua fría. Por aquel entonces Norton se lo tomó como lo que le pareció: un insulto. Siguió con sus crónicas esperando el momento del despido, pero éste no llegó. Semanas más tarde, cuando acertó a comentar aquellas palabras de García de Poe con un compañero de mesa, supo que el redactor jefe del periódico llamaba prostitución a la literatura con mayúsculas.

A raíz de aquello De Poe y Norton fraguaron una estrecha amistad e iniciaron una serie de colaboraciones conjuntas en las revistas literarias neoyorkinas más importantes. Aquella vez, animado por Norton y por varios editores, De Poe publicó su primera novela, que resultó todo un éxito de crítica y ventas, luego llegaron dos novelas más que no cosecharon tan buenos resultados, entonces el escritor y su esposa iniciaron su retiro a Rochester, aquello ocurrió en el verano de 1972. Ahora, ocho años más tarde había vuelto a Nueva York para presentar su última novela: *Adereza tu cadáver con crema de arándanos*. De Poe era una sombra del escritor que fue, se había

tomado tiempo para escribirla, nada más y nada menos que los últimos siete años de su vida. Al principio Norton pensó acudir en solitario a la presentación del libro, pero aprovechó una llamada de Larry para pedirle que le acompañase.

—Los cabrones de la última fiesta me dejaron seco, Henry. Se metieron todo lo que había en la casa, incluso me birlaron el fajo que escondía en el bidón del garaje ¡Era mi fajo para emergencias, joder! Ten amigos para que te hagan esto. Necesito ir a por más. ¿Me acompañarás a Brooklyn? —le había pedido desde el otro lado del teléfono.

Henry aceptó con la condición de que antes se pasaran por la presentación del libro de su amigo De Poe. A Larry le importaba un comino la literatura de cualquier persona viva o muerta sobre la faz del planeta, aunque tenía dos ejemplares de las novelas que Norton había escrito en uno de los estantes de su casa, y los tenía porque su amigo Henry era el único escritor que conocía en persona y porque le parecía distinto al resto de tíos que conocía, quizás por eso también aceptó acompañarle a la presentación. De todas formas, una presentación de un libro no haría daño a nadie, sería una novedad para él, una experiencia más. Imaginaba el evento lleno de gente engalanada, de esas catalogadas de *snoobs* por el resto de la sociedad, dándoselas de muy interesantes y utilizando palabras que él desconocía. Y donde había gente interesante había tías bien vestidas y maquilladas a las que poder meter mano, y comida, y a buen seguro que también habría unas cuantas botellas de whisky de las que dar buena cuenta. Al final Larry no contempló como mala la idea de pasarse una hora entre gente tan culta y peripuesta.

—Y... ¿cómo me has dicho que se llama tu amigo?

—García de Poe —dijo Henry al teléfono.

—Garsia...

—No, Garsia no, se llama García —corrigió poniéndole énfasis en la letra *i* para hacerle ver que no había diptongo.

—¿Gar... sí... De Poe? Pero Henry... ¿qué cojones de nombre es ese? ¿Es francés?

Más tarde Henry esperó a su amigo en las inmediaciones de la Calle Whitehall, donde atracaba el ferry que le traía de Staten Island y que él tantas veces había tomado para visitarle. De ahí cogerían un taxi hasta Lexington Avenue, esquina con la 86, y tras la presentación del libro se pasarían por Brooklyn a por el *material*. Una vez bajaron del taxi caminaron hasta el número 150, donde García de Poe presentaba *Adereza tu cadáver con crema*

de arándanos.

—¿Es aquí? —preguntó Larry.

—Sí, eso parece.

—Pero, tío, si no hay ni un miserable cartel... —exclamó mientras apuntaba a la fachada del edificio—. ¿Qué coño de sitio es este? ¿Una librería antigua?

—Entremos.

La idea de Larry de pasar una hora en un ambiente selecto y rodeado de la crème de la crème cultural de Nueva York se fue al traste nada más atravesaron la puerta. Aquello había sido una librería, sí, pero tenía toda la pinta de haber estado cerrada más de una década. Apenas una veintena de libros y revistas yacían unos encima de otros sobre unas mesillas amontonadas contra un rincón, comidas por el polvo. Un par de goteras que caían sobre ellas ponían la nota musical al lugar.

—¡Mi querido amigo Henry! —exclamó De Poe cuando vio a Norton.

El escritor se deshizo del único grupo de personas que le rodeaban y se desplazó desde el fondo del habitáculo hasta la entrada, tomando de la mano a Henry mientras repetía una y otra vez:

—Cuánto tiempo, amigo. Cuánto tiempo...

—Estás en un estado envidiable, tutor —así llamaba Norton a De Poe.

Luego De Poe comenzó a recitar unos cuantos versos pertenecientes a *Drum-Taps* de Walt Whitman, hasta que Sarah, su mujer, decidió dejar el grupo de invitados para acercarse a cortar la hemorragia lírica de su esposo poniéndole amablemente una mano sobre el hombro, luego saludó a Norton y de inmediato De Poe se sacudió la mano de su mujer e irrumpió de nuevo con una de sus gonadales verborreas literarias:

—¿Cómo te va la vida, amigo? ¿Sigues escribiendo? Te diré una cosa: Nueva York apesta. Y la literatura actual también, es nuestro deber revolucionarla. La literatura es mucho más que todos esos poetas franceses amanerados y románticos del siglo XIX, Henry. Todos ellos, con sus obras immaculadas, reluciendo como las flores abriéndose al sol naciente... ¡Ya no son nadie! Lamartine y Rimbaud han muerto ¡Viva la nueva literatura y todo lo que nos queda por gritar! Marcel Proust desfasa más que el puto reloj que mi abuelo perdió en la Gran Guerra. Se quedaron atrás, sí. Ahora la literatura es un sándwich de queso de Gino's Martin chorreando por tus dedos una calurosa tarde de verano y también es un hula hoop que cae muerto al suelo porque un jodido niño se ha cansado de él en Central Park. La literatura también es un

volcán a punto de eructar el nombre de la mujer que amas... La literatura son coños. Sí, coños, Henry. Rajas que aplauden contentas y se abren haciendo *pop* al vernos. En esta vida sólo hay tres cosas por las que uno merece abrir la boca y las tres tienen que ver con la literatura.

—Y son... —intervino Larry por primera vez prestando atención con algo de entusiasmo.

—Querido amigo —prosiguió De Poe—, son: tu opinión sobre el *Ulises* de Joyce, ese buen coño que te queda por lamer y los emparedados que prepara Margaret a mediodía en el Island Village Club.

Henry esbozó una sonrisa y su amigo Larry pensó que le habían traído a la presentación del libro de un demente. Luego De Poe se dio media vuelta e instó a todos los presentes a tomar asiento. No había sillas suficientes para las doce personas congregadas, de modo que Henry y Larry decidieron permanecer de pie en el lado opuesto a las goteras que sufría aquel habitáculo.

—¿Dónde me has traído, tío? —le susurró al oído.

—Cállate —acertó a decir Norton sin deformar su sonrisa. La presentación no duró más de veinte minutos pero a Larry le parecieron veinte siglos que interrumpía a cada momento con frases que lanzaba al oído de Henry como dardos envenenados.

«Deberíamos haber ido primero a por el *material*, esto no hay quien lo soporte.»

«Recuérdame que la próxima vez no te acompañe ni a la licorería de Johnson.»

«¿Qué cojones está haciendo ahora? ¿Por qué mueve las manos así?»

«Dios mío, prefiero tirarme a las vías del suburbano, recuérdame que a la vuelta paremos el taxi a la altura de la estación de Bowling Green, eso o directamente me cuelgo de un árbol de Central Park.»

«¿Eso que tiene entre las manos es su nuevo libro? ¡Si parece el prospecto de una caja de buprenorfina!»

Cuando la presentación estuvo a punto de finalizar Sarah se levantó y fue repartiendo sonrisas y ejemplares del libro entre los asistentes mientras estos soltaban unos dólares.

—Lo siento, yo no estoy interesado, he venido acompañando a éste —dijo Larry cuando la mujer de De Poe alcanzó el final de la sala ofreciéndole un libro, luego añadió—: Además no sé leer.

—Yo me quedaré uno. Gracias, Sarah —dijo Henry soltando dos billetes de cinco dólares y cogiendo un ejemplar de la novela.

Segundos más tarde De Poe acabó la presentación sacando unos vasos de papel de una caja y unas botellas de zumo de arándanos.

—Pero... ¡qué demonios...! —exclamó en voz baja Larry mientras De Poe alababa los beneficios de aquel zumo para las infecciones del tracto urinario.

A pesar de que todo aquello se había convertido en la presentación del libro de un tipo delirante que había caído preso de su propio mundo imaginario Henry agarró a su amigo de un brazo indicándole que se contuviese, ahora que ya quedaba poco no era el momento de estallar en mitad de la antigua librería y sacudir la conciencia y la paz de los presentes dando una opinión sincera sobre todo aquello.

—Te espero fuera, Henry. En diez minutos estoy montado en un taxi camino de Brooklyn. Diez minutos, ni un segundo más —luego salió sin mirar atrás.

Norton esperó unos segundos hasta que todos acabasen de aplaudir, a continuación fue a buscar su vaso de zumo de arándanos y lo apuró de un trago como si fuera uno de los peores whiskies que se hubiese llevado a la boca a lo largo de sus cuarenta y cinco años de existencia. Luego se disculpó ante Sarah y De Poe poniendo como excusa que su amigo Larry le esperaba en la puerta porque se encontraba indispuesto.

—Prométeme que me escribirás dándome tu opinión sobre mi novela —dijo De Poe.

—Lo haré, lo haré. Y la enviaré a varias revistas —aseveró Henry mientras soltaba en un estante el vaso de papel.

—¡Este es mi pupilo! —gritó mientras se abrazaba a Norton.

Tras deshacerse de De Poe, Henry se despidió de Sarah dándole dos besos y salió al encuentro de Larry, que ya le esperaba montado en un taxi. Durante todo el trayecto hasta Brooklyn no abrieron la boca. Cuando Larry le ordenó al conductor que parase Henry permaneció en el coche esperando. Su amigo salió del taxi y entró en un apartamento bajo de Garfield Place, apenas transcurrieron un par de minutos cuando ya estuvo de vuelta. Pidió al taxista que pusiera rumbo al 540 de Steuben Street en Staten Island, tomando Verrazano Narrows Bridge, y le extendió unos billetes de más para que permitiera sin rechistar que se metieran un par de rayas de cocaína sobre la tapicería de los asientos traseros. Se apearon del taxi unos metros antes de llegar a la casa para caminar y sentir en sus rostros el frescor del aire, pero sus figuras parecían las de dos hombres que hubiesen caminado toda su vida por una ciudad cuyas calles nunca tenían un final feliz. Al llegar a la puerta de

su casa Larry dijo:

—Adereza tu cadáver con crema de arándanos —y puso énfasis en cada palabra mientras movía con cierta delicadeza algunos dedos de las manos, como si estuviera hablando del más exquisito caviar de beluga del mundo.

—Capullo.

—¿Capullo? ¿Me llamas capullo? Henry, ese tipo no está bien de la cabeza ¿Viste el libro? ¿Para escribir una mierda de treinta páginas ha tardado siete años? ¡Y le soltaste dos billetes de cinco dólares por eso! ¡Estás chalado!

—Tú soltaste algo más por mis dos novelas.

—¡Dos billetes con la jeta de Abraham Lincoln, joder! ¡Hijo de puta, si ha durado más la presentación que lo que tardaría en leer esa mierda!

—Ahora nunca sabré si era bueno, cabrón. Tiraste mi ejemplar por la ventanilla del taxi mientras cruzábamos el puente.

—Mejor, y yo creo que con lo poco que pesa se habrá evaporado antes de llegar a las aguas de la bahía de Nueva York.

—¿Cómo voy a escribir una crítica ahora? ¿Eh? ¿Cómo?

—Escribe sobre las propiedades terapéuticas del zumo de arándanos, le gustará.

Larry encendió las luces de la entrada y del salón y Henry entró y tomó asiento en el que se había erigido con el puesto de butacón favorito de entre todos los de la casa de su amigo.

—Sí, venga. Siéntate, coge la mierda y prepara unas cuantas rayas —dijo mientras le lanzaba el fajo—. Ayer compré un par de botellas de Jack Daniels, nos la beberemos mientras nos ponemos hasta el culo de coca y escuchamos mis discos de Johnny Dodds. Luego comeremos algo y a dormir, tío. ¿Qué día es mañana? Bah, da igual. Esta es la historia de mi vida. No tengo nada por lo que preocuparme.

—Tú... tú no lo creerás, pero hace muchos años García de Poe era un seductor —dijo Norton mientras se incorporaba en su asiento y comenzaba a esparcir la cocaína por una de las mesas bajas que había en el salón.

—No lo niego, esa tía, su mujer, la tal Sarah, tiene buenas tetas. De hecho su cara me suena, Henry, creo que era una de las putitas que solían frecuentar los guateques que Terry Bradford daba en su apartamento de Jersey. Hace por lo menos veinte años de eso. Nunca te he hablado de aquellas orgías ¿no?

—Sarah no está nada mal —susurró Norton mientras afinaba una de las rayas sobre la mesa.

—Es lo único bueno que había en aquel tugurio, las fiestas que montaba el bueno de Bradford.

—¿Sabes cómo la conoció?

—No sé... ¿En Michigan? ¿En la Tercera Convención Mundial del arándano rojo?

—¡Bah! No digas tonterías. Era una admiradora suya, leyó su primera novela y la tía quedó prendada de él. Le enviaba fotos de su cuerpo, pero por partes, primero un trozo de su pie, luego del tobillo, a continuación varias de su pierna, repartida en seis o siete fotos ¿sabes?... a De Poe todo aquello le parecía un juego sin importancia pero a la mujercita que tenía entonces no, y ocurrió lo que le suelen ocurrir a todas las mujeres.

—Celos.

—Sí, él iba colocando todas las fotos en una de las paredes de su despacho, junto a su escritorio, como si fuera el mural incompleto de un asesino que retratase el cadáver de una de sus víctimas. Un día le llegaba al buzón una de las cartas anónimas, él la abrió, tomaba la fotografía y la colocaba en el lugar que había reservado en la pared.

—Y el asunto acabó mal.

—Sobre todo cuando llegó una foto de uno de sus pechos. Una teta perfecta, tío. Su mujer soportó aquello, una teta era sólo una teta, pero hizo las maletas dos semanas más tarde, cuando vio que De Poe colocaba con admiración la última fotografía recibida en el hueco que con tanta diligencia había reservado en su muro.

—¿Y cuál era?

—El coño peludo de aquella desconocida.

—¡Ja! Muy bueno, le hizo pasar de ídolo a admirador, menuda fue. Una tía lista, sí señor —concluyó Larry mientras servía el whisky—. Y después de aquello... en algún punto de su vida el tipo probó el jugo de arándanos y se volvió majara.

Henry ya había acabado de preparar las rayas, esnifó la primera y luego tomó un trago de su vaso de whisky, Larry se acercó al mueble del tocadiscos, sacó uno de los vinilos de Dodds y lo puso en el plato, luego pulsó un botón y el disco comenzó a girar, el brazo fonocaptor inició su camino y la aguja cayó sobre el borde del disco. Las primeras notas de *If you want to be my sugar papa* comenzaron a sonar. Durante más de una hora estuvieron arrastrando sus narices por la mesa y bebiendo de la botella de Jack Daniels, a veces reían desacompañados y sin ningún motivo, otras hablaban con tristeza de la muerte

de Bill Evans.

—Una putada, tío. Se metía demasiado —se lamentó Norton.

—Parece que fue ayer cuando se nos murió.

—Dejémoslo. Suerte que tenías a punto tu coche para llevarlo a su apartamento.

—Cada vez que me monto en él y arranco me acuerdo de cómo metimos al pobre de Bill dentro del maletero.

Habían pasado dos meses de aquello, la madrugada del 14 de septiembre Larry dio una de sus fiestas. Era la primera vez que acudía el famoso pianista. Al cabo de unas horas, cuando casi todos se habían marchado y los últimos rezagados dormían bajo los árboles del jardín, Larry buscó a Evans por la casa y lo encontró dentro de uno de los baños. Estaba muerto. Henry quiso llamar a la policía pero Larry le disuadió de aquella idea. Con la casa llena de gente puesta hasta el culo de coca y con el inspector Joe Pignatelli pisándole los talones desde hace meses la policía no tardaría en culparle de la muerte del músico. Esperaron a que los invitados se hubiesen marchado o se quedasen dormidos y entre ambos lo bajaron al garaje; de sus bolsillos recuperaron las llaves de su apartamento y su documentación, comprobaron dónde vivía y metieron el cadáver en el maletero del Chevrolet Impala Supersports de Larry. Tuvieron suerte, ya que cuando llegaron a su destino todavía no había amanecido. Entraron en el portal, subieron en el ascensor al pobre de Bill y, una vez dentro de su apartamento, lo dejaron en el baño, casi en la misma posición que lo había encontrado Larry. Luego devolvieron las llaves y la documentación a sus bolsillos y salieron de allí.

—Se va un grande, se va un grande —repetía una y otra vez Henry aquella madrugada, mientras cerraba la puerta del apartamento del músico.

Al día siguiente la noticia de su muerte corrió como la pólvora y todos los medios se hicieron eco del suceso, decían que Bill Evans había sido encontrado en su apartamento, que lo habían trasladado al Hospital Monte Sinaí y que había fallecido víctima de una hemorragia interna. Los rotativos no daban más explicaciones al respecto, aunque todos suponían que su muerte había sido consecuencia de las dosis de heroína y de toda la coca que tomaba.

Sonaba en el tocadiscos *New Orleans stomp* y la música vibraba adueñándose de los recuerdos de ambos cuando Norton se puso de pie con su copa y comenzó a bailotear. Su vejiga le avisó de que no podría soportar ni un solo minuto más con semejante carga, de modo que decidió subir a uno de los baños de la segunda planta. Ya habían apurado la primera botella, así que

Larry se levantó a abrir la siguiente. Ya arriba y a oscuras, Norton no acertaba a dar con la puerta del baño, abrió una de ellas y encendió la luz. Era uno de los dormitorios. Miró a los pies de la cama y vio el cadáver de un tipo sobre la alfombra. Volvió a apagar la luz y siguió buscando el retrete, después de abrir tres puertas dio con él, soltó su copa en el lavabo, se abrió la bragueta y orinó mientras se tocaba la nariz, cuando acabó se miró al espejo, se volvió a tocar la nariz, cogió su copa y le pegó un trago. Al salir volvió al dormitorio y prendió la luz, el cadáver continuaba allí.

Se acercó a él y le tocó en la cara con un dedo. Estaba helado.

—Lo que me temía, es real —se dijo.

Luego volvió a apagar la luz, cerró la puerta y bajó las escaleras. Larry estaba cambiando el disco del plato, había tomado otro vinilo de su colección y mientras devolvía su funda a la estantería dijo:

—Ya verás esto, Henry, te va a encantar. Esto es jazz, tío. Esto es música, no como esa mierda de country. Esos pestosos sólo saben pisar barro, morder paja y ramitas de trigo y cebada y escupir tabaco después de mascarlos durante horas. Esos tíos son excrementos personificados, bastardos del pentagrama, y eso si esa basura de música se escribe sobre cinco líneas negras, a saber. ¿Y has visto cómo cantan? Lo hacen sin ganas, no pronuncian correctamente y no se les entiende una mierda. Y cuando le ponen ganas parecen pollos llorando. Que no, que no... Una puta mierda el country, Henry.

Norton cogió la segunda botella de Jack Daniels y se llenó el vaso, luego se dejó caer sobre el butacón y esperó a que su amigo terminase de poner el disco. Transcurrieron unos segundos donde sólo se oía el chisporroteo que producía el roce de la aguja sobre el vinilo. Cuando Larry se tumbó en el sofá Norton dijo:

—Oye, Larry. Tienes el cadáver de un tío sobre la alfombra de uno de tus dormitorios.

Las primeras notas de la tenebrosa *Nightmare*, en el clarinete de Artie Shaw, comenzaron a sonar.

—¿Qué dices, tío?

—Lo que oyes. Tenemos a un tieso en la planta de arriba.

—No me toques los cojones, Henry, será otra de tus alucinaciones. Ya sabes lo que te pasa cuando bebes y tomas de la mejor mierda que hay en Nueva York, que ves a gente. ¿Quién fue la última vez? Tu abuelo ¿no? Se te apareció con el uniforme del Ejército de Tierra de los Estados Unidos.

—Hay un tío muerto ahí arriba.

Se miraron y por un instante ambos supieron que no estaban solos en la casa. Larry distinguió el miedo en los ojos de su amigo, pero no quiso creérselo.

—No puede ser verdad.

—Larry Stanton, te digo que tienes el cadáver de un tío que no conozco en uno de tus dormitorios. Lo que pasa es que ahora mismo no recuerdo en qué habitación está, pero lo tienes —dijo dando un sorbo a su copa después de resoplar para tratar de conservar la calma.

Se levantaron, discutieron unos minutos y volvieron a tomar asiento, parecían dos veteranos púgiles agotados tras enzarzarse en el primer round del combate del año y cuyos guantes pesaban como dos ruedas de camión. Larry echó una ojeada a las escaleras oscuras que conducían a la planta alta, luego desvió la mirada para hundirla en su vaso con resignación.

—Me cago en la puta... ¡Me cago en la puta, tío! —estalló.

A Norton le comenzaron a temblar las manos, sólo eran pequeñas convulsiones que por el momento podía controlar. Larry se puso de pie, soltó su vaso dando un golpe sobre la mesa y la mitad del contenido se desparramó por el tablero viniendo a gotear en la alfombra.

—Subamos, Henry, como sea una de tus bromas te juro que...

—¿Quéee? No es una broma, colega —aseveró el escritor, afectado por el alcohol y la cocaína.

Norton abandonó su butacón y sin soltar su copa le ordenó a su amigo que le siguiera escaleras arriba.

—Bien, ahora te diré dónde está criando malvas ese tipo. A saber cuánto tiempo lleva ahí... Claro, como no entras en tus dormitorios todos los días...

¿Cuándo diste tu última fiesta?

—¿Ya no lo recuerdas? Hace cinco días.

—Cabrón ¿y no me invitaste? —preguntó mientras se paraba en mitad de las escaleras y se volvía hacia su amigo.

—¡Si estuviste en ella! Te recogí del borde de la piscina y te acosté en uno de los dormitorios.

—De todas formas no creo que este sea un invitado de tus fiestas —dijo reanudando la marcha—. No le conozco de nada. Es decir, que tiene toda la pinta de que alguien te ha dejado el muerto. Así, en el sentido literal de la expresión. Y está pálido el condenado, y frío.

—¿Lo has tocado?

—Claaaro.

Llegaron a la planta de arriba y Norton se paró ante la puerta del dormitorio. La abrió, encendió la luz y en el suelo no había ningún cadáver.

—¡Es imposible, joder! —exclamó Norton caminando hasta el pie de la cama—. ¡Te juro que estaba aquí, colega! ¡Fiambre! ¡Fiambre total! Como una enorme rodaja de mortadela siciliana caducada.

Luego dio una vuelta sobre sí mismo. Se golpeó con la palma de la mano en la frente y dijo:

—¡Ay, no, joder! ¡Que este no es el dormitorio, Larry! —y comenzó a carcajear.

—Henry, para. ¡Ya basta! Suelta el vaso, volvamos al salón.

—No es ninguna broma, tío —se acercó de nuevo hasta donde estaba su amigo y a un palmo de su rostro resopló—: Te digo que hay un cadáver aquí, esta noche.

Luego salió del dormitorio y se colocó frente a la siguiente puerta.

—Es aquí. Estoy seguro.

Norton abrió la puerta y prendió la luz. Allí estaba el cadáver de aquel tipo, bocarriba, sobre la alfombra, a los pies de la cama.

—¡*Voilà!* —y movió su brazo ante Larry como si hubiese llegado al final de su mejor número de magia—. ¿Qué te había dicho? ¡Aquí está!

—¡La madre que me parió! —exclamó aterrado.

—¿Lo ves, tío? —dijo sonriendo mientras se acercaba al muerto—. Le llamaré *fiambre*.

—¡La madre que me parió!

—Y a ti... *vivito* —y tomó un trago de su copa mientras su amigo caminaba con lentitud hasta el cadáver.

—¡Joder, joder, joder...! ¡La madre que me parió, Henry! ¿Pero cómo coño ha llegado este tío aquí? Si no le conozco. Qué puta mierda... ¡Qué puta mierda! ¡Se colaría en la fiesta! Pero no recuerdo haberle visto... Cómo apesta el cabrón, huele a un cubo repleto de huevos podridos.

—Esto es muy chungo, *vivito*. Primero Bill Evans, ahora este.

—¡Deja de llamarme así! ¡Qué puta mierda, tío! ¡Qué puta mierda! —y su lengua se detuvo en la última erre, sonando como el motor de una vieja motocicleta que intenta arrancar en vano—. Pero... ¿Por qué todo el mundo viene a morirse a mi casa?

—Larry, ¿tú crees que debería meter a *fiambre* en mi próxima novela?

—Deja de beber, capullo. Estás borracho, y drogado... ¡trae aquí tu copa! —y alargó un brazo para quitársela.

El escritor apartó la mano y parte del whisky cayó a la alfombra, a un palmo de distancia del cadáver.

—¡Ten cuidado!

—¿Por qué? Si ya todo da igual. ¿O es que pensabas reanimarle con Jack Daniels?

—Vete al infierno, Norton —dijo mirándole a los ojos.

Henry sabía que su amigo sólo lo llamaba por su apellido cuando estaba a punto de perder la paciencia. En circunstancias normales el escritor habría eliminado el humor negro de sus comentarios. Pero, aquella noche, Norton había bebido y esnifado más que en cualquiera de las últimas fiestas de Larry a las que había acudido.

—Tienes que ayudarme a sacar a este tío de aquí —dijo Larry cogiendo al fiambre por los pies.

—Vale, pero... ¿dónde lo quieres poner? Para mí que *fiambre* quedaría perfecto al lado de ese jarrón japonés Setsuma o como coño se diga ¿o era chino? Sí, ese rojo que tienes junto al mueble del salón, frente a la colección de vinilos de jazz.

—¡Henry!

—Está bien, está bien. Sujétame el whisky, *vivito*.

—¡Suéltalo en la alfombra! ¡Joder, joder... alguien me quiere meter en un lío!

—¿Y si llamamos a la policía? —propuso Norton mientras se ponía en cuclillas con lentitud sublime para soltar su copa en la alfombra.

—Ni hablar, ya sabes que los maderos están deseando empapelarme desde aquel escándalo en Arthur's Tavern. Joe Pignatelli está deseando

hincarme el diente. Ya descartamos llamarles cuando lo de Bill Evans, si descubren esto iré directo al trullo.

—Desde luego... yo no sé por qué sigo siendo tu amigo.

—Venga, Henry, cógelo de los brazos. Lo bajaremos hasta el garaje pasando por la cocina, lo meteremos en el maletero del Impala y directo a su casa, espero que este cabrón viva solo...

—Un momento, primero tendremos que saber dónde vive ¿no?

—Cierto —dijo Larry soltando los pies del muerto—. Veamos qué lleva en los bolsillos.

—Espera, espera... espera un momento.

—¿Qué coño te pasa ahora?

—Tengo que ir al lavabo.

—¿Qué pasa? ¿Vas a vomitar?

—No, es que antes he ido a mear y se me ha olvidado lavarme las manos.

—Joder, Henry.

—Ya sabes lo escrupuloso que soy con ese tipo de cosas. Después de mear siempre, siempre, siempre... me lavo las manos.

—Joder, Henry... ¡Vas a tocar a un fiambre!

—Lo sé, lo sé, pero ya sabes lo que me pasa. Siempre hago lo mismo cuando tengo que entrar en un baño público. Y sí, ya sé que me vas a decir que es tu casa, pero por aquí pasa mucha gente. Yo entro, no toco nada pero me aseguro de que hay papel higiénico suficiente. Me lavo las manos, me la saco y apunto a la taza para que el chorro no suene contra el agua del inodoro, que pegue contra la loza del retrete, en un ángulo de tal forma que apenas haga ruido, pero que todo caiga dentro ¿sabes? ¿Por qué? Porque odio el puto sonido que produce el chorro contra el agua, Larry, lo odio. Y odio que silben canciones en el baño, mataría por no oír esas mierdas de silbidos. Una vez por Central Park el tipo del retrete de al lado no paraba de hacer ruido mientras meaba, el chorro caía sobre el agua del inodoro y la cancioncilla me taladraba los oídos como si fuera una apisonadora en marcha. Qué mierda, tío. Pues eso... Luego, una vez he acabado, cojo un trozo de papel y aprieto el pulsador de la cisterna o tiro de la cadenita. Nunca lo hago directamente con mis dedos. ¿Por qué? Es muy sencillo, por ese pulsador o esa cadenita han pasado decenas, cientos de dedos que han tomado entre ellos otros tantos cientos de pollas. Piénsalo, Larry, un tipo entra en un baño público, se saca la polla, la manosea, mea y silba. Cuando acaba se sacude el capullo, se lo guarda y luego aprieta el pulsador de la cisterna. Así uno tras otro. Y lo peor es que muchos

no se lavan las manos al salir, y sus dedos pasan por los tuyos al estrecharte las manos cerrando un trato, o cogen un trozo de tu bocadillo para probarlo, o toman entre ellas la cara de tu bebé para besarlo. Sucios hijos de puta. No los soporto. Para otras cosas no, pero para esto ya sabes que soy muy escrupuloso.

—Henry, por favor.

—Y además acabo de caer en la cuenta de que antes, cuando subí al baño, tampoco me lavé las manos, así que tengo que ir.

—¡Ya basta!

—Ahora vengo, *vivito*. Mira a ver qué lleva este tío encima ¿vale?
—dijo mientras salía.

Larry comenzó a registrar los bolsillos de la chaqueta del muerto y encontró una cartera de cuero y un paquete de cigarrillos. Dejó caer sobre el cadáver el paquete y abrió la cartera, no había documentación alguna en ninguno de los departamentos, tan sólo unos billetes de un dólar, algunos de cinco y de diez y unas monedas. Cuando iba a proseguir con su registro Norton volvió a entrar en el dormitorio.

—¿Ya has comprobado donde vive?

—No lleva documentación en la cartera. Veamos qué lleva en el resto de los bolsillos, ayúdame a quitarle la chaqueta, Henry.

—¿Y ese paquete de Lucky Strike? —preguntó al verlo sobre el cadáver.

—Lo llevaba en uno de los bolsillos de la americana.

Norton se quedó mirando el paquete de tabaco y sus manos sufrieron una pequeña sacudida nerviosa. Unió una contra la otra con fuerza para que el temblor cesara.

—¡Vamos, Henry! No te quedes ahí parado. Ayúdame a incorporarlo.

El escritor se agachó y ayudó a su amigo a levantar el cadáver, le quitaron la chaqueta y lo volvieron a dejar en el suelo. Larry buscó en el resto de los bolsillos, de uno de ellos sacó un manojito de llaves y de otro un trozo de papel.

—Bueno, tenemos llaves pero no la dirección de las cerraduras donde hay que meterlas... ¿Viene escrita en ese papel? ¿Qué te pasa, *vivito*?
—preguntó Norton al ver que su amigo se ponía pálido mientras le echaba un vistazo al trozo de papel.

Era una fotografía. Larry le dio la vuelta sin decir nada y se la mostró al escritor.

—¡¿Qué cojones...?!

—Tío...

—Larry, ¿quién cojones es este tío?

Las manos de Henry comenzaron a sufrir fuertes palpitaciones que el escritor a duras penas podía paliar apretándolas contra sí. En la fotografía aparecía él, una mañana cualquiera, saliendo del portal de su apartamento de Manhattan.

Una vez que Norton ha despejado parte del salón y cuantificado algunos destrozos se sienta en una silla y, soñoliento, se lleva una mano a la frente sosteniéndose la cabeza en señal de cansancio. Está desesperado. No tiene la menor idea de qué hacer y por dónde empezar para recuperar su novela. Le echa un vistazo a su máquina de escribir y se percata de que hay un pliego en blanco cargado en el rodillo. Recuerda que él dejó la máquina sin papel. Hay algo escrito:

Grand Central 21.00 traiga el dossier

Norton lo lee un par de veces, entiende que es una cita, pero no sabe qué demonios quiere decir eso del dossier. Se levanta, coge el papel y lo está doblando para guardárselo cuando oye que alguien le llama desde la puerta.

—¿Señor Norton?

Es Nozomi Tanaka, su vecino de planta, quien ha metido un pie en su apartamento. Nozomi es japonés, sus padres se mudaron de Tokio a Nueva Jersey hace más de quince años, cuando el chico tenía sólo cuatro. De modo que Tanaka es un veinteañero que ha decidido sobrevivir en solitario en Manhattan trabajando de repartidor en D'Agostino y pasando las tardes tirado en su sofá, atiborrándose de refrescos y hamburguesas de Hooters. El chico, con su metro sesenta y noventa kilos de peso, entra en el apartamento de Norton y abre los ojos sorprendido por el panorama.

—Vaaaya, señor Norton ¿Qué ha ocurrido? ¿Está usted bien? —pregunta dirigiéndose a paso lento hasta el escritorio.

—Sí, lo estoy. Eso creo.

—¡Dios mío! —dice mirando el estropicio a su alrededor—. Me desperté hace una hora por el ruido y no le eché mucha cuenta, llegué a pensar que estaría usted de mudanza, he venido por si necesitaba ayuda.

—Bueno, ya ves que no, chico. No estoy de mudanza.

—Menuda cosa ¿Ha llamado a la policía? No vi nada pero quizás yo pueda ayudarle. Creo que podían ser dos tipos, señor Norton. Al menos recuerdo oír muchos pasos, como si fueran dos ¿entiende? Creo que sí, que

tenían que ser dos. Hoy era mi día libre y en mis días libres trato de dormir hasta la una ¿sabe? Pero me despertó el alboroto. Ya le digo, creí que estaba usted de mudanza. Ya veo que no —dice echando de nuevo un vistazo al apartamento.

—Necesito una copa. No, necesito varias copas y una ducha. Tengo que ir a Johnson's, ya apenas me queda whisky —replica el escritor mientras husmea entre lo poco que ha quedado dentro del mueble bar.

—¿Ha llamado a un cerrajero? Tengo un amigo que quizás le pueda ayudar. Es bueno.

—Bien, te agradecería que llamasen a ese amigo tuyo. Toma esto —mete una mano en el bolsillo, saca la cartera y le extiende dos billetes de cinco dólares.

—Lo haré, seguro que podrá venir esta tarde ¿Quiere que llame también a la policía?

—No, chico. Sólo a tu amigo ¿de acuerdo? No quiero a ningún agente merodeando por aquí.

—Tengo una habitación libre, puede quedarse si quiere, señor Norton. Creo que no está usted bien, le noto muy nervioso.

—Gracias, Tanaka. No sé qué está pasando. Ahí afuera hay un tipo que quiere algo de mí, pero creo que me ha confundido con alguien.

—¿Y qué va a hacer?

—Averiguar qué quiere. Esta noche tengo una cita. Mira —dice mostrándole la nota que le han dejado mecanografiada.

—¿Y va a ir? ¿No será peligroso?

—Tengo que ir. Grand Central suele estar siempre llena a esa hora ¿Puedes echarle un ojo a mi apartamento?

—Claro, señor Norton. Tenga cuidado.

—Gracias. Tengo que averiguar qué está pasando, y tengo que hacerlo solo. Voy a darme una ducha y bajaré a la licorería.

Tras comprar una botella de whisky el escritor pasa la tarde bebiendo y ordenando su apartamento hasta la hora del encuentro en la terminal de Grand Central. Al filo de las ocho y media sale del portal, mira a ambos lados y camina hasta la parada de taxis. Está nervioso, trata de comprobar si algún vehículo le vigila o alguien le hace fotos desde el otro lado de la calle o desde alguna ventana próxima, como sí parece que ocurrió hace meses, cuando su amigo halló aquella foto en el bolsillo del cadáver.

—Es posible que hayan usado un objetivo de unos 200 mm para sacar esta foto. Seguro que desde un vehículo aparcado al otro lado de tu calle.

—Joder, Larry, lo que menos me interesa ahora son los detalles técnicos —aseguró el escritor en un estado de nervios que iba en aumento—. Ese paquete de tabaco...

—¿Qué pasa?

—Hace cinco días, en tu fiesta, me encontré con un tipo al borde de la piscina, cuando llegaste y me viste agachado cogiendo una colilla ¿Lo recuerdas? —Larry asintió—. Estuvo diciéndome no sé qué de mi novela, algo así como que no continuara escribiéndola, que la destruyese. La colilla de ese tipo era la de un Lucky Strike.

—Acabemos de registrarle.

Ambos se abalanzaron sobre el cadáver como si éste fuera un saco repleto de pepitas de oro. Incluso le quitaron los calcetines y los zapatos. Cuando terminaron de hurgar sólo encontraron un objeto: una caja de metal del tamaño de una pitillera que estaba en uno de los bolsillos del pantalón. Larry la abrió y en su interior encontró una pequeña cápsula de cristal que contenía un líquido de color nácar, en uno de sus extremos tenía un pequeño pulsador, en el otro una funda de plástico a modo de capuchón. Tomó el objeto con cuidado y liberó el protector, que dejó entrever una aguja de casi tres centímetros de largo.

—¡Es una jeringa!

—¡Dios mío!

—Henry ¿qué te pasa? Estás blanco.

—Creo que voy a vomitar...

—¡Espera, espera, no...!

Norton abrió la boca y desalojó todo lo que llevaba en su estómago directamente encima del muerto.

—¡... aquí no, tío! —dijo Larry cerrando por un instante los ojos y dejando ver una mueca de asco.

—Lo siento.

—Cabrón, menudo estropicio ¿Qué cojones es eso rojo? Huele fatal.

—Zumos de arándanos.

—Puf... Henry, no sabemos quién demonios es este tío pero... apuesto toda mi colección de vinilos de Peggy Lee a que venía a matarte —dijo Larry

llevándose una mano a la boca.

—Oh, ¿de veras? —exclamó el escritor mostrando algunos síntomas de mejoría—. Qué perspicaz por tu parte. Oye, no me había dado cuenta.

—Tenemos que deshacernos de él ¿Cómo habrá muerto? Límpiale con la chaqueta el regalito que le has dejado, anda.

—Hazlo tú.

—No, hazlo tú, tío. Es tu vomitona.

Norton cogió la americana del muerto e intentó limpiar el cadáver poniéndolo de lado, pero fue inútil, la mitad de la prenda se convirtió en un asqueroso trapo viscoso y parte del vómito vino a parar a la alfombra.

—¡Tío! ¡La alfombra! Puagh... joder, cómo huelen los putos arándanos. Mira, tío, ahí... detrás de la cabeza, parece un golpe —dijo Larry señalando una contusión del tamaño de una pelota de golf ubicada unos centímetros por encima de la nuca del muerto.

—Sí, a este le han atizado bien por detrás, no hay sangre pero se ha llevado uno de los gordos.

—Henry, ¿estás metido en algo que no me hayas contado?

—No, ya me conoces, sabes con quien me relaciono, no tengo enemigos, nunca tuve problemas con nadie... No sé, joder, por ejemplo... ¿Ves a García de Poe un tipo peligroso?

—¿Es necesario que te responda a esa pregunta?

—No seas capullo ¡Dios santo, Larry! ¡Este fue el dormitorio donde me quedé a dormir hace unos días! Me ayudaste a subir después de ver a este tipo al borde de la piscina y yo me quedé dormido en esta cama. Alguien debió estar vigilando, escondido aquí, tras la cortina, alguien que me protegía, no sé. Y cuando le vio entrar y dirigirse a mí para inyectarme lo que sea esa mierda que contenga la ampolla mi ángel de la guarda le atizó bien fuerte en la cabeza. Pero... ¿por qué?

—Es una buena hipótesis. Tú eres el escritor, tú sabes usar la imaginación mucho mejor que yo.

—Él me preguntó sobre lo que estaba escribiendo en mi novela, después de eso me ordenó que la destruyese, que no la acabara jamás pero... ¡nadie sabe sobre lo que estoy escribiendo! Este tipo no puede actuar solo, Larry, alguien hizo esa foto, se la dio y le ordenó que me eliminase. Todo encaja, todo encaja —dijo Norton mientras se llevaba una mano a la frente, se agachaba y recogía su copa del suelo—. Necesito un trago. Bueno, no. Necesito un camión cisterna repleto de Jack Daniels.

—Tío, y a la mañana siguiente te levantaste y le viste ahí tumbado... y como si nada, si le viste claro, que igual con el pedal que llevabas ni siquiera te diste cuenta de que estaba ahí tirado.

—No lo sé, no lo recuerdo.

—Tenemos que deshacernos del cadáver.

—Enterrémoslo en el jardín.

—Sí, claro. O mejor... espera, espera —dijo Larry mirándole fijamente—, mejor lo troceamos, convocamos a Johnson, a Cooper y a sus amigos del Discovery Club, a Nancy y a las chicas, y hacemos con él canapés y emparedados y los repartimos entre todos en mi próxima fiesta.

Norton miró con seriedad a su amigo.

—¿Estás de coña, Henry? ¡¿Cómo vamos a enterrarlo en mi jardín?! No quiero tener a tu fiambre en mi casa.

—Ah, ahora es mi fiambre.

—Por supuesto. Saquémoslo en el Chevrolet.

—¿Como hicimos con Bill Evans?

—Sí.

—Pero... ¿adónde lo llevamos? ¡No sabemos donde vive!

—Aunque supiéramos la dirección no podríamos llevarle. A este le han atizado, es distinto de lo que le ocurrió al bueno de Evans. Ya pensaré en algo mientras lo bajamos.

Hicieron lo que Larry había propuesto y bajaron con cierta dificultad el cadáver, aquel tipo era más alto y más corpulento que el músico, de modo que no fue tarea fácil llevarlo a cuestras. Durante el trayecto Norton tropezó varias veces y cayó sobre el cuerpo, en una de ellas se manchó de los restos del zumo de arándanos que él mismo había vomitado, en otra uno de los brazos del desconocido se quebró hasta tal punto que ya no hubo forma de agarrarlo correctamente por esa extremidad.

—Tío, mira como le has dejado el brazo, parece un pedazo de soufflé de queso.

Cuando llegaron a la puerta del garaje estaban agotados. Hicieron varios intentos de subirlo hasta el maletero del Chevrolet pero resultó en vano. De modo que decidieron descansar unos minutos hasta recuperar el aliento.

—Mírale, colega. Mírale bien. Parece como si le hubiera pasado por encima una manada de bisontes. ¿Cómo nos vamos a deshacer de él?
—preguntó el escritor.

—¡Qué puta mierda, tío! Está manchando los pantalones, debe estar

soltando de todo por detrás. Tenemos que irnos ya. ¿Qué hora es?

—Casi las doce y media —dijo Norton consultando su reloj—. Necesito otro trago, Larry. Voy por mi vaso.

—Ni hablar, tú ya no bebes más.

—¿Dónde tienes la Polaroid?

—¿Para qué?

—Quiero hacerle una foto a este tipo. Necesito saber quién cojones es. No sé, ya veré cómo busco información sobre él porque, como comprenderás, no puedo permanecer ajeno a esto. Le haré una fotografía y preguntaré a algunos colegas de los que trabajan en distintas redacciones. Ya sabes, gente de confianza. Quizás puedan decirme algo.

Larry le dijo dónde guardaba la cámara y Henry volvió con ella, sacó una foto de la cara del fiambre y otra de perfil. Luego se las guardó, también hizo lo mismo con las llaves del muerto y con el estuche metálico que contenía la ampolla.

—Todo esto me lo quedo, tío. Si descubro quién es y dónde vive quizás pueda entrar en su apartamento y averiguar algo más.

—¿Y para qué quieres la jeringa?

—Quién sabe... Es posible que después de un análisis alguien pueda decirme qué tipo de veneno contiene, porque supongo que será un veneno, claro.

—Acabemos con esto —dijo Larry agachándose y cogiendo las piernas del fiambre.

—Espera, será mejor que intentemos ponerle de pie, lo apoyamos en el borde y así lo podremos empujar más fácilmente hacia el interior del maletero ¿no?

Hicieron lo que Norton propuso pero en el último momento no pudieron soportar el peso, la cabeza del muerto osciló y el cuerpo cayó dentro emitiendo un ruido sordo contra una caja de herramientas que había en un lateral del maletero.

—Creo que acabamos de reventarle el cráneo —dijo el escritor metiendo la cabeza dentro—. Lo siento, Larry.

—Joder, era el coche de mi hermano, tío —se lamentó—. Lo acabé de tapizar hace unos meses.

—Larry, siento haberte metido en todo este lío, amigo. Lo siento mucho.

—Da igual, ya lo limpiaré todo mañana. Vámonos.

Luego se dirigió a un arcón del garaje, sacó dos palas y las puso encima

del cadáver.

—¿Palas?

Sin mirar a su amigo volvió a meter medio cuerpo en el arcón y retiró una plancha de acero del fondo, aquello dejaba al descubierto un departamento secreto.

—Y por si las moscas... nos llevaremos a Greta —dijo empuñando una recortada.

—Joder.

—Nunca te presenté a mi Greta. No te preocupes, no está cargada, pero no me digas que no intimida ¿eh? —acabó diciendo mientras se la mostraba de cerca—. Tengo munición en una de las cajas de aquellas estanterías. Si alguna vez la necesitas... ya sabes dónde la guardo.

—¿Y para qué la vamos a necesitar? No me ronda por la cabeza la idea de matar a alguien.

—Nunca se sabe, colega. ¿Y si alguien nos está vigilando y nos sigue? —dijo mientras cogía algunos cartuchos.

—Bueno... llevémosla.

Puso la recortada y la munición a los pies del muerto y cerró la puerta del maletero.

—Vamos, Henry.

Ambos se montaron en el Chevrolet Impala Supersports del hermano de Larry. Norton apoyó su cabeza sobre el cristal de la puerta del copiloto y miró el paisaje que desfilaba tras la ventanilla durante todo el recorrido. No habló con su amigo, no preguntó adónde iban, no preguntó lo que iban a hacer ni qué pasaría después, sólo permanecía en silencio mientras su amigo conducía, recordando la historia que una vez le contó Larry sobre ese coche. Al cabo de media hora el vehículo se adentró en un descampado salpicado de árboles y alfombrado de hojas secas. El motor enmudeció y las luces se apagaron. Larry salió del coche y abrió la puerta del maletero.

—Ayúdame a sacarlo, Henry.

Norton salió del coche y, como un autómatá dirigido por los hilos de un invisible y todopoderoso dueño, comenzó a hacer sin rechistar todo lo que su amigo le ordenaba. Cogieron las palas, se dirigieron al pie de un árbol y tantearon la zona, por suerte estaba mojada por la lluvia del pasado día, de modo que comenzaron a cavar sin descanso. Al cabo de media hora el agujero parecía más que suficiente para ocultar el cadáver a un metro y medio por debajo de la superficie. Se dirigieron al Chevrolet y sacaron al muerto, lo

arrastraron hasta el pie del árbol y lo tiraron dentro del agujero. Luego se quedaron contemplándolo unos segundos. Henry levantó la vista, en el cielo no había rastro de luna aquella noche. Larry se echó la mano a uno de los bolsillos de su chaqueta y sacó el paquete de Lucky Strike que unas horas antes le había robado al fiambre. Se encendió un cigarrillo, dio un par de caladas y se lo pasó a Norton.

—Ya me acuerdo tío. Lo mío es memoria.

—¿Qué?

—Que ya me acuerdo, Henry.

—¿De qué?

—De la mujer de tu amigo, del tío loco ese, Garsía de Poe, la tal Sarah... se hacía llamar Rose.

—Ah.

—Es ella, tío. No sabes lo bien que la chupaba. Es ella, sin duda alguna. Joder, qué buena memoria tengo, y hace ya veinte años de aquello ¿eh? Y mira que me han dado mamadas —dijo mientras le daba una palmada en la espalda a su amigo—. Pero aquí tu amigo Larry nunca olvida ni una. Es ella, la tal Sarah se hacía llamar Rose hace la tira de años. ¿Tampoco te conté aquella noche en que me encontré a Evans en una orgía?

—¿Qué Evans?— preguntó el escritor.

—¿Quién va a ser? Nuestro Bill.

—No jodas...

—Sí, sí, el mismo. Me miró por encima de sus lentes y dijo: «Oye, tú, pásame un cigarrillo, capullo»

—¿Evans te llamó capullo?

—Claro.

—Qué suerte, joder.

Se acabaron el cigarrillo y Norton lo apagó aplastando la colilla contra la tierra mojada.

—Menuda mierda de Lucky Strike. Acabemos con esto —dijo cogiendo de nuevo la pala.

Minutos más tarde ya habían devuelto la tierra húmeda al agujero. Trataron de allanar el terreno lo máximo posible ayudándose de las palas y cubriéndolo de hojas muertas. Colocaron las palas en el maletero y se metieron en el coche.

—No creo que la policía lo busque —dijo Larry una vez salieron del descampado y enfilaron las primeras calles.

—¿Qué?

—Los maderos, no creo que estén buscando a este tío.

El silencio se apoderó de ellos durante el resto del camino. Cuando llegaron al garaje el reloj del Impala marcaba las dos y media. Ya fuera del coche el escritor declinó las peticiones de su amigo para que se quedase a pasar la noche en la casa, no quiso que Larry le llevase de vuelta a su apartamento de Manhattan, ni tampoco pedir un taxi.

—Caminaré hasta el puerto.

—¿Ahora? ¿Estás loco, tío? No sabes lo que dices...

—Déjame Larry, todo esto, todo esto... ¡Joder! ¡Es demasiado para mí! Demasiado para mí— acabó en un susurro.

—Pues precisamente por eso mismo deberías...

—No, de veras, gracias... —dijo Norton mirando a los ojos a su amigo—. Hay un tipo por ahí afuera, en Nueva York, que por alguna razón que desconozco no quiere que acabe mi novela. Y está claro que está dispuesto a matarme, Larry, pero... pero no le tengo miedo. Me voy, necesito caminar. Lo necesito.

Luego se dio la vuelta y comenzó a circular calle abajo hasta que desapareció entre la niebla que comenzaba a asentarse en todo Staten Island. Aquella sería la última vez que vería a su amigo Larry con vida. Norton caminó cerca de una hora hasta llegar al puerto, una vez allí se tumbó en un banco hasta que anunciaron la salida del primer ferry que le llevaría hasta su adorada Manhattan. Y, por primera vez en mucho tiempo, se imaginó encapsulado en una ciudad distinta, nueva y desconocida para él, mucho más decadente y peligrosa; y creyó con la mayor de las certezas que cuando llegase a casa su mujer le estaría esperando.

Quedan quince minutos para las nueve de la noche cuando Henry Norton entra en el vestíbulo de Grand Central. La nota no especificaba en qué lugar debía esperar pero él opta por hacerlo en la sala principal, a esa hora la estación es como una colmena en plena actividad donde muchos viajeros hacen cola para comprar billetes, otros comprueban los horarios de los trenes de larga distancia, acceden al suburbano, o simplemente esperan sentados su turno, leyendo el periódico o dando buena cuenta de un sándwich y una bebida.

El escritor cree que si se queda a la vista, en el centro del vestíbulo, se sentirá más arropado por el trasiego de gente y no tardarán en localizarle. De modo que nada más entrar se dirige al centro. Decide esperar fumándose un Marlboro junto a una papelera. Tras veinte minutos dando vueltas y cuatro cigarrillos opta por merodear por los alrededores de un kiosco de prensa y sentarse en uno de los bancos que han quedado vacíos. Un tipo delgado y con un bigote muy fino y excesivamente cuidado, vestido con abrigo largo de color negro, se detiene ante él. Le mira fijamente mientras le da unas caladas lentas a un pitillo. El tipo lleva un sombrero negro y zapatos marrones de charol, parece como si le hubieran sacado del rodaje de una película de *gánsters* de los años cincuenta.

—¿Lo ha traído?

—No.

El hombre se sienta junto a Norton y le da un par de caladas más al cigarrillo. Es un Lucky Strike.

—¿Por qué?

—Porque no sé de qué me habla. No sé qué es eso del dossier. Se ha equivocado de hombre —dice el escritor mirando al panel donde se muestran las próximas salidas y tratando de conservar la calma.

Luego hace una pausa, respira hondo y prosigue, ahora mirándole a la cara:

—¿Dónde está mi mujer? ¿Dónde tiene mi novela? Sean quienes sean ustedes... ¿por qué llevan siguiéndome desde hace meses y qué buscaban en mi apartamento? ¿Y por qué me dijeron que fuese a aquella dirección de Harlem?

El tipo del abrigo emite una nerviosa y sonora carcajada mientras deja caer el cigarrillo, luego lo aplasta con la suela del zapato, está furioso.

—No sea usted ridículo, Norton. Sabe perfectamente de lo que le hablo —dice en voz baja y en tono amenazante, a menos de un palmo de distancia del rostro del escritor.

—No, no sé de qué demonios me habla. Una vez intentaron matarme, no sé por qué motivo no lo han vuelto a intentar, supongo que ahora me necesitan vivo por alguna razón —dice mientras mete una mano en un bolsillo de su gabardina y saca dos fotografías—. Éste es el tipo que intentó matarme.

Entonces le muestra las fotografías que realizó del cadáver y el rostro del desconocido adquiere un gesto severo, apretando los labios. El escritor guardaba aquellas fotografías en el interior de uno de los libros que acabaron en el suelo durante el registro de su apartamento.

—Vaya... le ha cambiado la cara ¿Quién es este tío? —pregunta Norton.

—¡Levántese! Salgamos de aquí —dice poniéndose de pie bruscamente.

—No hasta que me aclare todo esto. ¿Quién es el fiambre de la foto? ¿Dónde está mi mujer? —le sigue presionando mientras se guarda las fotografías.

—¡Salgamos! El jefe quiere verle —le ordena mientras se dirige a la salida del vestíbulo.

El escritor le sigue unos metros por detrás hasta que salen al exterior, junto a la parada de taxis de Park Avenue hay aparcada una limusina de color negro. El tipo del abrigo se dirige a ella, abre una puerta y le ordena a Norton que entre. Duda un instante.

—Suba, no iremos a ninguna parte.

El escritor entra y toma asiento, frente a él tiene a un hombre trajeado, de facciones rudas. Con toda probabilidad pesa más de ciento diez kilos, su pelo negro brilla como si se hubiera untado medio bote de grasa de caballo. El hombre acaricia un puro con sumo cuidado entre sus dedos. El tipo delgado que ha ido a buscarle a la estación entra en la limusina detrás de Henry, cierra la puerta y toma asiento junto a él.

—¿Le gustan los habanos, Norton?

El escritor reconoce de inmediato la voz. Se trata del hombre que le telefoneó la pasada noche.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí?

—¿Por qué no ha traído el dossier? —pregunta mientras enciende el puro.

—Ya le he contado a su amigo que no sé de qué me habla ¿Quién es usted?

—Cállese. Aquí soy yo quien hace las preguntas. Si quiere que le devolvamos su novela entréguenos el dossier.

—Ya le he dicho que no sé de qué demonios me habla. ¡Se están equivocando de hombre! ¿Dónde está mi mujer? ¿Por qué me enviaron esta mañana a una peluquería de Harlem?

—Escúcheme con atención, Norton —dice el gordo girándose y acercando su cara a la del escritor—. No juegue conmigo. Este asunto es muy grave. Han pasado demasiados años, no se hace a la idea del tiempo que llevo buscándolo. Si el contenido del dossier se revela todo se vendrá abajo ¿me oye?

—¿Y cómo quiere que guarde un secreto si no sé de qué cojones me está hablando?

Entonces el tipo gordo le coge por el cuello de la gabardina y le grita:

—¿Lo ha puesto en su novela?!

—¿A qué se refiere? —pregunta atenzado sin dejar de mirarle a los ojos.

—Estoy leyendo su novela, Norton. Si me ha mentado lo pagará caro —escupe mientras le suelta del cuello y vuelve a su asiento—. Le llamaré pronto. Acompáñelo, Consentini.

—No sé de qué me habla, en mi novela no hay nada que le pueda interesar.

Luego el gordo da unos pequeños golpes al cristal oscuro que separa el interior de la limusina de la parte delantera. El tipo que está sentado al volante pulsa un botón y el cristal baja unos centímetros dejando ver el tosco perfil de su rostro, luego pregunta:

—¿Va todo bien ahí atrás, jefe? ¿Quiere que me una al interrogatorio del muñeco?

—No, Strasser, no será necesario. Arranca, nos vamos.

El hombre delgado abre la puerta de la limusina y le hace un gesto con la cabeza a Norton para que salga. El escritor se recoloca el cuello de la gabardina y sale del vehículo. Luego lo hace Consentini, que cierra la puerta tras salir, camina unos pasos, se mete la mano en uno de los bolsillos de su abrigo y saca una pitillera.

—Tome un taxi y váyase a casa. Quédese en ella, espere esa llamada y no hable con nadie de esto ¿me oye? —dice mientras coge un cigarrillo y se lo lleva a la boca.

—Bien, pero antes me gustaría saber por qué me dieron la dirección de Harlem. No creo que sólo fuera para levantarme de mi escritorio y entrar en mi apartamento. Eso podrían haberlo hecho en cualquier momento.

El tipo delgado esboza una sonrisa y dirige la vista al asfalto.

—Muy bien, ya que no quiere responderme a eso... ¿Me va a decir quién era el fiambre de la foto, Consentini?

Al oír su apellido el tipo delgado se ajusta el sombrero, aprieta la mandíbula y busca los ojos del escritor para clavar su mirada más fría en ellos. Cuando los encuentra acerca la llama de un encendedor al Lucky Strike y da varias caladas rápidas. Luego deja escapar el humo mientras suelta:

—Era mi hermano.

Tras oír aquello Norton se da la vuelta y se dirige a la fila de taxis de Park Avenue. Monta en uno y vuelve a su apartamento tratando de poner orden y buscar un sentido a todo lo que ha sucedido en los últimos meses. Para entonces el amigo de Tanaka ya ha cambiado la cerradura, su vecino le da las nuevas llaves de su piso y el escritor le pide que le acompañe. Una vez dentro coge el teléfono y ojea el listín buscando un número. Lo marca.

—¿Sí?

—¿Robert? Soy Henry.

—¿Henry?

—Sí, Norton, tío.

—Ah, sí, sí. Henry ¿cómo estás? Es un poco tarde ¿no?

—Oye, ¿recuerdas las fotos que te pasé hace unos meses? Las de aquel tipo. Aún tienes las copias que hicimos ¿verdad?

—Las fotos del fiambre. Sí, las tengo.

—Bien, creo que se apellida Consentini. ¿Te dice algo eso?

—Mmm... no, no me suena. Tendría que mirar en los archivos.

—Hazlo, y mira también si en alguna ficha aparece alguna fotografía de un tipo delgado, moreno, con bigote y con los párpados abatidos, ya sabes. Es el hermano del fiambre de la foto. A ver si puedes averiguar algo también de un tal Strasser.

—Joder, Henry, estaba a punto de salir de la redacción.

—Oh, vamos, Robert. Acuérdate del favor que te hice cuando salió a la luz aquel escándalo del Cotton Club.

El amigo de Norton permanece en silencio unos segundos y luego continúa:

—Está bien. Consentini y Strasser. Bajaré a los archivos, puede que tarde

más de una hora.

—No importa. Gracias.

Cuelga el teléfono y mira al chico japonés, que le observa sujetando una hamburguesa mordisqueada y una botella de Coca-Cola.

—Le he traído un colchón, está en el dormitorio. Supuse que querría quedarse aquí ahora que la cerradura está arreglada ¿Cómo le fue en esa cita, señor Norton?

—Tanaka, voy a recibir una llamada de un tipo, aunque no sé cuándo ocurrirá. De modo que quiero pedirte un favor. ¿Podrías quedarte en mi apartamento mañana?

—¿No será peligroso?

—No te preocupes, no te pasará nada. Toma, quédate con esta copia de las llaves. Si ese tipo llama preguntando por mí dile que me encuentro indispuerto, o borracho, no sé, o que he ido a urgencias, que no puedo ponerme al teléfono. Es muy importante que anotes aquí lo que te vaya a decir ¿de acuerdo? —dice mostrándole un lápiz y el listín telefónico.

El chico asiente perplejo mientras le da otro bocado a la hamburguesa.

—Gracias, amigo. De veras, muchas gracias. Ahora tengo que acabar de ordenar todo esto. Mañana antes de salir iré a avisarte —dice acompañándolo hasta la puerta.

Al borde de la medianoche Robert le telefona desde la redacción, ha encontrado algo en los archivos, de modo que Norton le escucha con atención mientras sujeta su cuarto vaso de whisky de la noche.

—Tenemos un par de artículos de hace unos años, en ellos no hay ninguna fotografía del tipo que me has descrito. Pero escucha esto, el primero de los artículos dice que «en una de las mayores redadas que la policía ha realizado contra el juego ilegal en el Bronx los agentes desarticulaban una banda organizada y se incautaron de más de medio millón de dólares en un local de Arthur Avenue.» Al parecer, según sigue el artículo, las partidas se llevaban a cabo en la clandestinidad, de noche e incluso a plena luz del día en los sótanos de un supermercado muy concurrido donde los vecinos del lugar solían hacer sus compras. Los agentes acudieron al local alertados por algún vecino anónimo que se quejaba del extraño ir y venir de unos tipos trajeados a horas intempestivas. Por lo visto, además de los jugadores asistentes en esos momentos también detuvieron a las cajeras del supermercado para interrogarlas, y al gerente del mismo, Enzo Consentini, un italoamericano que ya tenía antecedentes por robos menores sin delitos de sangre y al que se le

imputaron nuevos cargos. Ahí lo llevas.

—No me jodas... el gerente, qué cabrón, pues si lo llegas a ver... No tiene ninguna pinta de dueño de supermercado, aunque le pega mucho eso del juego —dice Norton tomando un sorbo de su vaso—. ¿Qué más has descubierto, tío?

—Sobre este tío nada más, pero me preguntaste también sobre un tal Strasser.

—Sí.

—Bien, con ese apellido había varios documentos en el archivo pero en sólo uno se nombraba también a Consentini. En el artículo a ambos lo relacionan con el juego, y al segundo pájaro con el contrabando de alcohol y tabaco. Pero no te lo pierdas, he indagado un poco más y el tal Strasser es Nick. Nick Strasser, tres veces consecutivas subcampeón americano de boxeo en la categoría de semipesado, de 1970 a 1972, y campeón mundial en el 73. Al parecer se retiró al año siguiente, cuando Víctor Galíndez le arrebató el título, el tío debería estar sonado ya de tantas hostias. Si es el mismo tipo y se conserva en forma tienes ante ti a un hueso duro de roer.

—Joder... Gracias, Robert.

—Henry... ¿Te encuentras bien? ¿Puedo preguntarte qué estás investigando?

—No puedo hablar ahora, pero no te preocupes. Es muy importante que no hables de esos dos tipos con nadie, pase lo que pase, aunque la Tierra se parta en dos ¿de acuerdo?

—Está bien, colega. Está bien.

A la mañana siguiente el escritor sale del edificio y toma un taxi hasta el 1800 de Amsterdam Avenue. El cielo nublado parece un enorme pliego de papel sobre la ciudad que hace que las calles de Manhattan se vuelvan más impersonales y los edificios parezcan sacados de una película en blanco y negro. Acaba de dejar al bueno de Nozomi Tanaka en su apartamento y le ha dado unos dólares para que haga los pedidos de hamburguesas que considere oportunos. Le ha prometido estar de vuelta antes de las seis, hora en que el chico acude a su puesto de trabajo en D'Agostino.

Una vez se baja del taxi entra en Precious. Un carillón que hay sobre la puerta tintinea avisando de que tienen un nuevo cliente. Es media mañana y las chicas de la peluquería van de un lado a otro realizando cortes y peinados a

las clientas del barrio. Un par de clientas leen unas revistas mientras sus cabezas permanecen metidas en dos enormes secadores. El suelo ajedrezado está sembrado de cabellos. Norton sigue inspeccionando el local y no se percata de que delante de él se ha colocado una chica negra con cara de muy pocos amigos. Mastica con insistencia una goma de mascar, luego para de hacerlo y con el pulgar y el dedo índice le da un pellizco al chicle y lo estira unos centímetros en un movimiento rápido y conciso, sólo para empezar a enrollarlo posteriormente alrededor de uno de los dedos en un gesto infantil y despreocupado.

—¿Qué busca? —pregunta sin ningún ánimo ni interés.

—Quiero hablar con Louise. Es la dueña ¿verdad?

La chica se vuelve sin decir nada y desaparece tras una puerta que hay al fondo. Al cabo de medio minuto vuelve a aparecer, esta vez acompañada de Louise.

—Vaya, mister Confundido de nuevo por aquí. ¿Qué quiere? ¿Otra vez le han enviado?

—Necesito su ayuda.

—Ya le dije que no conozco a ninguna Melissa.

—¿Puedo hablar con usted? —pregunta ante la impasibilidad de la mujer—, por favor.

Louise le mira de arriba abajo y dice:

—Acompáñeme dentro.

El escritor le sigue bajo la atenta mirada de las peluqueras y algunas de las clientas. Pasan a una pequeña despensa habilitada como despacho que apenas alberga mobiliario: dos sillas, una vieja mesa de madera y un estante con un archivador y lo que parecen ser unos libros de cuentas. Louise le ofrece asiento.

—¿Qué quiere de mí?

—¿Reconoce a este hombre? —dice Norton sacando de un bolsillo las fotos que hizo con la Polaroid y dejándolas caer sobre la mesa.

—No —dice la mujer—, pero ¡Jesús! ¿Ese tío está muerto?

El escritor asiente.

—¿Es usted poli? —pregunta alzando la voz—. No quiero problemas con la pasma ¿Qué quiere? ¿Cómo se llama?

—Lo siento, realmente no sé qué demonios estoy haciendo. Por favor, cálmese, Louise. No soy policía. Ya le dije que me llamo Henry Norton, sólo soy un escritor. Un escritor un poco despistado, ya ve.

—Un escritor ¿eh? ¿Y por qué viene a mi peluquería y me enseña las fotos de un muerto?

—¿Le suena el apellido Consentini?

—No ¿Es español? ¿Italiano?

—¿Pasa algo, Lou? —pregunta con voz chillona una chica blanca asomándose al despacho. Lleva los brazos tatuados.

—¿Qué quiere este tío? ¿Te está molestando, *mam*? ¿Aviso a Lilian? —dice apareciendo la chica del chicle, que ahora juguetea con unas tijeras.

Las dos mujeres visten de forma juvenil, acorde a sus edades, aún no deben haber alcanzado la treintena.

—Todo va bien, chicas ¿verdad, señor Norton? —dice Louise sonriendo mientras retira las fotos del fiambre y se las devuelve al escritor.

—¿Cómo te llamas? —pregunta la chica blanca con su voz gritona.

—Se llama Henry, cariño —dice la dueña.

—Muy bien, Harry. ¡Tú no serás uno de los amigos locos del polla sucia! ¿No? —pregunta la chica acercándose a la silla de Norton.

—¿Cómo?

—Maggie, cariño, cállate —le pide Louise—. Nuestro cliente se llama Henry.

—¡Sí, el polla sucia! ¡El polla sucia...! —continúa diciendo la chica—. Uno que solía merodear por aquí y se la meneaba tras las vallas de las canchas de baloncesto. Es que nada más verte entrar me has recordado a uno de sus amigos. Le llamamos el polla sucia porque un día pasábamos por allí, se la sacó y...

—Maggie, nena, ya vale —interviene la otra chica—. ¿No ves que este tío no tiene pinta de venir mucho por Harlem?

—Maggie, Janet... Volved al trabajo. No os preocupéis por mí, creo que el señor Norton tiene que contarme una historia —dice mientras se levanta, despide a las dos y cierra la puerta—. Muy bien. ¿Quién es el tío de las fotos? Soy toda oídos.

El escritor comienza a contar lo sucedido en la pasada noche, cuando el tipo gordo de la limusina le telefoneó para darle la dirección de la peluquería, continúa con el destrozo posterior de su apartamento y el robo de su novela. También narra el encuentro en Grand Central y aclara que el cadáver de la foto corresponde al de un matón, hermano de Consentini, enviado para acabar con su vida durante una fiesta en casa de su amigo Larry. Prefiere pasar por alto los detalles sobre cómo se deshicieron de forma desastrosa del cadáver.

Luego se centra más en describir al tipo gordo y a Consentini, y también en el misterioso dossier que le han pedido con insistencia.

—Sé que lo que le he contado no tiene nada que ver con usted ni con su peluquería, Louise. Pero me gustaría que se quedase la foto de mi mujer —dice mientras la saca de la cartera y la deposita sobre la mesa—. Muéstresela a todas sus chicas. No sé... a alguna clienta del barrio. Empiezo a estar un poco asustado de todo esto ¿sabe? Y si, como me dijo aquel tipo, es cierto que mi esposa está viva... es muy posible que también esté en peligro.

—¿Por qué no ha ido a la policía?

—Creo que enredaría más las cosas, y después de lo de ayer creo que ya es demasiado tarde para eso.

—Está bien. No se preocupe, no me cuesta nada hacer lo que me pide —dice la peluquera recogiendo la foto de su mesa.

—Tenga, aquí está mi teléfono —dice Norton tendiéndole una tarjeta con sus datos—. Llámeme si averigua algo, por favor.

—Lo haré.

Nada más salir de la peluquería toma un taxi de vuelta a su apartamento. Una vez más el escritor vuelve a salir de allí sin ninguna pista que le pueda llevar al paradero de su mujer.

—Vaya cara seria tiene ¿es que no lo ha pasado bien? —pregunta el conductor mirándole por el retrovisor.

—¿Cómo dice?

—Ha salido de Precious ¡No me dirá que ha venido desde Manhattan para cortarse el pelo! Y yo creyendo que esas chicas ya no ejercían...

—Disculpe, pero no le entiendo, he venido por un asunto personal.

—Ya, supongo que eso es lo que les decimos todos a nuestras esposas al llegar a casa —dice riendo.

—No sé de qué me está hablando.

—Oh, vamos. ¿Bromea? ¿Me va a decir que no lo sabe?

—Pues... si le digo la verdad... No, no sé de qué demonios me habla.

El conductor le mira nervioso a través del retrovisor, como queriendo salir del callejón sin salida donde se ha metido. Luego dice en voz baja:

—Hace años Precious era uno de los burdeles más conocidos de todo Harlem.

Henry Norton camina por un sendero de Central Park con las manos en los bolsillos y un Marlboro apagado colgándole de la boca. No sabía si era buena idea decirle al taxista que diese media vuelta y volviera a Precious, pero ¿para qué? Lo que sí tenía claro era que necesitaba tomarse un respiro. De modo que le dijo al conductor que parase a la altura de la Calle 77 Oeste. Eso hizo. Pagó la carrera y se apeó, y de camino al parque se detuvo en una licorería. Ha dejado atrás un sendero flanqueado por olmos y ha subido por uno de los puentes del parque. Ahora se detiene cuando llega a la mitad y observa la altura que hay hasta el suelo. «Apenas hay tres metros» piensa. Un chico pasa rápido a su espalda haciendo *footing*, otro circula en bicicleta en sentido contrario. «Realmente, me importa un comino la altura» se dice mientras enciende el cigarrillo y da varias caladas. Luego saca de uno de sus bolsillos la botella de whisky que acaba de comprar, pidió una de whisky, no pidió una de Jack Daniels. Le da igual, la abre y pega un trago. La gente hace deporte por Central Park, pasea, lee el New York Times sentada en un banco o se arremolina en torno a músicos y vendedores ambulantes. Los neoyorquinos hacen su vida, pero él no. Él no hace más que imaginarse a su mujer en una habitación de un prostíbulo de Harlem.

Quizás deba esperar a que el tipo gordo le telefonee y le devuelva su novela. «Todo esto debe ser una equivocación» piensa mientras le pega otro trago a la botella y recuerda una de sus borracheras con Larry, mientras él casi no podía articular palabra y su amigo le hablaba sobre las clases de prostitutas que, según él, existían.

—Para mí hay dos tipos de putas, Henry. Las que follan por dinero porque su situación es tan precaria que no pueden o no les dejan dedicarse a otras cosas y las que lo hacen por placer. A esas les da igual tirarse a un tío cachas que a un viejo gordo y seboso, les importa un comino comerse una minga bien lavada o una recubierta de la costra más seca que te puedas imaginar. Una mierda, tío. Sólo miran las pollas. Ven en ellas el núcleo

terráqueo y ardiente, el germen de toda forma de vida, así que para ellas el tenerlas en lo más hondo es lo mejor del mundo. Prostitutas sin miramientos a las que no les importa otra cosa que lo que ya te imaginas. Por la mañana, por la tarde, por la noche, de madrugada... Ya seas un fontanero, un vendedor de seguros trajeado o un púgil sudoroso. Lo prueban todo. Estas chicas quizás no conozcan el amor, Henry. Y supongo que algunas ni querrán conocerlo. Las primeras de las que te he hablado sí, las que lo hacen por dinero. Yo he conocido a muchas así, Henry. Eso sí que es una verdadera pena, tío. Una pena muy jodida.

Luego paró un instante para llenarse el vaso y dar una calada a un porro mientras Norton preparaba en silencio una raya sobre la mesa.

—Igual es que sólo les gusta el sexo, como a ti y como a mí —intervino el escritor.

—Les gusta, no te quepa la menor duda. Pero no tienen escrúpulos, tío. Ya sabes, amigo, mantente alejado de las prostitutas del segundo tipo. Es mejor así. Las primeras huelen a billetes de a dólar y a perfume barato. Las putas de gusto no, esas hieden a sexo, a jodienda, tanto que hasta sus labios parecen gozar de independencia y vida propia, las reconocerás en cuanto las veas, por cómo se mueven. Esas chicas conservan dentro la primigenia del mundo, hablo del puto Big Bang, Henry, del primer estallido cósmico. Lo conservan, tío. Ten mucho cuidado con esas zorras, jamás te pedirán dinero pero te destrozarán. Te beberán entero, como tú y yo apuramos una botella de Jack Daniels, hasta el final. Te dejarán seco, chico. Una puta de profesión te pide dinero, no lo olvides. Es lo primero que hacen —dijo Larry continuando con su retahíla—, hablar de dinero. Si eso es lo primero que hace mientras te mira de arriba abajo... Esa prostituta será una buena chica. Te mirará a la cara mascando chicle de forma ruidosa y al detenerse en tus ojos te dirá algo así como: «Son veinte dólares por quince minutos». Y las peores, vuelvo otra vez a las peores, Henry, son las que usan la sutileza como arma. Esas te dirán que te aman a las primeras de cambio, que no pueden vivir sin ti y que jamás habían sentido tanto por un hombre. Te harán sentir que las salvas y luego te darán una buena puñalada traperera por la espalda nada más oler y tener a un palmo de distancia de su boca otros tíos por comer. Huye de esas tías, amigo, así de claro te lo digo, son verdaderos demonios disfrazados de mujer.

Larry dejó su vaso sobre la mesa mientras Norton esnifaba una raya. Fue hacia el tocadiscos, lo puso en marcha, levantó el brazo mecánico y lo dejó caer con cuidado en los primeros surcos del disco de vinilo. La aguja, tras

chisporrotear un par de segundos, comenzó a leer y las primeras notas de *Guilty*, cantada por Al Bowlly, empezaron a sonar.

—Una vez conocí a una tía que sólo lloraba por un ojo, tío —siguió—. ¿Habías visto cosa más rara? Sólo por uno, colega. Por el derecho, por el otro no. El izquierdo lo tenía jodido por no sé qué historia que me contó, ya no lo recuerdo. Tenía unas tetas enormes. Henry, tú lo sabes, a mí siempre me han gustado las mujeres con buenos pechos pero... no sé por qué extraña y maldita coincidencia, nunca he tenido una entre mis brazos, con lo que me gustan esos pezones tan grandes... de esos que ni siquiera te quepan enteros en la boca, esos que son como los posavasos que ponen bajo las jarras de cervezas del bar de Jackson ¿entiendes? Deben ser tan tiernos... Eso de que nunca he tenido unos buenos pechos bajo mis manos va a cambiar esta noche, colega ¿Qué hora es? La chica que está al llegar se llama Mary. Fíjate en sus tetas, Henry —dijo mientras volvía a sentarse—. Oye, no te quedes ahí pasmado, prepárame una raya. Henry... ¿tu mujer tenía los pechos grandes?

El timbre sonó y Larry se levantó a abrir. Al cabo de unos segundos apareció de nuevo en el salón con una chica. Ciertamente tenía una buena delantera, aunque eso no pareció llamar mucho la atención de Norton.

—Henry, te presentó a Mary. Toda una dama ¿verdad? Una delicia de mujer.

El escritor hizo ademán de levantarse pero el butacón pareció apresarle y decidió permanecer sentado mientras le dedicaba a la recién llegada una corta reverencia levantando su vaso.

—Mi amigo Norton es escritor —dijo Larry dirigiéndose a la chica—. ¿Verdad, Henry?

Norton asintió con desgana mientras acercaba la botella y se bebía de un trago el resto del whisky que quedaba dentro.

—¿De veras? —exclamó la chica boquiabierta.

—De veras, encanto —siguió Larry—. Y de los buenos ¿Cuántos ejemplares vendiste de tu última novela, Henry? ¿Cuántos fueron?

—No me acuerdo.

—Venga, tío. Dínoslo.

—Casi trescientos mil.

—Ahí lo tienes, encanto. Casi medio millón de libros ¿Tú sabes el espacio que ocupa eso y lo que tardaríamos en leerlos?

—¿Y cómo se titula? ¿De qué trata?

—Se titulaba... *Mami, el cirujano que te operó no fue George*

Washington y otros cuentos, pop pi doo —dijo Norton mientras soltaba la botella vacía y el vaso y lograba con mucho esfuerzo levantarse para acercarse a por otra del mueble bar.

—No digas gilipollecés, tío. Se llamaba... —continuó Larry mientras se acercaba a una estantería y tomaba el ejemplar que conservaba en ella— *Puñales dorados para las putas de Bushwick*.

—A ver... —se mostró interesada la chica.

—Es una primera edición, yo en mi biblioteca siempre tengo lo mejor —apuntó mientras le tendía el ejemplar.

—Una biblioteca únicamente formada por mis dos novelas —dijo Norton dirigiéndose a la chica mientras seguía husmeando en el mueble bar, aún no se había decidido por ninguna marca de whisky.

—Tú siempre tan quisquilloso. Voy a leerte un poco, encanto.

Larry llevó a la chica hasta el sofá y se sentó junto a ella, le pasó un brazo por encima de los hombros y con la otra mano abrió el libro por una página al azar. Sonrió y antes de comenzar a leer le pegó una calada al porro que había dejado antes sobre la mesa. Luego leyó una página completa. Mientras tanto Norton ya se había decidido por una de las botellas y estaba depositando unos trozos de hielo en un vaso.

—¿No es maravilloso? —preguntó Larry cuando acabó de leer.

La rubia no respondió, se limitó a sonreír y a inclinarse hacia adelante para salir de la nube de humo que la envolvía. Luego vinieron unos segundos de silencio, sólo interrumpidos por el tintineo y el crujir del hielo al entrar en contacto con el chorro templado de Johnnie Walker. Cuando Norton se volvió a mirarles la chica sostenía el porro mientras su amigo, al fin, daba buena cuenta del sabor de sus voluminosos pechos. El escritor se acercó con lentitud hasta el sofá y tomó el porro de los dedos de ella.

—Creo que esto ya no os va a hacer falta —dijo mientras le daba una calada.

Luego Larry se llevó a la chica para enseñarle uno de los dormitorios de la planta de arriba.

—Yo escribo el puto libro y él se lleva a la chica —dijo Norton una vez se quedó solo.

Se dirigió al mueble de los vinilos, extrajo uno, quitó el que estaba puesto y pinchó el nuevo en el tocadiscos. Luego se dejó caer en un butacón para sumergirse en los primeros compases de *Stop It, Joe* de Mezz Mezzrow. Al cabo de unos minutos soltó el porro en el cenicero y se quedó dormido con

el vaso en la mano. Cuando despertó ya había anochecido.

¿Era posible que aquella segunda novela de Norton, que trataba sobre un ajuste de cuentas que se tomaban unas prostitutas sobre un millonario, hubiese llevado a pensar al tipo gordo de la limusina que el escritor estuviese al tanto de algún posible asunto turbio entre él y las mujeres de la peluquería? Él sólo había ideado una trama ficticia para cada una de sus novelas, con un hilo conductor que actuaría de puente entre la trama de la primera y la que sería su tercera novela. El escritor ha dejado Central Park hace media hora y el taxi enfila ahora la calle de su apartamento. Es la hora del almuerzo pero eso no le importa lo más mínimo, hace más de dos días que Norton se muestra tan indiferente ante un plato de comida como ante un trozo de adoquín de acera de la Quinta Avenida. Tras pagar el taxi sube a su apartamento. Tanaka le recibe. El escritor le pregunta y su vecino le dice que no ha telefonado nadie.

—¿Cómo ha ido todo, señor Norton?

—No tengo nada, chico. Siento el retraso. Quise despejarme un rato dándome una vuelta por Central Park.

—No se preocupe. ¿Ha estado dando una vuelta por Central Park? Todavía me acuerdo de lo que le pasó a mi amigo Stephen en ese parque, señor Norton. ¿No se lo conté?

—No, creo que no —dice el escritor mientras toma asiento y suelta sobre la mesa la botella de whisky que ha comprado en las inmediaciones del parque.

—Se lo voy a contar. Sólo el demonio sabe donde está ahora el bueno de Stephen. Quizás haya muerto atropellado, es que solía cruzar las avenidas sin mirar a ambos lados ¿sabe? y más de una vez algún coche estuvo a punto de enviarle al otro barrio, y lo digo en el sentido literal de la expresión, señor Norton. Ya sabe la velocidad que alcanzan algunos capullos por las calles de Manhattan —dice mientras se sienta frente al escritor—. Cuando conocí a Stephen parecía un buen chico. Lo era, sin duda, pero el pasado de su familia era un peso difícil de sobrellevar para cualquiera. Vivía con su madre drogadicta en un apartamento con vistas a Central Park.

—Ajá —balbucea Norton con desgana desde su asiento.

—Al principio Stephen paseaba perros. Ya sabe, su madre le consiguió ese puesto en un anuncio que vio en el periódico. Una comunidad de vecinos

buscaba a una persona responsable para pasear chuchos. Stephen responsable, si lo viera señor Norton. De modo que su madre se gastó la mitad de su sueldo en un traje para su hijo, le vistió, le mandó a que le dieran un buen corte de pelo... y allá que iba el bueno de Stephen, a dar el pego. Y oiga, consiguió el puesto. Los primeros días paseó los chuchos de unos cuantos vecinos y en un par de semanas se hizo con una manada de una docena de perros de ricachones jubilados, veteranos de guerra, viudas y banqueros. Hasta que llegó el día en que empinó más de la cuenta el codo. Salió con más de quince perros y volvió sólo con dos, señor Norton.

—Vaya...

—Sí, y los dos que regresaron tenían toda la pinta de haber vuelto de la guerra del Vietnam. A saber qué pasó con los otros, apuesto a que más de la mitad fueron atropellados y unos cuantos se escaparon, o él mismo les soltó las correas. Bien harto estaría de los ladridos y de sus pintas, repeinados con agua de lavanda y vestiditos de Chanel. O igual los vendió, señor Norton, un chuchito de esos debe costar una pasta. Aunque conociendo a Stephen, que era corto de miras y escaso de razonamiento, a él jamás se le hubiera ocurrido algo tan básico. Esos chuchos valían su peso en oro. Algunos portaban más brillantes engarzados en sus collares que los que usted y yo podríamos contar en un escaparate de Tiffany's.

—No sería para tanto.

—Lo que le digo —asevera Tanaka—. Tras dos semanas paseando perros y dejar a varias viudas ricachonas al borde de un ataque cardíaco, la madre de Stephen pensó que su hijo para perros no estaría pero quizás para pasear a un anciano sí. De modo que se le ocurrió la genial idea de presentar la candidatura de su hijo a un puesto para que cuidara ancianos veteranos de guerra del Hospital Monte Sinaí. ¡Quién lo iba a decir! ¡Stephen paseando a veteranos de guerra! Y estará pensando: «Joder, si sales de paseo con una docena de perros... puede ser normal que te suceda algo de lo que he escuchado pero... pasear a una persona, ahí no». Pues se le perdió, señor Norton; se le perdió el puto viejo. Y no se imagina la que se armó. ¿Ya va recordando el caso?

—La verdad es que no.

—Yo se lo voy a recordar. El viejo se llamaba Benjamin Johnson ¿le va sonando?

El escritor niega con la cabeza mientras echa mano de la botella de whisky.

—Bueno, pues era un veterano al que ya le costaba caminar y que había perdido el brazo izquierdo en la Segunda Guerra Mundial, pero llevaba una prótesis de esas que suelen poner a veces en los hospitales, un trozo de plástico que al final no te sirve para nada, vaya. El anciano vivía solo en un apartamento del Upper East Side, una soleada tarde de mayo salieron a pasear por Central Park y el viejo se perdió. Así sin más. Mi amigo se distrajo un momento y cuando se dio la vuelta el viejo ya no estaba. Lo denunció a la policía y unos cuantos agentes comenzaron a buscarle. Ni rastro. Pensaron que podría haberse desorientado y una vez haber salido del parque y encontrado Madison Avenue dirigirse a su apartamento. Stephen les llevó allí y no estaba. Pasaron las horas y el anciano no aparecía. Al día siguiente se imprimieron panfletos y cuartillas con la foto del viejo, se organizaron batidas durante el día y la noche, como cuando buscaban los cadáveres de aquellas universitarias en Washington y en Colorado, las que fueron asesinadas por Ted Bundy, señor Norton.

El escritor asiente y le da un trago a la botella.

—Pues el anciano seguía sin aparecer —continúa Tanaka—. Rastrearón cada palmo de arena, hierba y asfalto, cada arbusto y cada árbol, cada banco solitario del puñetero parque. El alcalde de la ciudad mandó a que unos buzos rastreasen el fondo de los lagos... pero nada, no encontraron al viejo. Y justo ocho días después, cuando los medios de comunicación ya lo querían dar por muerto, el New York Times publicó en portada una fotografía de un vagabundo harapiento, bajo el titular «¿Es él?». Así, con las letras a un tamaño tan grande como una de las hamburguesas de Hooters. «¿Es él?». Y ya lo creo que lo era, señor Norton. El andrajoso era Benjamin Johnson, el viejo que debía cuidar Stephen. ¿Y sabe lo más gracioso de todo este desdichado circo? Que el viejo de los cojones había participado en esas batidas por todo Central Park. Fíjese lo que le digo.

—¿En serio?

—Se lo juro, señor Norton ¿dónde estuvo usted metido para no enterarse de semejante noticia?

—Estaría borracho.

—¿Se lo imagina? Un hombre que apenas podía caminar, con una prótesis, y que necesitaba constantemente del brazo de una persona o de un bastón, participando en batidas que duraban horas. Y lo que resulta más insólito: sin percatarse de que se estaba buscando a sí mismo. El ser humano es desternillante. Los medios de comunicación dieron la noticia del hallazgo

del anciano pero evitaron narrar los detalles que le estoy contando. Una vez el viejo estuvo localizado se encargaron de que todos se olvidaran de él en cuestión de horas y cayera en el más absoluto de los olvidos, pero no para mí, gracias a lo que me contó Stephen, claro. El alcalde envió a cada redacción unos buenos sobres sustanciosos a nombre de los corresponsales para que sus reporteros no dieran cobertura completa a la noticia y que uno de los mayores ridículos y sinsentidos policiales americanos saliera a la luz. Puede consultar el New York Times y todos los rotativos de hace unos años que no encontrará ni un solo dato de lo que le he contado. Ese parque guarda historias increíbles.

—Entonces el viejo estaba sano y salvo.

—Sí, pero por poco tiempo. Una vez lo hallaron y comprobaron que su salud estaba intacta lo llevaron a casa, al día siguiente el anciano decidió salir solo a dar un paseo y al disponerse a cruzar una calle, no se sabe cómo, lo atropelló un camión que iba a toda pastilla por la 72 Este. Yo creo que cogió la manía de Stephen de no respetar los semáforos y no mirar antes de cruzar.

—Joder...

—En la frenada el cuerpo fue arrastrado unos cien metros hasta que el vehículo vino a empotrarse contra el escaparate de una floristería. Muerto en menos de lo que canta un gallo, señor Norton.

—Vaya historia, pobre hombre —dice el escritor tras emitir un silbido.

—Ya ve, ahí la tiene, póngala en una de sus novelas... si quiere molestar al alcalde, claro.

—No tengo mucho interés en llamar su atención, ya tengo un lío entre manos bastante absurdo.

—Ah, perdone señor Norton, pero en su ausencia ha llegado el correo. Y han dejado para usted este telegrama —dice Tanaka alargándole un sobre que guardaba en uno de sus bolsillos.

—¿Para mí? ¿Quién lo ha entregado? —pregunta poniéndose de pie.

—Un funcionario del Servicio Postal, el señor Wilson. Se encarga de repartir las cartas y las facturas. Ya le vi por el edificio en otras ocasiones ¿usted no?

El escritor le arrebató de las manos el sobre y lo abre rompiendo la solapa del cierre con brusquedad. Dentro hay un papel muy pequeño con un mensaje mecanografiado, lleva el sello de la estafeta de correos que hay en su misma calle, tan sólo unos números más arriba que el de su apartamento. Mientras lee en silencio vuelve a tomar asiento.

—¿Ocurre algo, señor? Se ha puesto pálido. Creo que debería dejar de

beber.

—Ni se te ocurra quitarme la botella, chico —dice Norton.

Luego, en silencio, lee de nuevo el mensaje del telegrama, varias veces, y clava su mirada perdida en algún punto vacío de la pared que tiene enfrente. Se lleva el papel a la boca entreabierta y huele, hace como suele hacer con el papel de los libros que más le han impresionado: lo roza con sus labios.

—Bueno ¿qué? ¿De qué se trata?

—«Henry, no abras la caja, nuestras vidas están en peligro. Huye, vete de Nueva York. Te quiero, M.» —recita en voz alta y de memoria.

Y al hacerlo imagina la voz de su mujer repitiendo esas mismas palabras.

—¿Eme? ¿Quién se lo envía? ¿Quién es eme?

—Creo que es mi mujer, a no ser... que alguien se esté haciendo pasar por ella.

—Pero si su mujer estaba...

—Sin embargo lo de la caja...

—¿Qué es eso de la caja, señor Norton?

Entonces el escritor comienza a recordar momentos puntuales de las semanas siguientes a la desaparición de su mujer. Lo ha hecho infinidad de veces, decenas, cientos, tal vez un millar. Aquello ocurrió poco después de la presentación de su segunda novela. Tratando de recordar las fechas de los acontecimientos se percata que ahora hace justo cuatro años.

—Joder, ya ha pasado el tiempo. Ya puedo acceder a ella, por eso me dice que no la abra. Este telegrama tiene que ser de mi mujer, no creo que esos tipos tengan conocimiento de la existencia de la caja. Nada salió de la policía, nada de esto se publicó en los periódicos.

—¿Sobre qué caja está hablando señor Norton?

—Sobre una caja de seguridad del Atlantic Bank. No puede ser otra. Encargué a mi mujer su custodia.

—¿Y qué hay en ella?

—Mis ahorros, Tanaka. Pero... pero si me dice que no la abra, que corremos peligro... es porque no sólo hay dinero allí. Debe haber algo más.

—¿Y ahora puede acceder a ella?

—Meses después de su desaparición un juez decretó que no podría abrir la caja hasta que encontrasen a mi mujer, ella diera señales de vida y pudiéramos acceder juntos o bien... O bien encontrasen su cadáver.

—Bueno, si es cierto que ese telegrama se lo envía su mujer... la verdad es que no le ha dado el visto bueno para que la abra.

—Cierto, me lo envía para avisarme de todo lo contrario, porque de algún modo debe saber que, con ella aún desaparecida, a partir de mañana puedo acceder al contenido de la caja. No sé cómo pero debe haber estado al tanto de la fecha en que puedo acceder a ella —dice pensativo—. Salvo por esta nota, a ojos del juzgado, mi mujer sigue sin aparecer y sin dar pruebas de vida.

—¿Y qué va a hacer?

—Abrir la caja.

—Pero esa nota le dice todo lo contrario, dice que sus vidas correrían peligro y...

—Esos tipos tienen mi novela, el trabajo de varios años, y me reclaman un dossier que ni poseo ni tengo la más remota idea de qué cojones se trata. Lo más probable es que esté en esa caja, lo más probable es que mi mujer, por razones que desconozco, lo tuviera y lo hubiera depositado allí. Si no hago lo que esos tíos me dicen no recuperaré mi novela. Al menos ahora sé que mi mujer está viva y ha podido acercarse hasta la oficina postal de esta misma calle, o alguien lo ha hecho por ella. Supongo que no debe correr un peligro inminente. Bueno... todo esto suponiendo que sea cierto que es ella quien envía la nota, claro. Además, si esos tipos hubieran querido eliminarme lo habrían hecho ya.

—No sé, señor Norton, todo esto es muy extraño. Ahora debo irme, me toca cubrir turno en D'Agostino. Tenga cuidado. Si necesita algo no dude en llamar a mi apartamento o telefonarme, volveré poco antes de media noche.

—Gracias, chico. Creo que ya basta por hoy. Me quedaré pegado al teléfono por si hay noticias. Mañana acudiré al banco.

—¿Quiere que vaya con usted?

—No es necesario. Te agradecería que mañana hicieras guardia y estuvieras al cuidado del teléfono, más que nada por si llama ese tipo.

—Claro, vendré temprano, antes de que usted salga.

Una vez Nozomi Tanaka sale del apartamento el escritor coge la botella de whisky que ha comprado cerca de Central Park, se sienta ante el escritorio, da un par de tragos cortos y observa el rodillo vacío de la Underwood. Le gustaría volver a usarla, le gustaría volver 48 horas atrás en el tiempo, cuando todo parecía estar en calma y tecleaba las últimas páginas de su maldita novela. Abre uno de los cajones y coge un pitillo de un paquete abierto de Marlboro, lo enciende, da una calada y se echa atrás en la silla, luego mira al techo y clava los ojos en él mientras expulsa el humo lentamente. Repite las

palabras del telegrama en su cabeza, una y otra vez: «Henry, no abras la caja, nuestras vidas están en peligro. Huye, vete de Nueva York. Te quiere, M.» Las repite cerrando los ojos e intentando visualizar a su mujer frente a él, al otro lado de la mesa, detrás de la máquina de escribir, pronunciando esas mismas palabras. También recuerda que allí solía sentarse Paulette a tocar el chelo mientras él escribía.

Da un par de caladas rápidas y se pasa la mano por el rostro, frotándose con fuerza, tal y como hacemos cuando queremos despertar de un mal sueño. «Henry, no abras la caja» dice su mujer. El escritor se levanta, se dirige a la estantería y busca entre los discos que se han salvado del registro que esos tipos practicaron en su apartamento. Extrae la funda de uno que parece haberse quedado de una pieza. *Ella swings gently with Nelson* reza en la portada, es del sello Verve, y junto al título aparece una fotografía de Ella, radiante. Norton sonríe con el cigarrillo colgándole de la boca mientras recuerda el momento en que lo adquirió en la tienda de discos. Han pasado casi veinte años de aquello. Coge el vinilo de 1962 y retira la funda depositándola en el mueble, porque un buen amante de la música lo hace justo así: retira la funda del disco, no extrae el vinilo de su funda. Luego pone el disco sobre el plato y lleva con cuidado el brazo con la aguja lectora hasta la marca donde comienza la segunda pista.

«... nuestras vidas están en peligro» oye decir a una Paulette imaginaria, desnuda y con un chelo entre los brazos. Las primeras notas de *Georgia on my mind* en la voz de Ella Fitzgerald comienzan a sonar. Está cansado, ha bebido mucho pero aún queda whisky en la botella. Así que deja el cigarrillo un momento y pega otro trago, esta vez grande. «Huye, vete de Nueva York» pronuncia desde el sofá una sensual Hannah, de pie y desnuda de cintura para abajo. Luego coge el telegrama y lo deposita en el cenicero, enciende una cerilla y la acerca al papel.

Y mientras arde piensa que él es Henry Norton, sólo un escritor neoyorquino, una estancada prostituta literaria, un idiota más en busca de sí mismo, pero no como todos esos filósofos que han pululado por toda la historia de la humanidad, no. Él es como Benjamin Johnson, como ese anciano que Stephen perdió en Central Park, capaz de participar en una batida en su busca y no saber que se busca a sí mismo, capaz de casi pasar inadvertido ante el resto hasta que su cuerpo crezca tanto que no quepa en ninguna de las calles de Manhattan.

Y Henry Norton se tumba en lo que queda del sofá y fuma un cigarrillo

tras otro esta noche, y bebe de la botella barata de whisky hasta que no queda una gota, hasta mucho después de que la música se haya detenido y el brazo del giradiscos vuelva a su origen. Y el escritor vuelve a quedarse solo en mitad del silencio que reina en su apartamento de Manhattan, solo que ahora no hay nada que rompa ese silencio. Ni siquiera el sonido de las teclas de su máquina de escribir bajo la luz de la lámpara.

La mujer espera en el apartamento del tercer piso. Desde que entró en él, hace varios días, se cuida de no descorrer las cortinas y mantener las luces apagadas. Cuando necesita luz enciende una vela y jamás se acerca a las ventanas. Debe ser así, esa es su principal regla para no dar la más mínima pista de que aquella vivienda está habitada. Se trasladó al edificio una semana antes de que venciera el plazo de prohibición de acceso a la caja de seguridad. Para evitar hacer ruido ni levantar la más mínima sospecha tampoco enciende la televisión, ni la radio. Camina descalza sobre la alfombra o con zapatillas de suelas de goma para no emitir el más mínimo sonido que demuestre que aquel apartamento del tercer piso de la calle 72 Oeste tiene un inquilino. Bueno, en realidad dos.

Hace casi una hora que Tom ha salido. Una hora es tiempo suficiente para coger un taxi que le deje en la oficina postal, poner el telegrama y volver. «Es posible que le haya ocurrido algo», piensa la mujer mientras se frota las manos en señal de preocupación. Se dirige a la nevera a por una bebida. «Ya debería estar de vuelta». Coge una botella de vidrio, pega un sorbo de zumo de mandarina y de nuevo piensa que cree que han hecho lo correcto trasladándose hasta allí, cerca del escritor. Aunque no tiene ni la más remota idea de qué hacer a partir de ahora. Es como si los últimos años hubiesen transcurrido en blanco o como si hubiera estado dando palos de ciego sobre la orilla calmada de uno de los lagos de Central Park.

En varias ocasiones tuvo previsto mudarse a Nueva York y acabar con todo ese asunto, aunque había pensado varias formas de hacerlo ahora no veía ninguna opción clara. No sabe qué ha acontecido en los últimos días alrededor del escritor y Kauffman le pisa los talones. Ya estuvo a punto de atraparla una semana atrás.

La mujer toma otro sorbo de zumo y suelta la botella en el refrigerador.

Se ha gastado buena parte de la fortuna en detectives y en agentes de seguridad, uno de ellos incluso había llegado a arriesgar su vida para proteger a su marido en una de las fiestas que su amigo solía dar en su casa de Stanten Island. Les pagaba bien, de eso no cabe la menor duda, de sobra como para

arriesgar sus vidas por ella y por el escritor, de sobra como para que eliminasen a quienes quisieran hacerles daño. Eso fue lo que pasó en aquella fiesta. Todo este asunto se había prolongado durante varios años hasta el punto de poner en peligro al escritor, de una forma absurda; de modo que no iba a escatimar en gastos para salvaguardar su vida sin que él se percatase de ello.

Quizás fue arriesgado quedarse sólo con los servicios de Tom en las últimas semanas. Cuando le hablaron de Tom Raven en la agencia y le enseñaron su ficha de servicios no tardó en decidirse por él. A pesar de haber heredado rasgos de sus antepasados apaches, lo que quizás le hacía más llamativo y vulnerable a la hora de pasar desapercibido, no pudo negarse a que un tipo de metro noventa, serio y silencioso, y que destacaba por encima de todos los demás guardaespaldas enclenques que le ofrecían, le acompañase a Nueva York. Su aspecto rudo contrastaba con su elevado cociente intelectual, al menos por lo que se desprendía de los datos de su ficha.

Sabe que su marido se ha encerrado en su apartamento para acabar su tercera novela, de ese modo deja de estar expuesto. Una persona que apenas se mueve deja de ser un peligro o una amenaza. Le hubiera gustado aparecer de repente, llamar a su apartamento una noche y decirle algo así como «Cariño, he vuelto para contarte de qué va todo esto» y luego ir juntos a ver a Kauffman. Pero sabe que juntos formarían un blanco fácil de eliminar.

Todo este asunto es un verdadero lío. Camina hasta el sofá y se sienta. Aún entra luz a través de las cortinas en esta tarde de marzo, de modo que no necesita encender ninguna vela. De todas formas no puede abrir un libro para leer ni hacer prácticamente nada que requiera mantener su concentración más de un minuto. Al menos no ahora, no hasta que vuelva Tom.

Le pareció idóneo apartar al escritor de todo este embrollo. Eso hizo, por eso se fue de Nueva York, cambió el corte y el color de su pelo, su peinado... incluso su modo de vestir, y se fue lejos. Un pequeño rancho a las afueras de Altoona, en Pennsylvania, fue un buen lugar para permanecer oculta durante todo este tiempo. Ahora había vuelto y para mantener a su marido apartado de todo, para avisarle de que se debía marchar, se había decidido por el telegrama. Ella volvía a la ciudad y él se iba. Era una buena opción: cambiarse por él. De ese modo, si Kauffman les seguía, quizás así se percatase de que el escritor no tenía nada que ver en este asunto. Debería haber elegido antes esa opción: Ella ocupar el puesto de Henry y darle a Kauffman lo que buscaba.

Aunque si se ponía a pensar en la multitud de opciones y posibilidades

existentes, al final... siempre se imaginaban muertos.

También fue mucha casualidad que hace una semana aquel coche estuviera aparcado frente a la peluquería en el momento en que su taxi paraba. Ella había decidido acudir a Precious antes de alojarse en el apartamento alquilado. Le habían llegado noticias de la transformación del local y había conseguido averiguar que Louise seguía regentando la tienda. Había decidido hablar con ella tras conocer que Henry seguía en peligro. Aunque no tenía ni la más remota idea de si la dueña habría pactado algo con Kauffman, de si estaba al tanto de todo lo ocurrido o permanecía ajena a lo que aconteció allí hacía años. Aquel era un riesgo que tenía que correr, entrar en Precious para hablar con la dueña, interrogarle y ver qué pasaba. Estaba claro que era peligroso, por eso había decidido tener a Tom a su lado.

Justo en el momento en que su taxi se detenía frente al 1800 de Amsterdam Avenue un vehículo aparcado al otro lado de la calle bajaba una de sus ventanillas. ¿Qué demonios estarían buscando allí años después de lo sucedido? Fue sólo poner un pie en la acera y percatarse del puro encendido que asomaba por el hueco de la ventanilla. Volvió de inmediato al interior del taxi y le dio orden al conductor para que arrancara y continuase bajando por la avenida. Pero fue demasiado tarde, ya la habían visto. A ella y quizás también a Tom. Sea lo que fuere lo que aquellos tipos querían comprobar en la peluquería ella había elegido el mismo día para realizar una visita. Una fatídica coincidencia. El mundo estaba lleno de ellas.

Ordenó al taxista que enfilara lo más rápido posible Amsterdam Avenue en dirección a Upper West Side, había decidido meterse de lleno en el nido de la ciudad, directa al centro de Manhattan. Por el momento tenía que olvidar aquello de hablar con Louise, pero continuaría con su plan. El alquiler del apartamento ya estaba pagado por adelantado para cubrir el próximo trimestre, aunque no tenía idea de cuánto tiempo iba a permanecer allí, probablemente sólo unas semanas, quizás días. Para no levantar sospechas había realizado el envío de dinero con una identidad falsa. Tom le hizo dudar al decirle que debería haberle ordenado al taxista que diera un rodeo para perder al coche de vista, pero no sabía si aquello iba a ser peor, quería llegar cuanto antes, por eso azuzó al conductor para que fuese lo más rápido posible a la dirección indicada.

¿Qué demonios buscaba Kauffman en Precious? ¿Seguía vigilando a aquellas chicas como medida preventiva? ¿Seguía haciéndolo porque creía que tras todos estos años aún ocultaban algo? ¿Las había comprado? ¿O quizás

aquel tipo sólo quería comprobar que la peluquería seguía regentada por Louise? De todas formas habían coincidido, en maldita hora.

Le extendió al taxista unos billetes, dinero suficiente como para pagar cinco o seis multas por exceso de velocidad si fuese necesario, y le dijo que había que perder de vista al coche de color negro que había comenzado a seguirles, que ni tan siquiera se detuviese en los *stops* ni en los semáforos en rojo. Le dio órdenes de callejear hasta torcer una esquina y detenerse en la parte trasera de un edificio de apartamentos de Lincoln Square. Fue un milagro que ningún coche de policía les siguiera y que una lluvia repentina hiciese acto de presencia, dificultando la visibilidad en la distancia. Al llegar, mientras Tom cogía un par de maletas de la parte trasera, volvió a dejarle unos billetes al conductor recomendándole esfumarse de allí sin dejar el menor rastro.

Desde aquello no había vuelto a salir del apartamento. Tenía que avisar a Henry de que era muy peligroso abrir aquella caja. Quizás sería menos complicado si se dirigiese a la policía para contarles todo el asunto. Pero siempre había considerado que el poder del contenido que guardaba aquel dossier era suficiente como para que una compañía comprase, si fuese necesario, el silencio y el brazo ejecutor de toda la policía de Nueva York.

«Tiene que haber una forma de solucionar todo esto y salir vivos», eso piensa mientras se tumba en el sofá y cierra los ojos. Está cansada de huir y de esconderse pero hasta ahora ha sido la única forma de permanecer a salvo.

No tiene ni idea de cómo la encontró Kauffman hace cuatro años, aunque supone que con el ruido que se formó con la publicación de la segunda novela de su marido ella estaba más expuesta que nunca, aunque se abstuviera la mayoría de las veces de acompañar a su marido a fiestas, presentaciones o entrevistas concertadas por los medios de comunicación. Hace cuatro años, cuando se tropezó con Kauffman, justo enfrente del portal del apartamento de Henry, casi le da un infarto. A duras penas pudo disimular, recomponerse y subir al apartamento. Una vez allí urdió su plan en tan sólo unas horas y esperó al amanecer del día siguiente para bajar al sótano, desde allí podía escapar por la puerta del garaje sin ser vista en el supuesto de que aún estuvieran apostados en la calle. Así lo hizo, su marido aún dormía. Prácticamente dejó todas sus pertenencias en su sitio, se aseguró de que nadie le seguía y acudió al Atlantic Bank justo en el momento en que abría sus puertas. Aquella vez fue la última que pisó Nueva York, hasta hace una semana.

«Tom ya debería haber vuelto», se dice mientras se incorpora y se dirige hacia la puerta, nerviosa. «Quizás se haya entretenido con algo», aunque le dio

instrucciones específicas de que no debía detenerse por nada. La otra opción que contemplaba era que fuese a dejarle una nota escrita de su puño en el buzón, pero si aquellos tipos estaban vigilando a Henry el indio hubiera corrido el riesgo de que le reconocieran o sospechasen de él. Además, un telegrama era distinto, un mensaje corto, conciso y directo entregado en mano por un funcionario del correo. Porque si no era así, si optaba por la nota en el buzón, conociendo a Henry, la dichosa nota podía quedarse allí hasta el día en que Nueva York acabase atrapada bajo una nueva era glacial.

Respira hondo y se dirige de nuevo al refrigerador a tomar otro sorbo de zumo de mandarina, y lo hace por inercia, sin ganas. No ha comido desde el día anterior y no tiene apetito, a pesar de ver la nevera y los estantes repletos de comida. No sabe si la nota surtirá efecto y su marido dejará Nueva York. Cada vez cree con más certeza que no lo hará, pero eso, alejarle, es lo único que puede hacer ahora para salvarle la vida.

Una vez vuelve a tumbarse en el sofá oye la puerta del apartamento abriéndose. Se incorpora de nuevo, Tom aparece en el salón y dice que ya está hecho, que ha tardado más porque decidió dar un rodeo en dos taxis distintos por si le seguían, al parecer no ha sido así y todo ha ido bien, ha puesto el telegrama y lo entregan esa misma tarde.

—Tom, hay algo que quiero que hagas mañana —dice la mujer dirigiéndose al indio—. Debes ir a la sucursal del Atlantic Bank que está en la Sexta Avenida con la Calle 35, frente a ella está el Café Luluc, al menos hace cuatro años estaba allí. No sé si mi marido hará caso a la nota, pero me temo que, tanto si es así como si no, estoy segura de que se pasará por el banco antes de irse de la ciudad. Elige una mesa del café, una desde donde puedas vigilar la entrada del banco, pero cuídate de que no puedas ser visto. No sé, compra el periódico o un libro y finge leerlo mientras te ocultas con él, ya sabes. No sé si eso es lo que sueles hacer, quizás yo haya visto demasiadas películas... Es posible que los tipos que nos siguieron estén detrás de Henry. Quiero saber si mi marido acude al banco. Tan pronto tengas noticias de que le ves entrar telefonéame desde la cafetería. ¿Lo has entendido?

—Comprendido. Lo que usted ordene, señora.

—Ah, y espero que no tengas que usarlo pero... esta vez llévate el revólver.

El sol ya está alto y gobierna con una furia soberana por encima de los rascacielos de Manhattan, proyectando multitud de brillos y destellos sobre las cúspides de cristal y acero de los edificios más altos. Unos golpes tímidos se oyen en la puerta del apartamento del escritor.

—Señor Norton, señor Norton abra. Soy Nozomi.

Del otro lado de la puerta no se oye nada y el vecino japonés de Henry Norton vuelve a repetir la secuencia, esta vez llamando con más insistencia. Finalmente, como sigue sin obtener respuesta, decide abrir con la copia de llaves que le ha dejado el escritor.

—¡Señor Norton! ¿Qué hace aún ahí? —pregunta mientras se coloca frente al sofá.

—Ay, chico. Ya ves, estaba durmiendo —consigue pronunciar el escritor, aún sin incorporarse.

—Vamos, ya son las 9 de la mañana —le apremia mientras recoge unas colillas del suelo y aparta la botella de whisky de uno de los cojines—. Ah, señor Norton, no debería beber tanto. Usted dijo que viniera a relevarle mientras acudía al banco ¿lo recuerda?

—Sí, sí... ya. Mierda de whisky. Joder, ¿qué marca era esa? —pregunta mientras se va poniendo de pie y afina la vista para intentar leer la etiqueta de la botella—. Me ha dejado un dolor de cabeza terrible.

—Ande, coma algo y dese una ducha mientras yo recojo esto.

El escritor hace caso de lo que le dice el chico japonés, tal y como recuerda que hacía caso de su mujer cuando le apremiaba para vestirse y salir a cenar, a tomar una copa o al estreno de una obra de teatro. Veinte minutos después Henry ya ha vomitado, se ha dado una ducha, ha bebido agua, ha recogido su cartera con la documentación para acceder a las cajas de seguridad del Atlantic Bank y ha mordido sin ganas un trozo de pan de hace dos días con un poco de crema de cacahuete.

—Esta mierda sabe a demonios.

—Si hubiera sabido que aún estaba aquí le hubiera traído algo de la cafetería.

—Bueno, volveré en el menor tiempo posible, chico.

—¿Está nervioso? Tenga cuidado.

El escritor se dispone a salir del apartamento cuando el teléfono empieza a sonar. Se da la vuelta y ambos se miran. Es posible que sea la llamada que está esperando. El maldito suena rompiendo el silencio que hay entre ambos, como lo hacía en aquella madrugada en la que le jodió el final de su novela. Al otro lado podría estar su editora de nuevo, pero aún no ha llegado a vencer el último plazo que le dio para entregar su novela. También podría ser su mujer. Sí, podría ser ella, que al no estar convencida enviando sólo el telegrama ahora se decide por la llamada telefónica, una vía más rápida de comunicación. O incluso podría ser el tipo gordo para indicarle que ya ha leído su manuscrito y quiere verle de nuevo. Sin decir nada avanza unos pasos ante la atenta mirada de Tanaka, descuelga el aparato y se lo lleva a la oreja.

—¿Sí?

—¿Henry Norton? —pregunta una voz femenina.

Transcurren un par de segundos y continúa:

—Henry, soy Louise, ayer me dejó su tarjeta. Tiene que venir.

—Ahora no puedo, iba a...

—Es importante, Henry. Tenemos que contarle algo sobre su mujer. Lilian la reconoció en la foto que me dejó.

—¿Lilian? ¿Quién es Lilian?

—Es mi socia. Cuando usted vino ayer a Precious ella no estaba, era su día libre. Pero hoy ha vuelto, ha visto la fotografía que me dejó de su mujer y la ha reconocido ¿sabe? Norton, venga a la peluquería.

—Dígame lo que me tenga que decir por teléfono. Ahora me disponía a salir. Iba a ir a...

—No, venga a la peluquería, por favor.

El escritor resopla cansado y resacoso y duda por un instante. Quizás sea mejor la opción de pasarse primero por Amsterdam Avenue, no sabe si su teléfono puede estar intervenido. Es algo que no se le ha pasado por la cabeza.

—Bien. Está bien, iré ahora mismo —dice, y cuelga el auricular. Luego se dirige a Tanaka—. Chico, es posible que tarde un poco más de la cuenta.

—No se preocupe, señor Norton. Cerraré bien la puerta y esperaré una llamada suya, o su regreso, ya sabe que puedo quedarme hasta tarde.

El escritor camina unos minutos por la acera de la Calle 38 antes de detener a un taxi para que le acerque al 1800 de Amsterdam Avenue. Realiza el trayecto sin ningún inconveniente y cuando sale del taxi no se percata de que al otro lado de la calle acaba de estacionar un vehículo de color negro.

Una vez en Precious Louise le recibe y le presenta a Lilian. Les hace pasar a ambos al despacho ante la atenta mirada de varias clientas cuyas cabezas yacen inmóviles y atrapadas en ruidosos secadores de casco. Luego toman asiento. Norton se fija en la socia de Louise, es físicamente todo lo contrario a ella. Aunque también es una mujer de raza negra y debe rondar su edad está extremadamente delgada y parece que el paso del tiempo, y a buen seguro una buena dosis de mala vida, ha causado una mella irreversible en su cuerpo. Una vez dentro del despacho se sientan y Louise comienza a hablar, sacando a Norton de sus valoraciones personales sobre Lilian.

—Bien, míster Confundido. Ya no solemos hablar sobre este tema pero, como lo que vamos a contarle tiene que ver con este local... supongo que ya sabe qué era Precious hace años.

—Sí, sí —dice el escritor sin poder disimular su confusión y sin revelar que lo ignoraba por completo.

—Muy bien, adelante Lilian.

La mujer saca un cigarro de un bolsillo de su batín, le acerca con la otra mano un mechero y lo enciende con una parsimonia suprema. Pega varias caladas rápidas y luego exhala el humo.

—Hace unos años, no recuerdo bien pero creo que al menos hace seis, quizás siete años, su mujer estuvo aquí. Un par de veces ¿sabe? En la foto que nos dejó está un poco cambiada, el peinado... no sé. Ella se hacía llamar Jennifer. Las chicas que solían venir por aquí en ocasiones sólo lo hacían un par de veces, por necesidad, por dinero. Y lo único que sabíamos de esta *blanquita* —dice señalando la foto de la mujer de Norton— es que no le llegaba para acabar sus estudios. Normalmente ese tipo de chicas que acudían a nosotras eran muy reservadas, así que no supimos nada más sobre ella, ni dónde vivía, ni dónde estudiaba... nada. Y la última vez que la vimos fue la tarde del incidente ¿sabe?

—¿Incidente? ¿Qué pasó?

—Aquella tarde ella estaba recogiendo la habitación porque había terminado su turno, ya sabe lo que quiero decir. Entonces entró un tipo gordo trajeado que no era de los que solían verse por aquí. Entiéndame —dice mientras pega otra calada y mira a Louise— acudían muchos tipos trajeados al local, pero no sabría explicarle, no con ese mismo porte y ese aire de superioridad, caminaba como si fuese el dueño de la tierra que pisaba y pudiera aplastarnos con sólo tocarnos el hombro.

—Pero ese tipo...

—Creemos, señor Norton —intervino Louise— que ese tipo puede ser perfectamente el que usted me describió ayer.

—¿El tipo gordo de la limusina? —pregunta el escritor pasándose una mano por la frente y esbozando una mueca de dolor.

—Sí, señor. En persona. ¿Qué le pasa? ¿Le duele la cabeza?

Louise se levanta, abre la puerta de un estante que hay al fondo del despacho y saca tres vasos pequeños y una botella de licor de absenta. Coloca un vaso delante de cada uno de los presentes y se reserva otro para ella, destapa la botella y mientras sirve la bebida dice:

—Será mejor que le peguemos un buen trago a esta ricura. Beba, señor Norton. Beba que le calmará.

Lilian se echa al gizonte de un trago el contenido del vaso, el escritor la imita.

—Siga, por favor —dice un poco desalentado.

—Ese tipo se fijó en Jennifer. Justo cuando la chica iba a salir del local él la detuvo y quiso pasar a una habitación con ella. Creo recordar que ocurrió de ese modo, los tíos así suelen tener ese tipo de caprichos. De momento les gusta una chica y la tienen que tener a toda costa. No recuerdo cuánto soltaría por entrar en una habitación, lo cierto es que ella no estaba muy por la labor, pero finalmente accedió —hace una pausa y da una última calada al cigarrillo, luego lo apaga en un cenicero—. No estuvieron mucho tiempo, es más, yo creo que ni tan siquiera llegaron a... Bueno, ya sabe, a desnudarse.

—En definitiva —irrumpe Louise dando señas evidentes de querer acelerar la charla de Lilian— que ese tío parecía tener prisa, porque unos minutos después de entrar en la habitación salió como un rayo por la puerta del local. Y poco después salió su futura esposa ¿verdad, Lilian?

—Eso es —asiente mientras se enciende otro pitillo— y además se largó sin decir ni pío y ya no la volvimos a ver.

—A ver... —comienza Norton removiéndose en la silla—. Entonces quieren decirme que esto tiene que ver con...

—Espere, míster Confundido —interrumpe Louise—. Lo que más nos asustó fue lo que vino después.

—No pasó ni media hora cuando el tipo aquel se presentó de nuevo en el local empujando las puertas como si todo esto fuera suyo —continúa Lilian moviendo los brazos como aspas—, gritando que le devolviéramos su maletín. «Mi maletín negro, maldita sea ¿Dónde está?» decía. Hicimos todo lo posible por detenerlo porque iba directo a las habitaciones ¿sabe? Pero no había

forma.

—Según me contaron hasta se llevó por delante a dos chicas que le salieron al paso —interviene Louise mientras echa otro trago de absenta.

—Janet fue tras él y se subió a su cuello, pero ni por esas, el tipo se deshizo de ella. Por suerte la habitación donde había estado con su futura esposa estaba libre. Entró y comenzó a revolver todo lo que había en la habitación, escupiendo cosas como: «¿Dónde está? ¡Joder! ¿Dónde está?... Maldita zorra. ¡Me lo ha robado!» Pero allí no había nada. Al cabo de unos minutos, cuando me pareció que había parado de revolver, aporreé la puerta de la habitación, abrió y me preguntó hecho una fiera sobre la chica, quién era, dónde vivía y mil cosas más que no recuerdo.

—En ese momento comenzaba mi turno en la recepción —dice Louise—, así que imagínese. Llego al local y me encuentro a todas las chicas y a algunos clientes a medio vestir en el vestíbulo. Creí que volvíamos a tener problemas con la pasma, pero no.

—Del resto de habitaciones comenzaron a salir clientes extrañados por semejante jaleo —prosigue Lilian—. Alguno incluso intentó detener al tipo pero estaba fuera de sí, más de un cliente acabó en el suelo como una simple hoja de...

—... de papel —señala Louise mientras su compañera da una calada.

—Sí, o del árbol que quiera —recalca apuntando con el pitillo a la mesa—. Por mucho que le repetía que no conocíamos a la chica y que no sabíamos adonde encontrarla él seguía y seguía a lo suyo. «Tengo que encontrarla, tengo que recuperar mi maletín» no hacía más que gritar. «¿Qué dirección ha tomado? ¿Hacia dónde ha ido? Quemaré este sitio, malditas putas, quemaré esto si no doy con el maletín».

—Pensamos que le iba a dar un ataque al corazón allí mismo y se iba a quedar tieso. O que iba a sacar una cerilla de un momento a otro, atrancar la puerta y carbonizarnos a todos sin que nos diera tiempo a llamar a la poli.

—¿Y qué pasó luego? —pregunta el escritor.

—El gordo salió como un búfalo, resoplando y soltando todo tipo de insultos por la boca y habiendo dejado la recepción como la escombrera de un huracán.

—Se montó en un coche y desapareció —dice Lilian soltando otra nube de humo y alargando el brazo para que su compañera le llenase el vaso de absenta—. En las semanas posteriores notamos cómo un vehículo estacionaba al otro lado de la calle y vigilaba, nos vigilaba día y noche, aquello duró

varios meses, quizás algo más de un año. Incluso se convirtió en una costumbre, en algo muy habitual, hasta el punto de que se nos hizo tan familiar que ya dejábamos de reparar en él.

—Eso es, señor Norton —interviene la otra mujer—. No sé cómo se me pudo olvidar este tema al preguntarme sobre su mujer, había olvidado por completo el aspecto que tenía, pero esta historia ocurrió tal y como se la contamos.

—¿Y luego? ¿Pasó algo más?

—Sí —sigue Lilian—. Un día, varios meses después de aquello, un tío entró en el local. Quizás fuese uno de esos de los que usted dice que acompaña al gordo, no sabría decirle ahora el aspecto que tenía, pero no parecía un poli ¿sabe? A esos estamos acostumbrados a olerlos por Harlem. En fin, que preguntó por Jennifer. Sólo quería saber si había vuelto. Sólo eso, si había dado señales de vida. Luego se fue por donde había venido y ya no supimos más de él.

—Es muy probable que fuera uno de los hermanos Consentini, el que murió —dice el escritor en voz baja.

—¿Quién?

—No se preocupe, creo que ya tengo suficientes datos. Lo que está claro es que hace años mi mujer se llevó lo que sea que hubiera en ese maletín y creo saber dónde lo ha conservado durante todo este tiempo. Precisamente ahora iba a echar un vistazo al lugar donde creo que está oculto.

—No vaya, señor Norton —dice Louise—. Si es por ese maletín por lo que desapareció su mujer... debe ser algo muy serio.

—No puedo dejar esto a medias. Ya estoy metido. Debo ir, y la verdad es que no sé si mi mujer continúa con vida.

El escritor prosigue contando la historia de la caja de seguridad en el Atlantic Bank y nombra el telegrama que recibió el día anterior. Una vez está llegando a narrar el final de sus conclusiones Louise le hace una señal para que guarde silencio un momento mientras se levanta y se dirige de puntillas hacia la puerta. Con mucha delicadeza gira el pomo y abre de golpe. Dos de sus chicas tropiezan e irrumpen en el despacho.

—¡La madre que...! —grita la mujer—. ¡Janet! ¡Maggie! ¿Qué hacíais? ¡Estabais con la oreja puesta!

—Lo sentimos, *mam*, pero es que... ya sabes, lleváis mucho tiempo en el despacho y desde que este tipo ronda por aquí... no me fío de él. Es así, ya está —dice la chica negra.

—Sí, eso es —añade la otra del brazo tatuado—, además hemos estado oyendo todo lo que habéis dicho y... y... ¡Mira, Janet! ¡Le están dando a la absenta! —dice señalando a los vasos—. Y... y... ¿Es cierto que había en Precious una *blanquita* antes que yo?

—Maggie, no empieces —dice Lillian mientras da otra calada, luego mira a Norton—, antes que tú han habido muchas *blanquitas* en este negocio, cariño.

—Señor Norton, le pido disculpas por el comportamiento de mis chicas. Una las recoge de las calles del barrio, les enseña una profesión decente y no saben apreciarlo cuando llega el momento. No os quedéis ahí —dice encarándolas—. ¡Volved a la faena! Y no dejéis a mis clientas más tiempo de la cuenta enchufadas a la secadora. ¡Acordaos de lo que le hicisteis a la señora Bates la semana pasada!

—Sí, pero verás, *mam...* hemos venido porque hay algo que debes saber.

—¿Qué es?

—Hay un coche aparcado ahí afuera, al otro lado de la calle. Ya sabes, lo digo por aquello que nos contaste ayer, eso de que estuviéramos pendientes.

—Sí, eso de estar pendiente por si veíamos las orejas al lobo —dice Maggie adquiriendo un falso aire de intriga—. Se dice así ¿verdad?

—Creo... creo que esos tipos han vuelto.

Las cuatro mujeres miran a Henry Norton y éste se revuelve en su silla, intranquilo.

—Creo que va siendo hora de que me vaya.

—Espere. No puede irse así ahora. Si sale ahí puede que esos tipos le atrapen. Saben que está usted aquí, seguramente le han visto entrar. Hay que trazar un plan para darles esquinazo.

La discusión deriva en cuál es el momento idóneo para dar plantón al coche aparcado frente a Precious. Tras varias deliberaciones, aderezadas con una ronda más de absentia, el plan de las chicas para que Henry Norton salga de allí no es otro que pedirle a un taxi que recoja al escritor en la puerta. Y es que no hay nada mejor que actuar con normalidad para no levantar sospecha alguna. Si hay un lugar del que debe salir sin ser visto ese es el Atlantic Bank, tras haber accedido a la caja de seguridad. Lo que parece estar claro es que aquellos tipos no le van a dejar en paz hasta que recuperen el dichoso maletín. Y si el maletín o su contenido están en aquella caja a Norton no le queda otra cosa que hacer que ir a por él, cogerlo e intercambiarlo por su novela y por la vida de su esposa.

Pero, si es así de sencillo... ¿Por qué eso mismo no lo había hecho antes su esposa? ¿Por qué razón desaparecer con aquel maletín? La única respuesta parece estar en la pieza que les falta: el dichoso dossier que le piden con tanta insistencia.

Al principio el escritor se muestra reacio a recibir ayuda por parte de Louise y sus chicas pero luego no tiene más remedio que ceder ante la perseverancia de las peluqueras. Han decidido montar un buen plan para tratar de sacar a Norton de este embrollo.

—No le vamos a dejar solo en esto. Además, ese tipo armó un buen jaleo aquí hace tiempo y no va a salirse con la suya —dice Louise.

—Eso es, Barry, nadie va a poder con nosotras, déjalo de nuestra cuenta —dice Maggie con voz chillona y empuñando en alto un secador pequeño como si fuera un revólver.

—Haz el favor de estarte quieta con eso, Maggie.

Finalmente Henry hace lo que dicen, espera a que el taxi esté estacionado en la puerta del local y nada más verlo sale como un rayo de la peluquería y se monta en él dando al conductor la dirección del Atlantic Bank y recordando mientras se acomoda en el asiento trasero lo que sus nuevas amigas le han dicho: «No olvide actuar con naturalidad», «dígame, señor Norton, usted... ¿qué pie calza?», «... y deje todo en nuestras manos, somos profesionales y le sacaremos de ese banco sin que esos tipos se enteren», «usted simplemente

espérenos en el vestíbulo. Cuando haya acabado con la caja salga, Maggie, Janet y yo le estaremos esperando allí», había concretado Louise sin darle la oportunidad de preguntarle cómo iban a hacer para sacarle del edificio sin ser visto por los tipos de la limusina.

Una vez el taxi se acerca a las inmediaciones del edificio del banco el escritor le pide al conductor que pare justo frente a la puerta principal, en el cruce de la Sexta Avenida con la Calle 35. Norton comprueba cómo el coche oscuro que les seguía se ha detenido al otro lado de la calle, junto a una cafetería. Sin detenerse a husmear más de lo necesario paga la carrera, se abrocha la gabardina y sale del taxi para entrar en el Atlantic Bank sin mirar atrás. Está más nervioso de lo habitual y un cosquilleo, previo a las primeras gotas de sudor frío, le recorre la frente, por un momento cree que alguien, Consentini, el tipo gordo o el tal Strasser, le saldrá al paso y le detendrá a las puertas del edificio, pero nada de eso ocurre.

Una vez dentro atraviesa el amplio vestíbulo bajo la atenta mirada de una pareja de policías y varios guardias de seguridad. El lugar se encuentra coronado por una bóveda de cristal de color verde esmerilado. Se dirige a una de las mesas, saluda al agente y mientras toma asiento presenta su documentación.

—Me llamo Henry Norton, vengo para que comprueben el acceso a mi caja de seguridad, por favor. La 308.

—Buenos días, señor Norton ¿En qué año contrató su caja?

—Fue hace... —duda un instante y sigue—... unos cinco años.

El agente bancario toma el documento de identificación, se levanta y abre un cajón de uno de los archivos que se encuentran al final de la estancia, saca una carpeta en cuya portada se lee «Registros 1976-1977» y comienza a realizar unas comprobaciones en los documentos que contiene, luego extrae un par de folios y se dirige a una de las computadoras, teclea algo que Norton no puede ver. Pasan unos minutos, no son muchos pero al escritor le parecen tan interminables como dos días sin llevarse a la boca un buen trago de Jack Daniels.

—Ya tengo su ficha en pantalla, señor Norton. Hacía tiempo que no le veíamos por aquí. Sólo espere un poco más para que el programa realice las últimas comprobaciones. Estoy seguro de que no habrá ningún inconveniente. Disculpe —dice sonriéndole por primera vez—, pero estos aparatos a veces no son todo lo rápido que uno desearía ¿Le puedo ofrecer un café?

—No, gracias. Me vendría bien una aspirina para mi dolor de cabeza.

—Por supuesto —dice el empleado mientras abre un cajón, toma un bote de pastillas y se levanta a por un vaso de agua.

El escritor se toma el comprimido y luego actúa como si le interesara de veras la verborrea que el empleado del banco comienza a dedicarle, para matar el tiempo que resta hasta que el monitor de la computadora vomite el resultado, según dice.

—... y luego a mi cuñado se le ocurrió la genial idea de meter aquel ojo de plástico en la sopera ¿sabe? No se imagina el grito que pegó mi hermana cuando fue a servir la...

Entonces la computadora emite un pitido.

—Oh, bueno. Creo que esto ya está —anuncia mientras lee lo que aparece en pantalla.

El escritor piensa que hay algún problema y no va a poder acceder a la caja. El empleado recoge la documentación de la mesa y se la entrega a Henry, luego hace un gesto con la mano y un guardia de seguridad se acerca.

—Está todo correcto, señor Norton. Otro día en que usted vuelva le cuento el final de la historia de aquel día de Acción de Gracias ¿eh? Acompañe al señor al acceso de cajas según el protocolo establecido, por favor —dice dirigiéndose al jefe de guardia—. Debido al procedimiento establecido por el juez una vez cruce el arco de seguridad y uno de mis compañeros compruebe su identificación éste romperá el sello judicial que contiene sus llaves y entonces podrá acceder a su caja.

Norton asiente y sigue al jefe de seguridad, que le lleva al arco detector de metales que debe cruzar para acceder al habitáculo de las cajas donde sólo estuvo una vez: el día en que su mujer y él llevaron buena parte de las ganancias de sus dos primeras novelas. Recuerda bien ese día, cómo ella bromeaba con él en mitad de aquel frío habitáculo mientras ambos colocaban los billetes en la caja de metal, diciéndole que con todo lo que ganase con su tercera novela tendría que contratar al menos una o dos cajas más.

El empleado de esa zona le solicita de nuevo la documentación, el escritor debe esperar unos minutos más. El procedimiento requiere que el agente de banca busque el sobre lacrado con el sello judicial que guarda las llaves, una para la puerta de acceso y otra de la caja. De modo que se pierde tras una de las puertas blindadas y aparece al cabo del tiempo con un sobre de papel marrón, lo deposita en una bandeja de plástico junto a la documentación de Henry y realiza unas fotografías. Luego reclama la presencia de un agente de la policía y rompe el sello bajo su vigilancia y en presencia del escritor.

Ahora deben esperar y firmar los tres un documento donde se especifica la fecha de la entrega de las llaves a su dueño.

Una vez realizan todo el proceso el empleado le indica que ya puede acceder a la caja. Norton asiente y el guardia de seguridad del Atlantic Bank se dirige a la puerta principal de la caja fuerte para introducir su llave. A continuación la gira con una reverencia ceremoniosa, el escritor lo cataloga como un gesto excesivamente bíblico, luego sigue al guardia al interior. La puerta se cierra tras ellos y al final del pasillo se encuentra otra puerta distinta, esta vez con dos cerraduras, una a cada lado de la pared. Ambos deben introducir sus llaves y hacerlas girar al unísono para activar el mecanismo de apertura. Eso es lo que le dice el jefe de seguridad y eso es lo que hacen. Se oye un sonido de engranajes y la puerta cede hacia atrás medio palmo y luego inicia un recorrido hacia la izquierda sobre unos raíles, ocultándose. En el interior las barras de luz del techo comienzan a encenderse de forma automática.

—Permaneceré afuera. Pulse el botón rojo que hay junto a la puerta para avisar cuando haya acabado y vendré a buscarle ¿de acuerdo?

Henry asiente en silencio.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, sí, no se preocupe.

—Me gustaron sus dos primeros libros, señor Norton. Espero que pueda publicar pronto uno nuevo. Bueno, tómese su tiempo.

El escritor entra en la estancia y el guardia cierra la puerta, las paredes están repletas de las taquillas con los números de las cajas de seguridad y Henry se queda pensando en la última recomendación del guardia. No sabe si con lo de tomarse su tiempo se ha referido al tiempo para la caja o al requerido para acabar su maldita novela. Ahora da igual. Mira por un momento alrededor y cree estar en mitad de una sala cuyas paredes guardan cadáveres a la espera de ser analizados por un forense. Ahora debe dirigirse a la 308, abrirla y ver el cadáver que le han dejado. Eso hace, busca la número 308, cree recordar donde está. Al fin la localiza y usa la segunda llave que le han dado para abrir la taquilla que la contiene. Luego tira del asa metálica y comprueba, arrastrando hacia afuera la mitad de la caja, que por su peso no debe estar muy llena, al menos no lo suficiente como para contener todos los fajos de billetes que guardaron él y su mujer en su momento. Acaba por coger en peso la caja metálica y depositarla en la mesa que hay en el centro de la sala. Mide casi medio metro de ancho por uno de largo, y no supera los

veinticinco centímetros de alto.

Ha llegado el momento de abrirla y en su cabeza retumban las palabras del telegrama de su mujer, rompiendo el silencio frío de la sala: «Henry, no abras la caja, nuestras vidas están en peligro. Huye, vete de Nueva York. Te quiero». Las recuerda en la voz de su mujer, en la de Paulette, en la de Hannah y en la de todas las mujeres que han pasado por su vida. «No abras la caja, vete de Nueva York». Luego las repite en voz baja e incluso las pone en boca de su amigo Larry.

—Qué demonios —se dice mientras empieza a notar cómo sus dedos tiemblan.

Y piensa que ya basta de tanto misterio, piensa que ha llegado el momento de ver qué cojones guarda el interior de la dichosa caja.

El vehículo negro estaciona frente al Café Luluc y espera a que el escritor abandone el taxi y desaparezca dentro del edificio.

—Ya sabes lo que te he dicho —dice el tipo gordo—. No sabemos a qué ha venido ese tío al Atlantic Bank, pero me huele que tiene que ver con lo que buscamos. Es posible que pueda estar ahí dentro algo más de media hora y sólo hay una puerta de entrada y salida, de modo que vigilarle desde aquí será pan comido. Seguramente telefonará desde el interior del banco y pedirá otro taxi cuando haya acabado. Tienes que estar atento, ahí dentro hay policías por todas partes, sería una locura entrar a la fuerza a buscarle o incluso esperarle dentro. Colócate en la puerta del café y espera a que salga, o mejor entra y vigila desde una de las mesas que hay junto al ventanal. Si ves que toma un taxi cruza la avenida y vuelve al coche y le seguiremos, Consentini y yo estaremos aparcados justo a la vuelta de la calle. Si ves que sale caminando por la avenida ve tras él y... ya sabes, a la mínima lo metes de un empujón en cualquier portal y le arrancas lo que lleve, con suerte llevará el maletín que buscamos, o una carpeta. Nosotros te estaremos vigilando y cuando salgas pitando iremos detrás de ti para recogerte nada más tengas el paquete ¿Te queda claro, Strasser?

—Sí, jefe —dice el púgil asintiendo tras escuchar con atención las instrucciones.

Luego se baja del vehículo y entra en el café.

Tras algo más de una hora y media esperando al fin lo distingue entre la multitud, se baja de un taxi y entra de forma apresurada en la oficina del banco. El indio abandona la mesa y se acerca al teléfono que hay en la barra para realizar la llamada acordada. Cuando va a recuperar su asiento se detiene en seco: reconoce a uno de los hombres de Kauffman, ha entrado en el local y se ha sentado junto a la ventana. Es muy peligroso volver a la silla donde se encontraba apostado para vigilar la puerta del Atlantic Bank, de modo que decide permanecer en la barra, a espaldas de aquel tipo robusto y de aspecto

rudo que no le quita ojo al otro lado de la avenida. Sin duda está ahí para atrapar al señor Norton, pero eso no ocurrirá si él lo puede impedir antes. Se lleva una mano a la gabardina para sentir el revólver que guarda en el bolsillo interior, su dureza metálica le reviste de seguridad. Probablemente el hombre de Kauffman también va armado.

Se siente tentado de telefonar de nuevo para informar de la novedad, pero no quiere llamar la atención del sicario, así que le hace una señal al camarero para que le sirva un café, cree que la espera va a ser larga. Su momento será cuando ese tipo salga por la puerta tras el señor Norton, en ese instante debe ser más rápido que él.

Veinte minutos después, a una manzana del Atlantic Bank, tres mujeres se bajan de un taxi.

—Tenemos que hacerlo lo mejor posible. Sigamos el plan ¿de acuerdo?

—Sí, *mam* —contesta la chica de color.

—Maggie, deja de mascar chicle, trae aquí —dice poniendo la palma de la mano delante de la boca de la chica tatuada—. Escúpelo, escuuupe ¡Vamos! ¡Vamos!

La chica lo hace de mala gana y luego se limpia la boca con el puño del vestido.

—Ah, ah, ah... de eso nada —dice reprimiéndole—. Lo primero que os he dicho es que tenemos que ser elegantes, y eso que has hecho no es normal en una dama con modales. Es muy fácil, por una vez demuéstreme que puedes hacerlo.

—Está bien, Lou —apunta con resignación.

—Janet, ya sabes, el material, las prótesis... ¡Cuidado con ellas! No las aplastes demasiado o no nos servirán de nada.

—Sí, sí, van perfectas aquí, *mam* —dice señalando un bolso grande.

—Mis chicas están guapísimas y son preciosas —dice sonriendo orgullosa, adquiriendo el aura maternal que tanto la caracteriza—. Ya sabéis, primero entra una y luego la otra, y manteniendo la compostura. Esos tipos deben estar vigilando desde algún lugar. No nos detendremos a observar, entramos por separado. Primero Maggie, luego tú, Janet. Yo entraré unos minutos después. Recordad que somos chicas de alto standing. Poneos las gafas de sol, mentón arriba y adelante.

Debió haberse tomado el bote entero de aspirinas. Aunque eso no le hubiera hecho efecto sobre el temblor creciente que de nuevo se apodera de sus dedos. El dolor de cabeza retumba en su sien izquierda como los tambores que preceden a una gran batalla. No debió aceptar esos tragos de absenta cuando de sobra sabe que lo que necesita es otra botella de whisky, y más ahora.

Resopla una vez más y desliza la tapa de metal de la caja hasta la mitad de su recorrido, parte del contenido queda al descubierto. Lo primero que distingue son varios fajos de billetes con la cara de Benjamin Franklin. No hace falta contarlos para percatarse de que no está todo el dinero que depositaron. Saca del interior cinco o seis fajos y los coloca sobre la mesa, es todo lo que hay dentro. Calcula que puede haber unos ciento veinte mil dólares. Al fondo de la caja hay algo más. La inclina y por la abertura asoma una carpeta de piel marrón con un cierre de tela elástica del mismo color. La estudia con detenimiento. Tiene el tamaño de una cuartilla y no hay inscripción alguna, es muy posible que haya sido fabricada hace al menos cincuenta o sesenta años. Con cuidado la deposita en la mesa y desliza la tela elástica. Antes de abrirla mira en el interior de la caja. No hay nada más. Ni una sola nota de Melissa, ni una sola carta o indicación garabateada en un trozo de papel, lo que le hace pensar que huyó de allí a toda prisa.

—Así que éste es el dossier que mi amigo el del pelo grasiento está buscando... —se dice el escritor—. Bien, acabemos con esto.

Abre la carpeta y lo primero que ve es la tapa verde desgastada de un cuaderno con una inscripción escrita a mano en el centro que dice: «Recetario de G.P. Lyndon Cooper». Henry ahoga un amago de risa.

—Por todo el whisky del mundo. No me jodáis... ¿Un recetario?

Es muy probable que el cuaderno tenga casi un siglo de antigüedad, aunque realmente está muy bien conservado, eso piensa. Lo abre. En la primera página, amarilleada y cuarteada por el paso del tiempo, hay un índice, también escrito a mano, que reza:

1 útiles y aparejos necesarios

- 2 primeros ingredientes
- 3 la fórmula
- 4 puesta en marcha
- 5 elaboración
- 6 téngase en cuenta
- 7 metodología experimental, en el laboratorio
- 8 (*m. e. s.*) el ingrediente final
- 9 el resultado
- 10 posibles aplicaciones
- 11 defectos, defunciones en humanos, anotaciones, correcciones necesarias y conclusiones

—¿Defunciones en humanos? ¿La fórmula? ¿*m. e. s.*? ¿Qué demonios significa *m. e. s.*? ¿Y quién cojones es Lyndon Cooper?

Sin perder más tiempo avanza en las páginas del recetario, que ofrece un muestrario detallado de dibujos, instrucciones, nombres de materiales e ingredientes, esquemas y lo que cree que son símbolos de elementos químicos y procedimientos para elaborar un producto que en las páginas de las siete primeras secciones no se especifica de forma clara.

Al comienzo de la sección octava puede leer: «el ingrediente final, *mantener en secreto*». Se detiene a leer con más atención ese apartado. Cuando lleva unos párrafos echa de menos una silla, un taburete o cualquier cosa que se le parezca donde pueda asentar sus posaderas.

—Por las barbas de mi difunto tatarabuelo... —dice derrotado al leer el nombre del ingrediente—. ¿¡Le echan eso!?

Luego pasa con más rapidez al capítulo noveno y décimo sin percatarse que ha cogido el cuaderno con sus manos temblorosas y, sin dejar de leer, se ha sentado en el suelo. Necesita unos tragos de whisky, da igual la marca, da igual que sea la mierda que tomó la noche pasada, y lo necesita no por su dolor de cabeza, que de alguna forma casi ha desaparecido encerrado en aquella fría sala, como de tanatorio forense, ahora lo necesita simplemente porque él es Henry Norton, el Henry de siempre, el escritor neoyorquino olvidado por la crítica y la inmensa mayoría de los lectores. Y porque siente que está leyendo algo prohibido, algo que ha permanecido en secreto durante décadas, tal vez un siglo.

Avanza en la lectura de esos capítulos a pasos de gigante, volviendo a veces a las primeras páginas, buscando conocer más para despejar sus dudas.

Finalmente, tras pasar varios minutos inmerso en el décimo capítulo pasa al último y lee en voz alta un párrafo del apartado titulado «defunciones en humanos».

—«Se acusa importantes defectos en el producto líquido resultante, sin lugar a dudas (y por las pruebas realizadas en humanos) debido al ingrediente *s*. Se conoce que dichos defectos han producido el fallecimiento de un número indeterminado de... personas» —y acaba deslizándose la última palabra lentamente—. Joder —exclama. Luego continúa leyendo despacio—, «... que han sido expuestas a altas dosis de la mezcla. No obstante, aunque es conocido de sobra que las muertes se deben al ingrediente *s*. se recomiendan una serie de correcciones para tratar de suavizar su inesperado efecto, y no retirarlo jamás de la fórmula y del proceso de elaboración final, ya que se ha descubierto que, junto a la mezcla, éste es invisible a análisis médicos *post mortem*»

Llegado a este punto el escritor avanza a las últimas páginas del recetario saltándose una serie de anotaciones cortas. De acuerdo a las aplicaciones que se le otorga al producto, y que ha leído en el recetario, necesita despejar la incógnita que le atormenta. Busca algo, una anotación, un símbolo, la denominación que le otorga el autor del recetario y que él sospecha que se oculta tras ese proceso de elaboración. Se toma su tiempo. Nada. Debe llevar casi media hora allí dentro. Revisa cada una de las cincuenta y dos páginas. Nada. En el cuaderno no hay ni rastro de la designación del producto. Su dolor de cabeza ha cesado y ahora le ataca un repentino ardor de estómago, aunque sabe que es por el absentia de sus amigas cree saborear de nuevo en su garganta aquel zumo de arándanos que García de Poe sirvió en su presentación de hace meses.

Contiene un amago de vómito, cierra el cuaderno y lo devuelve a la carpeta. Luego se echa las manos a la cabeza. Piensa que no debe ser muy difícil, salir ahí afuera, despedir a sus amigas agradeciéndoles su ayuda, hacerse el imbécil diciéndole al tipo gordo que no ha abierto la carpeta e intercambiar el recetario por el manuscrito de su novela. Fin de la historia. A no ser... que esos tíos hayan decidido eliminarle. Va a ser eso.

Tiene unos minutos más para decidirse. Echa un último vistazo a la carpeta de piel. Antes no se había fijado pero en un lado del dorso hay una impresión en bajorrelieve. Se acerca para estudiarla con detenimiento. La piel está algo desgastada en esa parte, pasa la yema de los dedos, es como si hubieran querido borrar algo. Entonces entiende que es un logotipo, ahora lo

ve claro, es el logotipo de una compañía que reconoce al momento. Todas sus dudas han sido despejadas de golpe.

—Por las barbas de... John Norton Junior II. ¡Joder! Esto está en todas las casas, en todos los garitos y restaurantes... Hijos de puta, hijos de puta —dice en voz baja, como si aquello fuese su mayor confesión.

Y entonces comprende, que lo que tiene delante no es un cadáver, es una bomba. Una bomba que le acaba de explotar en las manos, la misma que también le estalló a su mujer hace años en aquel burdel de Harlem cuando abrió el maletín de ese tipo y vio lo que contenía. Ahora tiene que salir de allí, lleva casi una hora dentro pero parece haber pasado un día completo, se encuentra aturdido pero ahora no es el momento de rendirse. Se levanta, coge tres fajos de billetes y los reparte por los bolsillos de su gabardina. El resto lo devuelve a la caja metálica y ésta a la taquilla 308. La asegura girando la llave y luego recoge el dossier del suelo.

Es hora de pulsar el botón rojo, salir de allí y comenzar a arreglar todo este asunto.

—Hoooola cariño, te estaba esperando. ¡Cuánto has tardado! Después de tanto tiempo aquí de pie me han entrado ganas de ir al excusado. No te importará acompañarme un momento ¿verdad? —dice una mujer con voz chillona y aguda acercándose al escritor y tomándole del brazo.

—¿Al excusado? Pero qué... ¿Maggie? ¡Eres tú! Cuánta elegancia.

—Querido, estás un poco pálido ¿Te ocurre algo, amor? —pregunta sonriéndole y pasándole la mano por la frente.

—Necesito un trago, y lo necesito ya.

—Oh, vamos. Discúlpele, agente —continúa dirigiéndose al guardia—. Mi marido es que a veces... ya se sabe cómo son los escritores. Viven en su mundo, en su mundo. Vamos a aclararte esa carita con un poco de agua fresca, parece que hayas visto un fantasma, cariño.

Le tira de nuevo del brazo y lo lleva a rastras a la zona de los baños.

—Pero...

—¡Chiiist! Calla y camina, y cuidado no me vayas a pisar el vestido. Sonríe y sígueme, Derrick —le susurra—. Lou y Janet nos esperan.

—¿En los lavabos de señora?

—Vamos, entra.

Algo no debe ir bien dentro del Atlantic Bank. Ha pasado más de una hora y el *pájaro* no ha salido. Strasser se aprieta los nudillos de una mano mientras sigue vigilando la salida del edificio. Eso de presionarse los nudillos es una manía que adquirió antes de subir al ring en cada combate. Lo hace desde sus inicios. Va a apurar su tercer café. Sabe que el jefe le ha elegido a él para que haga el trabajo porque el escritor ya habló con el italiano en Grand Central Station. Con él no, a él no le ha visto de frente y es menos probable que le reconociera si se topase con él, y mucho menos si le observa en la distancia.

Ha surgido un inconveniente. Hay un tipo en la barra, es el indio. Hace una semana no pudieron distinguir bien sus rasgos porque estaba metido en

aquel taxi, pero debe ser él. Cuando entró en el local el indio se encontraba telefoneando desde la barra y lleva ahí encaramado desde entonces. Quizás él también le haya visto, sin duda está ahí para aguarle la fiesta, pero sabe que no intentará nada en mitad de la cafetería. Tiene que hacer algo, no es habitual que el escritor tarde tanto en salir del banco y ahora tiene la oportunidad de matar dos pájaros de un tiro, aunque va a ser difícil si lo hace él solo, quizás sea mejor decidir por su cuenta qué hacer, no cabe duda de que si el escritor sale del banco irá tras él sin quitarle ojo al indio, pero si la cosa se alarga es posible que sea mucho mejor aguantar la espera hasta que su vigilante se canse, sería entonces el momento de seguirle sin levantar sospechas, así le llevará hasta la mujer. El jefe siempre le ha dado el trabajo más tosco, en esta ocasión no, esta vez ha confiado en él y quizás pueda demostrarle su valía, demostrarle que Nick Strasser no sólo es una montaña de músculos con dos puños. Sí, ha llegado la hora de demostrarlo.

—Ya está. Y en sólo 12 minutos. Un tiempo récord —dice Janet.

—Qué guapo, Derrick. A partir de ahora te llamaremos... ¡Amanda!

—Maggie, cariño —continúa Janet—, no te pases. Puedes darte la vuelta, *bro*.

—¡Joder! —exclama el escritor mirándose al espejo.

—Señor Norton, esa boca. Cuide el vocabulario. Palabrotas en mi presencia y cuando están mis chicas... No.

—¡Joder! No pienso salir así a la calle ¡Tetas postizas! Betún o lo que sea este potingue en la cara... ¡Si me parezco a Al Jolson en El Cantor de Jazz! ¡Pero disfrazado de tía!

—Ay, Míster Confundido, no exagere. No se atreverá a decir que no hemos tenido una buena idea. Y eso no es betún, es un maquillaje muy caro ¿Le aprietan los zapatos? Los elegimos con poco tacón, así podrá caminar con menos problemas.

—El vestido es un poco antiguo pero te queda que ni pintado —apunta Janet dándole unos últimos retoques al azul de los párpados.

—Sólo van a ser unos metros. Ya sabe que bajando por la avenida, a unos cien metros, hay una parada de taxis. Llegue hasta allí, móntese en el primero que vea libre y atrinchérese en casa. Y ya le digo, con categoría y con garbo.

—Pero... ¡Qué categoría ni qué garbo! ¿Dónde está el dossier?

—Lo llevo en el bolso —dice Louise—. No se preocupe, ya le dije que tenemos caja fuerte en Precious desde que aquello era un burdel. Si sale con la carpeta y le pillan ahí afuera olvídense de hacer un trato con esos tipos.

—No saben lo peligroso que es andar por ahí con ese cuaderno, o que se pierda. No lo abran ¿me oyen? No lo lean. No estamos a salvo, no lo estamos... Y encima este disfraz, y esta peluca... Esto es completamente descabellado —refunfuña Norton.

—¿Ves, Janet? Se está quejando del pelo —susurra Maggie—. Debimos traer la otra peluca, la que hicimos con los cabellos que se le caían a la señora Wilson.

—Maggie, por favor —dice la chica negra ahogando la risa.

—Chicas, parad. Señor Norton, le recuerdo el plan.

—Si me viera Larry. Necesito una copa.

—Salga, tome un taxi y váyase a casa. Espere la llamada de ese tipo, porque seguro que le llamará desesperado cuando vea que le ha perdido la pista. Entonces ofrézcale un lugar concurrido para el intercambio, una plaza de Central Park, por ejemplo. Telefonéeme para informarme, diez minutos antes del encuentro yo le acerco la carpeta al punto que concretemos del parque y usted la cambia por la novela que le robaron, así nos dejarán en paz. Janet, Maggie, meted la ropa y los zapatos del señor Norton en su bolso. Téngalo y no se separe de él, que en su gabardina va el dinero.

Strasser deja unos dólares sobre la mesa y, decidido, abandona el Café Luluc y cruza la Sexta Avenida para entrar en el Atlantic Bank. Justo en el momento en que va a empujar la puerta de cristal ésta se abre y se da de bruces con una mujer que sale del edificio.

—Oh, lo siento, señora. Tenga, tenga, aquí tiene su bolso —dice recogéndolo del suelo y tendiéndoselo—. Lo siento de veras.

La mujer se lo arrebató de las manos y continúa avenida abajo sin darle las gracias. Strasser entra en el edificio, quiere echar un vistazo rápido y asegurarse de que el escritor ya no está allí. También da por buena la idea de preguntarles a los empleados del banco. Antes de hacerlo echa una última ojeada afuera. A través de la cristalera puede ver cómo el indio ha salido del Café Luluc y ha montado guardia en la puerta.

—¡Consentini! Vamos, adelanta a esos coches y detente justo a la salida del banco.

—Eso intento, jefe, pero... fijese qué tráfico. Es hora punta, maldita sea —se queja el italiano golpeando el volante.

—¿En qué diablos estaría pensando Strasser? ¿Lo viste? ¡Entró en el edificio a buscarle!

—Quizás vio algo.

—Eso es, eso es... adelanta al Ford azul y colócate ahí, pegado a la acera. Detente aquí. Ese imbécil no debe tardar mucho en salir, seguro que se ha cansado de esperar y ha entrado a buscarle. ¡Joder!

Se acicala un poco el pelo engrasado con la palma de una mano, con la otra se palpa la chaqueta, luego saca un puro del bolsillo interior y lo enciende. Exhala la primera nube de humo. Hacía tiempo que no estaba tan nervioso. No transcurren ni cinco minutos cuando Nick Strasser aparece por la puerta.

—¡Sube! ¡Sube, maldita sea! —ordena Kauffman abriendo la puerta del vehículo—. Pero... ¿Qué cojones está pasando?

—No está, jefe. El *muñeco* se ha esfumado —dice montándose en el vehículo y sin dejar de escudriñar la otra acera de la avenida.

—¿Cómo es posible? ¡Te has distraído y ha debido salir hace tiempo, estúpido!

—Le digo que no, que no he quitado ojo de la puerta. Dos de los empleados del banco no quisieron decirme nada pero un tercero me indicó que el *pájaro* había accedido a la caja fuerte y al cabo de un rato lo había visto salir de nuevo por el arco de seguridad. Ha debido salir pero... ¿cómo? —se pregunta mientras sigue barriendo con la mirada la otra acera.

—No le tenemos ¡Le has perdido, mequetrefe! Tenemos que atrapar a Norton. Consentini, arranca.

—Espere, mire allí, en la cabina. ¿Recuerda a aquel tipo que vimos en el taxi en Harlem? El que estaba con la mujer hace una semana, ese que parecía indio. Cuando llegué al café estaba allí dentro. Creo que es el mismo, jefe. Durante todo el tiempo no se movió de la barra. No sé si me habrá visto pero mire, mire... ahora está hablando por teléfono. Ya lo ve, después de tanto tiempo esperando pensé que sería mejor entrar en el banco y comprobar si el escritor continuaba allí dentro. De ese modo podría ver también la reacción de ese tipo.

—¿Pensaste? ¿Tú pensaste? Te di órdenes muy claras. ¿Quién cojones te dijo que podías pensar, Strasser? —concluye mientras da otra chupada al puro y se fija en el hombre de la cabina.

—Estaba hecho un lío, jefe. Si el *pájaro* no aparecía siempre podía seguir al indio. Si le seguimos podremos saber dónde se oculta la mujer ¿no cree? Puedo hacerle el trabajo que me pida, quitarle de en medio cuando ya haya localizado a la chica mientras usted y Enzo se encargan del escritor.

—¿Quiere que siga al indio, jefe? —pregunta el italiano mientras se echa a la boca una goma de mascar.

Kauffman piensa que, después de todo, si Strasser está en lo cierto, podrían seguir al indio, atrapar a la mujer de Norton y, de ese modo, ofrecerle al escritor un intercambio: la vida de su mujer por el dossier, suponiendo que fuera eso lo que hubiese ido a buscar al Atlantic Bank. El neoyorquino jamás pondría en peligro la vida de su esposa.

—¡Rápido, parece que va a tomar un taxi! —dice Strasser.

—Sígale, Consentini. Y esta vez no pierda de vista ese taxi... si no quiere acabar como su hermano.

El taxista reduce la velocidad y se detiene justo donde le han pedido: el 178 de la Séptima Avenida. Lleva más de quince años conduciendo por Manhattan y ha visto gente extraña de todo tipo pero hacía tiempo que no tenía un pasajero como aquel. De todas formas él no es nadie para juzgarle, que se haya ido desprendiendo en la parte de atrás de toda la ropa de señora y el maquillaje que llevaba puesto no es de su incumbencia, y no lo es porque ha sacado de un fajo un billete de cien dólares y sin pestañear se lo ha tendido y le ha dicho que puede quedarse con el cambio. Luego ha guardado toda esa ropa de señora en el enorme bolso que traía consigo y se ha ido poniendo lo que a buen seguro es su ropa habitual de neoyorquino de clase media. Por él como si ha dado un golpe en un banco, no es asunto suyo. Una de las reglas que se impuso cuando comenzó en este trabajo era la de ver, oír, coger la pasta y callar. Si ese tipo quiere que le lleve a uno de los clubs de jazz más míticos de todo Manhattan... él conduce, lo hace y luego se larga con el dinero. Todo sea por un buen billete crujiente con la cara de Benjamin Franklin.

Antes de entrar en el club Norton se acerca a un contenedor de basura y se deshace del bolso, ya no va a volver a necesitarlo. Se pegó un susto de muerte cuando el tipo robusto tropezó con él a la salida del banco. Mientras él le recogía el bolso observó su perfil y creyó reconocer al tal Strasser, el tipo que estaba al volante de la limusina en Grand Central Station. Por suerte el grandullón no le prestó la atención suficiente. Ahora entra en el Village Vanguard y se acerca a la barra. Es temprano, el local está prácticamente vacío y uno de los camareros limpia el suelo, él echa mano del teléfono público, marca su número y espera a que lo descuelguen. Con la otra mano saca un billete de cien y se lo tiende a otro de los camareros señalándole una de las mejores botellas de Jack Daniels que le observan desde la estantería.

—¿Sí?

—¿Tanaka?

—Señor Norton, ¿cómo está? Estaba empezando a preocuparme, ya es

casi la hora del almuerzo y...

—Tanaka, necesito que me hagas un favor. ¿Sabes conducir?

—Claro, pero...

—Muy bien. Por favor, mira si en el primer cajón del aparador de la entrada hay unas llaves.

—¿Ahora?

—Sí.

—Muy bien, espere.

Norton oye cómo su vecino suelta el aparato y cómo se alejan sus pasos, remueve en el cajón durante unos segundos y vuelve al teléfono.

—Las tengo, señor Norton.

—Perfecto —dice mientras echa un trago directo de la botella—. Quiero que anotes una dirección que te voy a dar. 540 de Steuben Street, en Staten Island. ¿La tienes, chico?

—540 de Steuben Street, Staten Island. La tengo. ¿Qué hay allí?

—Quiero que cojas el Chevrolet...

—¿Su chevy? ¿Me va a dejar conducir el Impala Supersports del 65 que guarda en el garaje? ¡Guau!

—En esa dirección de Staten Island vivía mi amigo Larry. Una de las llaves es del Impala, la otra de la casa. Y ahora, chico, es de vital importancia que me escuches con atención y hagas exactamente todo lo que voy a decirte ¿de acuerdo?

El vehículo de color negro avanza por la Octava Avenida y se incorpora a Broadway por Lincoln Square, a la altura de Central Park. Al llegar a la Calle 68 gira a la derecha y se detiene junto a la acera. Su objetivo ha cambiado de taxi un par de veces, pero por fortuna en ninguna ocasión le perdieron de vista.

—Ha entrado en el edificio de la fachada de ladrillos.

—Es el número 25, jefe —dice el italiano.

—Strasser, no puedes fallar esta vez.

—No lo haré.

—Deben esconderse en uno de esos apartamentos. Vas a montar guardia desde el portal de enfrente, vigila quién entra y sale del edificio, es posible que estos dos no lleven más de dos o tres semanas viviendo aquí, a ver qué

puedes sacarle a los vecinos o en último lugar al portero. Con lo que averigües te acercas a aquella cabina, marcas el número que te di y me dejas el mensaje grabado en el contestador. Deben estar nerviosos, cuando la gente está nerviosa comete errores y tú tienes que estar ahí cuando eso pase. Averigua el número del apartamento, eso es vital, luego espera a que anochezca para actuar. Eres más fuerte que ese tipo, acaba con él y atrapa a la chica. Voy a mandar a este número el otro coche, en una hora lo tendrás aparcado en este mismo lugar. Al igual que otras veces busca las llaves sobre el neumático delantero derecho. En cuanto tengas a la mujer métela en el maletero y telefonéame. Para entonces yo ya estaré en la oficina y te diré qué hacer con ella. ¿Llevas el revólver?

—Sí —dice dando dos leves palmadas en el costado—. ¿Qué hará usted y Enzo? ¿Van a buscar al *muñeco*?

—Aún no, primero iremos a hacerle una visita a unas viejas amigas de Harlem.

—Señor Norton ¿no cree que ya ha bebido demasiado?

—Oh, vamos, me conoces desde hace... ¿dos horas?... y ya me estás diciendo lo que no debo hacer.

—¿Dos? Lleva cuatro enganchado a la barra.

—Anda, cállate y llénate el vaso. Cuando tú dejaste de usar pañales yo ya venía por aquí a ligarme a las jovencitas ¿No sabes que tengo más aguante que la maldita Estatua de la Libertad? Solo que yo en lugar de una antorcha levanto una buena botella. ¿Qué es eso que empieza a sonar ahora? —pregunta mientras asiente con la cabeza siguiendo el ritmo.

—*Flying Home*, Illinois Jacquet.

—Oh, sí. Maldita sea, qué magnífico saxo tenor. Estoy perdiendo facultades. Echaba de menos volver aquí ¿sabes?

—Lo supongo, los chicos me contaron que dejó de venir a menudo porque se encerró para acabar su novela. ¿Ya lo ha hecho? Pensaba que venía a celebrarlo.

—Mi novela... —dice mientras enciende un Marlboro y da una calada rápida—. Esa es una pregunta muy buena ¿lo he hecho? Para acabar una novela hace falta sólo una cosa: silencio. Y en esta jodida ciudad no lo encuentro.

—Desde luego, no lo hay.

—¿Cómo te llamabas, tío?

—James.

—¿Sabías que empecé a tener visiones, Jimmy? Claro que no, ¿cómo lo vas a saber? En serio, empezaron cuando me metía esa mierda que conseguía Larry en Brooklyn. Entonces todo se torció y sólo escribía porquería, por eso dejé mi novela. Bueno, también por otras cosas. Al principio lo pasaba en grande, hasta que una noche se me apareció mi abuelo, el venerable John Norton Junior II, para repetirme una y otra vez que yo había fracasado.

—Vaya.

—Sí, sí. Sólo el nombre impresiona. Se me aparecía vestido con el uniforme de la Fuerza Expedicionaria Estadounidense. La primera vez que lo hizo fue en uno de los dormitorios de la casa de mi amigo. Tenía la cara pálida y el casco mal puesto, pero no estaba pálido por ser un fantasma, no. Ya era así desde pequeño ¿sabes? Me contó que su madre lo llevó al doctor varias veces, porque creía que padecía alguna enfermedad cutánea. Y no, era su color natural de piel. Su puto color natural, la de mi viejo ¿te lo puedes creer? ¿Quieres un cigarrillo?

El camarero sonríe, niega con la cabeza, deja de pasar el trapo por la barra y continúa escuchando.

—Se enroló en la Fuerza Expedicionaria en 1917 y un año más tarde le estalló una bengala en el pecho, un desgraciado accidente dijeron, fuego amigo. Hay que ser capullo. Un año largo preparándose para el frente, un recorrido en barco por todo el Atlántico hasta las costas francesas para luchar en la batalla de Saint-Mihiel y, justo cuando va a entrar en el campo de batalla, antes del amanecer, no se le ocurre otra cosa que trazar una diagonal imaginaria por territorio baldío, entre nuestras tropas y las del Ejército Imperial Alemán ¿sabes? ¿Y para qué? Para cagar. Sí, ¡para cagar, coño! A mi viejo se le tuvo que venir la mierda al orificio justo en el puto momento de entrar en combate y en lugar de echarla en el sitio se movió. Hizo lo que hasta los escolares saben que no se debe hacer en ese momento: rompió su fila. Cruzó el campo y a uno de sus compañeros se le escapó una bengala encendida que iba destinada a iluminar el frente enemigo. La dichosa bengala serpenteó un par de segundos o tres en el aire y vino a clavarse en el pecho de John que, abrumado y horrorizado, cayó de bruces al suelo con el mojón todavía colgándole del culo. Un año de entrenamiento y un duro viaje por el Atlántico y llega a la vieja Europa, al frente de una batalla, al pie de una

guerra a escala mundial, y muere cagando antes de entrar en combate. Ni tan siquiera le dio tiempo a disparar una sola bala —apunta chupando el pitillo y exhalando con rapidez el humo, luego pega un trago corto—. Y luego se me aparece y me llama fracasado, hay que joderse.

—¿Y todo eso lo sabe sólo por esas visiones?

—No, ni mucho menos. Mi padre me contó toda esa historia, cada detalle. La visión se encargaba de escenificármela, con el añadido de llamarme fracasado. El viejo no conoció a mi padre ¿sabes? Cuando él partió a Europa mi abuela estaba embarazada de cuatro meses, y creo que está pagando ahora conmigo que entonces no pudiera conocer a su hijo. Tendrá idolatrado a mi padre, vete a saber. Ya no se me aparecen fantasmas, tío. Dejé de meterme mierda, pero los temblores vuelven a veces. Sin Larry no es lo mismo, a veces pienso que me metía porque él también lo hacía. Bah, no importa. No sé por qué demonios te estoy contando todo esto. Así que piensas que ya he bebido suficiente...

—¿Por qué no vuelve a casa?

Ya ha anochecido, el vehículo lleva más de una hora haciendo guardia frente al apartamento del escritor. Saben que no está en casa. Son las 19:35 cuando le ven llegar por la acera de la Calle 38 con una botella en una mano y un cigarrillo en la boca. Deben atraparle antes de que entre en el 331.

—Demos una vuelta —oye a su espalda mientras un tipo le agarra del brazo.

El escritor mira la mano que le acaba de presionar a la altura del bíceps y gira la cabeza con lentitud, perjudicado por el alcohol.

—Oh, eres tú, mi colega italiano.

—Adentro —dice haciéndole entrar en la parte trasera del vehículo, de forma precipitada y a empujones.

—¡Eyyy! Colega, cuidado con mi botella, es una edición Single Barrel. Un poco más de delicadeza ¿Dónde está su je...? Ah, está usted ahí delante, hoy le ha tocado conducir ¿eh? —dice cuando ve al tipo gordo al volante, ya dentro del vehículo—. ¿Dónde está el grandullón?

Consentini entra tras él, cierra la puerta y el vehículo se pone en marcha con intención de alejarse de las calles más transitadas.

—Un momento, un momento... ¿Adónde me llevan? Ya había llegado a mi

apartamento. No habrán decidido decorármelo de nuevo ¿no? He de decirles, ahora que ya vamos teniendo más confianza, que tienen un gusto pésimo para la decoración de interiores.

—Sabemos que tiene el dossier, Norton —dice Kauffman mientras toma una curva y enfila a toda prisa la Calle 39 dirección Oeste—. ¿Dónde está?

—¿Todavía está con eso? Ya se lo dije, no sé de qué dossier me habla. ¿Qué hace? ¿Por qué gira aquí? ¿Vamos a Hoboken?

—¿Por qué ha estado esta mañana en el Atlantic Bank? ¿Qué demonios ha estado haciendo allí? ¿Y qué hacía rondando el indio por los alrededores? Sé que ha accedido a las cajas.

—¿El indio? ¿Quién cojones es el indio? ¿Sabían que tuve visiones? Dejé de tomar aquella cosa y se fueron, mi abuelo se fue, pobre abuelo, murió en la gran guerra y nunca llegó a saber que después de aquella vino otra guerra aún mayor que la que el libró. Oiga, igual usted no me vio en ese banco, igual también tuvo una visión y vio a ese indio que dice en lugar de a mí ¿Quieren que les cuente la historia de mi abuelo?

Entonces el italiano se abalanza sobre Norton, le agarra por el cuello de la camisa y le golpea la cabeza contra una de las lunas de cristal. El escritor emite un quejido, cierra los ojos e intenta zafarse de las manos que le oprimen.

—Maldito borracho de mierda —le escupe en la cara con un marcado acento italiano.

—Ahora no —se oye desde la parte delantera del coche.

Consentini lo suelta y vuelve a sentarse frente al escritor.

—He leído su novela.

—Ah, perfecto, en ese caso ya sabrá que no hay nada en ella de lo que busca ¿no? Sería todo un detalle por su parte que me la devolviera, o envíela a mi editora, debe estar tirándose de los pelos.

—Si quiere puede recuperarla, Norton. Tráigame el dossier.

—Ya le he dicho que...

—Se casó, ha estado viviendo con esa mujer durante años —replica mientras sigue conduciendo y mirándole por el espejo retrovisor—. ¿Me está diciéndome que nunca le habló del maldito dossier?

—¿Dónde está Melissa?

—Deje de hacer preguntas y conteste.

El neoyorquino baja la vista y mira la etiqueta negra de la botella de whisky que le ha acompañado en el trayecto a casa desde el Village Vanguard. Por unos segundos permanece en silencio, oyendo el sonido del motor de

aquel vehículo que no sabe adónde le lleva. Y piensa que aunque su situación sea precaria podría abstraerse tanto de ella que incluso sería capaz de quedarse dormido allí sentado o, si tuviera la oportunidad, de teclear en su Underwood las últimas páginas que le faltan de su novela.

—Nunca me habló de él —dice en un susurro—. En todo este tiempo he pensado muchas veces que no conocía a Melissa y también que llegué a conocerla tanto que no me hacía falta saber nada más sobre ella. Ni donde había estado de vacaciones en el verano del 72, ni de qué forma solía cepillarse los dientes antes de venir a la cama, ni... Bueno, no sé.

El vehículo se detiene en una explanada solitaria junto al río Hudson. Consentini abre la puerta y empuja al escritor afuera, que cae de rodillas al asfalto. La botella de Jack Daniels tintinea sobre el suelo y da varias vueltas hasta que se detiene sin romperse. Norton gatea hasta ella y cuando va a recogerla recibe una patada en las costillas que le derrumba. Luego no tiene tiempo de incorporarse, sin verlos llegar los golpes le impactan en la cara, la espalda y los costados mientras se olvida de alcanzar la botella y se lleva las manos a la cabeza y al torso para protegerse.

Cuando los golpes cesan oye cómo una puerta se abre y el tipo gordo sale del vehículo, se acerca a él, se agacha y susurra:

—Mi tiempo se agota y odio tener que llegar a esto, pero si no tengo el dossier antes de medianoche... Dese por muerto.

Luego Kauffman se aparta, se echa las manos a los bolsillos, saca un mechero y un habano y lo enciende.

—Está bien —dice el escritor lamiéndose la sangre del labio y llevándose una mano al costado mientras mira a Consentini—. Le juro que no lo tengo conmigo, ni en mi apartamento, deme unas horas, yo le entrego lo que usted quiere... y usted... y usted me devuelve mi novela.

—Vayamos ahora a buscarlo.

—No lo entiende —explica incorporándose—. Su carpeta está en un lugar seguro. Necesito unas horas para recuperarla.

—Fijemos un punto de encuentro. Usted le entrega a Consentini el dossier y él le devolverá su manuscrito. ¿Conoce el cruce de la Calle 14 con la Décima Avenida?

—Sí.

—Bien, si sigue hacia el sur desde ese cruce verá que a la altura de la Calle Gansevoort, a orillas del río, hay un edificio de ladrillos —explica mientras pega una chupada al habano—, lo distinguirá porque es el único que

se alza en esa zona. Tiene una altura de cinco plantas, pero sólo una de ellas tiene ventanas, tras él hay una explanada. Espere allí a las once de la noche. Vaya solo. No le concederé ni un minuto más.

El escritor acaba poniéndose de pie sufriendo un repentino ataque de tos. Luego se lleva una mano al estómago mientras asiente con la cabeza indicando que acudirá a la cita. Kauffman le hace una señal al italiano para que se ponga al volante. Ambos entran en el vehículo, lo ponen en marcha y desaparecen.

—Enzo —dice desde la parte trasera del vehículo cuando ya se han alejado—, vayamos a la oficina, a ver si Strasser me ha dejado buenas noticias. Si es así... Esta noche, en cuanto este imbécil te dé la carpeta y compruebes que todo está correcto, ni te lo pienses, dos tiros en la cabeza y a la fundición.

—Sí, jefe.

Henry Norton deposita la botella de whisky en el suelo del vestíbulo y busca las llaves del apartamento en los bolsillos de su gabardina. Extrañado al palpar unos bultos indaga con torpeza y saca del interior de dos de los bolsillos los fajos de billetes que recuperó de la caja de seguridad.

—Demonios, me olvidaba de vosotros —dice devolviéndolos adonde estaban.

Al fin encuentra las llaves y abre la puerta, enciende la luz de la entrada y antes de cerrar oye la voz de su vecino a su espalda.

—¡Señor Norton! ¿Cómo está? Le estuve esperando en su apartamento tras hacer lo que me pidió, pero como no volvía decidí esperar su regreso en mi casa. Tengo que contarle que... Oiga ¿está bien? ¡Le sangra el labio!

—No te preocupes chico, no es nada —dice recogiendo la botella de whisky y pasando adentro—. ¿Aparcaste el chevy en el garaje?

—Sí, señor. Está todo tal y como usted ordenó, las llaves están ahí —dice apuntando al cajón del mueble—, pero... ¿qué le ha pasado?

—Es un poco largo de contar. Digamos que... mis amigos no me van a dejar en paz hasta que les entregue lo que me piden —explica tomando asiento y colocando la botella en el suelo.

—Entonces, señor Norton, hágalo y olvídese de este asunto. No he visto a esos tipos pero, sólo hay que ver lo que le han hecho para saber que no se van a andar con rodeos. Tenga cuidado, no haga ninguna locura porque no sé si lo que me ha encargado usted antes es...

—No te preocupes por eso, Tanaka. Necesito un poco de hielo para bajar esta hinchazón —indica llevándose la mano al labio.

—Yo se lo traeré —dice el japonés entrando en la cocina y abriendo la nevera—, usted siéntese y descanse. Por cierto, esta mañana me pudo el ansia de la espera y le metí mano a su refrigerador. Así que... digamos que le tomé prestada una bebida y algo de comer de la despensa, aunque no había mucho. Espero que no le importe.

—Claro que no.

—Y además encontré esta caja, que tiene una especie de ampolla dentro. Mola muchísimo —dice mientras vuelve a aparecer por el salón mostrando un

estuche metálico.

—¡Joder! Me había olvidado de la jeringa. Ni se te ocurra manipularla, déjala en su sitio ¿quieres? Debe ser muy peligrosa, se la quité hace tiempo a un tipo que quería matarme, seguro que contiene un líquido letal.

—Usted es la leche. En estos dos días le estoy conociendo más que en todos los años anteriores. Nunca me imaginé que su vida como escritor era así de peligrosa —exclama devolviendo la caja a la nevera y llevando hielo envuelto en un trapo de cocina.

—Yo tampoco.

—Aquí tiene el hielo. Llamó de nuevo su amiga, esa mujer de esta mañana, Louise creo que se llama ¿no? —continúa mientras el escritor se aplica el trapo frío en el labio—. Estaba desesperada porque usted no daba señales de vida. Decía no sé qué de una carpeta, de una llamada que usted debía hacer para llevar a cabo un plan. Como no sabía qué contarle la intenté calmar como pude y no le conté lo que usted me había ordenado, eso de ir a casa de su amigo Larry. Cuando volví me encontré su teléfono sonando de nuevo. Debía estar llamando durante mucho rato ¿sabe? Esta última vez estaba mucho más asustada que la primera. Dijo que el tipo gordo y el flacucho habían ido a su peluquería, pero que estuviera tranquilo porque ella no había soltado prenda. Llamaba para alertar de que esos tipos vendrían a buscarle. Luego me hizo anotar su teléfono para que usted la llamase en cuanto regresara. Dijo que no se iba a despegar del aparato. Lo tiene ahí —dijo señalando un trozo de papel del escritorio—, aunque me lo sé de memoria porque me lo hizo repetir varias veces.

Henry se levanta y se dirige al escritorio, antes de tomar el aparato y descolgar busca un cigarrillo, da con el último que le queda en uno de los bolsillos de su camisa. Lo enciende y da una calada. Su máquina de escribir le observa ávida de historias, como una montaña indestructible hecha de pequeñas piezas de hierro y acero. Toma el papel y entorna los ojos a causa del humo que desprende el Marlboro. Luego marca el número. Del otro lado descuelgan al primer tono.

—¿Sí?

—Hola.

—¡Señor Norton! Estábamos preocupadas por usted ¿Qué hay de lo que le dije? ¿Dónde se ha metido? ¿Vio como lo del disfraz fue buena idea? Esos tipos estuvieron aquí ¿sabe? —continúa sin dejar hablar al escritor—, el gordo y el italiano estirado del bigotito. Pero no se preocupe, el cuaderno está

a salvo. No soltamos prenda, querían saber sobre usted, por qué había ido al Atlantic Bank y qué nos había contado. Los largamos con la amenaza de llamar a la policía, por eso luego llamé a su casa preocupada y se lo conté a su vecino, ese chico con un nombre muy raro que cogió el teléfono.

—Louise, ¿ha leído usted el cuaderno?

—No. Bueno, no le mentiré. Le eché un vistazo ¿sabe? Abrí un poco la carpeta y eso de recetario en la portada del cuaderno hizo que me llamase la atención, creí que se trataba de un libro de cocina muy viejo y me pregunté: «¿Pero cómo va a armar tanto el gordo ese por unas recetas de cocina?», así que lo abrí y al ver unos signos un poco extraños, una serie de medidas e ingredientes más raros aún y leer que indicaba cómo elaborar algo en un laboratorio o no sé qué historias... Me dije que aquello era algo que se me escapaba de las manos, así que lo devolví a la carpeta y lo metí en la caja fuerte. Señor Norton ¿qué diantres hay en ese libro? ¿Y qué va a hacer ahora?

—No lo toque, por favor. Esos tipos me han amenazado con matarme si no les devuelvo el dossier.

—Hágalo entonces, señor Norton, o no le dejarán en paz.

Tanaka, que desde su posición ha estado oyendo cómo la voz de la peluquera rezuma del auricular, asiente animando a que el escritor ceda ante la petición de la mujer.

—Debo entregarlo esta noche, va a mandar al italiano.

—Muy bien, venga a por él y acabe con todo esto. Quizás así, además de recuperar su novela, también esté salvando la vida de su mujer.

Entre las calles Spruce y Beekman hay un edificio de acero y cristal de cinco plantas que pasa desapercibido entre la mole de gigantes que hay a su alrededor. La Compañía tiene muchos otros edificios en Nueva York pero sólo unas pocas personas saben que ese discreto inmueble sin vigilancia ubicado en la calle Gold también pertenece a la empresa. A partir de las nueve de la noche finaliza su actividad, pero ese día no es como otro cualquiera. Uno de los hombres de La Compañía ha encargado a dos de sus empleados que finalicen un trabajo y a la recepcionista que se mantenga en su puesto hasta nuevo aviso.

El hombre ya ha oído un mensaje que le dejaron grabado en el contestador hacía dos horas, uno que decía: «Jefe, no ha sido difícil dar con la

planta, y luego con el número. Simulé estar interesado en alquilar un apartamento. Pregunté a los vecinos, también al portero, y entre algún dato que me dio él y una vecina que salía del edificio averigüé que ya no había ningún piso disponible en este momento, pero que hacía poco más de una semana sí que se alquilaba uno, la agencia retiró el cartel de la ventana pero nunca han visto a los inquilinos. Debe ser ese, jefe. Intentaré averiguar algo más».

Ahora fuma un habano y espera en su despacho a que Strasser vuelva a llamar. Le ha pedido a Consentini que no se sobrepase con el escritor, que haga un trabajo rápido y limpio y que vuelva al despacho tan pronto tenga el dossier y se haya deshecho del cadáver de Norton. Queda poco tiempo. Nervioso, pulsa uno de los botones del intercomunicador que hay sobre la mesa y dice apuntando al auricular:

—¿Dorothy?

—¿Señor? —suena por el altavoz.

—¿Va todo bien ahí abajo?

—Perfectamente, señor.

—¿Queda alguien en el edificio?

—No, señor. La última en salir fue la señora Miller. Hace exactamente...

—mira el reloj— doce minutos.

—Bien, avíseme cuando llegue el señor Consentini y, aunque él sabe de sobra qué debe hacer, hágale subir de inmediato.

—Sí, señor Kauffman.

El gordo se lo había puesto claro: a las once en punto de la noche debía esperar en la explanada que hay tras el edificio de ladrillos cercano a Gasenvoort. El Chevrolet Impala Supersports hace acto de presencia en el lugar del encuentro y cubre los últimos metros del trayecto con las luces apagadas, el escritor detiene el motor y se baja con la carpeta en la mano. Se dirige a la parte trasera del vehículo, abre el maletero y la deposita en él, cerrándolo luego. Está justo en mitad de la explanada pero aún no hay nadie. Ni un solo vehículo. Mira su reloj, aún quedan diez minutos para las once en punto. Del edificio de ladrillos proviene un sonido continuo que a veces se hace estridente por unos segundos, es como el rugir de un engranaje de máquinas. De buena gana echaría otro trago pero se dejó la botella en el apartamento. Lo que sí puede es fumarse un cigarrillo, así que lo hace.

Apenas ha comido desde hace más de un día y ahora cree que no hubiera estado mal que Tanaka le hubiera traído una de esas enormes hamburguesas de Hooters. Empieza a caer una fina lluvia y piensa que aunque el aguacero más frío de toda la historia de Manhattan cayese sobre él no serviría para despejarle de la resaca de Jack Daniels que le martillea su cabeza.

Antes de salir se acordó de comprobar la carga del maletero. Todo parecía correcto. Su garaje es pequeño, un lugar sórdido con sólo dos bombillas para seis plazas de aparcamiento. Hacía tiempo que no entraba en él, hacía tiempo que no conducía el coche de Larry. Intenta montarse en él lo menos posible. Desde que se deshicieron de aquel cadáver, que resultó ser el hermano de Consentini, apenas lo condujo un par de veces, una de ellas fue la noche en que conoció a Hannah en el Village Vanguard.

Se levanta los cuellos de la gabardina en el momento en que un vehículo se acerca a baja velocidad desde el comienzo de la explanada. Está a unos doscientos metros. Es importante no hacer ningún movimiento brusco y aparentar que no está nervioso. Espera apoyado en la parte trasera del Chevrolet y con la lengua se relame la herida del labio, aunque ya está casi cerrada aún nota en su superficie el sabor metálico de la sangre. El vehículo apaga las luces y se detiene en paralelo. Se abre la puerta del conductor y de él sale el italiano, lleva un maletín en la mano.

Media hora antes del encuentro en Gasenvoort suena el teléfono del despacho.

—Sí —dice tras pulsar el botón del aparato que descuelga la llamada y activa el altavoz.

—Señor Kauffman, la tengo.

—¿Está hecho?

—Aún no. Llamaba para decirle que tengo la llave. Ya sabe, esos apartamentos de ricachones de Lincoln Square siempre tienen un pequeño cuarto en conserjería destinado al mantenimiento, y ahí suelen guardar copias de llaves. No siempre están todas pero... hemos tenido mucha suerte, jefe. Aproveché que el conserje repartía unas cartas que tenía pendientes para colarme y coger la llave del número 34.

—¿Y a qué esperas? ¡Pensé que ya tenías a la mujer!

—Le llamaré en cuanto tenga a la chica. Confíe en mí—dice antes de colgar.

—¿Dónde está? —pregunta el italiano.

—Empezaba a llover, así que lo metí en el maletero.

—Ábralo.

—¿Trae mi manuscrito?

—¿Es que no ve el maletín?

—¿Puedo ver mi manuscrito?

—¿Puede enseñarme primero el dossier?

—Está bien.

El escritor introduce la llave en la cerradura y abre el maletero.

—Más despacio —le advierte Consentini.

Henry introduce una mano en la parte trasera del vehículo, extrae una carpeta marrón y la muestra en alto.

—Tenga —dice avanzando un paso y tendiéndosela—. Guárdelo o se empapará.

El italiano suelta el maletín en el suelo y toma la carpeta, retira el cierre y observa su contenido.

—¿Pero qué...? ¿Qué es esto, Norton? —pregunta al comprobar que en su

interior hay papeles en blanco— ¿Qué cojones signifi...?

Luego enmudece. Todo ha ocurrido muy rápido. Mientras el italiano abría la carpeta para comprobar el dossier el escritor ha cogido del maletero un arma con el cañón recortado y ahora le apunta directamente al pecho.

—No se mueva. Ni siquiera respire. Esta es Greta. Si hace un solo movimiento le aseguro que no saldrá de esta. Ahora va a decirme dónde está su jefe —recita de seguido y con una tranquilidad pasmosa, como si lo hubiera visto en una película de cine negro y lo hubiera ensayado cientos de veces ante el espejo.

—¡No haga tonterías! ¡¿Dónde está el jodido dossier, Norton?! —grita con su acento italiano, fuera de sí y con la carpeta abierta en la mano.

—¿Cómo cojones se llama el gordo? Deme la dirección —pide tratando de disimular un leve temblor de indecisión en su voz.

Entonces todo ocurre en un segundo, el italiano lanza el contenido de la carpeta contra Norton y se abalanza a por él. El escritor retrocede agarrando con más fuerza la lupara y se oye un disparo, suena como el descorche de una botella del mejor champagne. Su indecisión e inexperiencia ha provocado que al apretar la empuñadura también haya presionado el gatillo. El retroceso del arma hace que la culata golpee con ímpetu en el pecho del neoyorquino, que sigue retrocediendo de espaldas para que Consentini no le dé alcance. No lo hará. En los segundos posteriores al disparo no se oye nada, tan sólo los folios en blanco aleteando entre los dos hombres, como pájaros que intentan levantar el vuelo. Luego se oyen varios gritos, cada uno más alto que el anterior. Consentini está tirado en el suelo con ambas manos ejerciendo presión sobre uno de los lados de su cabeza.

—¡Porco cane! ¡Ma vai a quel paese! ¡Figlio di puttana! ¡Ma vai a quel paese! —grita como un condenado—. ¡No oigo, no oigo nada!

La lluvia sigue cayendo, pero sigue siendo una lluvia fina, como la humedad concentrada y ligera de una niebla espesa. Norton le mira asustado, aunque creía que el seguro estaba puesto y no haya sido su intención dispararle... ahora no puede venirse abajo. Tiene que pensar con rapidez y debe aparentar la solidez y la entereza de todos los edificios juntos de la ciudad. De modo que mira alrededor para asegurarse de que no hay nadie en la explanada y avanza hacia el italiano, que sigue retorciéndose de dolor sobre el asfalto.

—¡Ya te lo advertí! ¿Cómo se llama tu jefe? ¿Dónde está? —pregunta apuntándole y pisándole la cabeza—. No te lo voy a repetir más.

Consentini levanta la vista jadeando y con la boca abierta sin dejar de apretarse el lado de la cara. La propagación de los perdigones del disparo le ha arrancado una oreja, ha sido un verdadero milagro que no le haya volado la cara.

—Hendrick Kauffman.

—¿Dónde está ahora?

—Maldito... Voy a matarte... —amenaza ahogando otro grito de dolor con media cabeza ensangrentada.

—Oh, vamos. No digas tonterías. No tengo toda la noche... ¡La dirección! —dice poniéndole la punta del cañón en la cara.

—Calle Gold, número 83.

—¿Vive ahí?

—No. Es un edificio de...

—¿De quién?

—... de La Compañía.

Norton toma aire con fuerza y masculla algo ininteligible. Luego prosigue.

—¿Está solo?

—Sí —susurra.

—¡No te oigo! ¿Está solo?

—¡Sí, maldito seas! ¡¡Sí!! —afirma cerrando los ojos y reprimiendo el llanto, tal vez esperando el disparo definitivo.

—No te muevas. No te preocupes, no creo que un cerdo hijo de puta como tú se desangre por perder una oreja.

El escritor registra los bolsillos del abrigo del italiano y encuentra un pequeño revólver y una cartera. Tira esta última al suelo y se mete el arma en su gabardina.

—Las llaves del coche ¿las has dejado puestas?

—Sí.

Sin perder de vista a Consentini se cambia de mano la recortada y comprueba el interior del coche. Coge las llaves del contacto y se las guarda. Luego le ordena que abra el maletín que contiene su novela y que saque el manuscrito. El italiano lo hace, está vacío.

—¡Joder!

—Puedo explicarlo, yo...

—¡Hijos de puta! ¡No te muevas! ¡Sigue tumbado en el suelo! ¡Malditos hijos de puta!... A ver... Tu jefe, el puto gordo... ¿Tiene la novela en la

dirección que me has dado?

—No lo sé.

—¿La tiene?! —grita fuera de sí y hundiendo con fuerza la punta del cañón de la lupara en la cara de Consentini.

—¡No lo sé! ¡No lo sé! —exclama antes de ser interrumpido por un ataque de tos.

Henry coge más cartuchos de la recortada del maletero y se los echa en los bolsillos, luego lo cierra, se sube al Chevrolet, lo arranca, baja la ventanilla y, antes de ponerse en marcha conduciendo más nervioso de lo que nunca ha estado, dice:

—Te harías un gran favor desapareciendo de la ciudad, y más le vale a tu jefe devolverme mi puñetera novela.

La suave lluvia se convierte en torrencial cuando el vehículo abandona la explanada y se incorpora a la Calle West, en paralelo a la Décima Avenida. El escritor pone en marcha el limpiaparabrisas y conduce lo más rápido que la lluvia le permite. Ese coche del 65 era el que Larry había heredado de su hermano. Una semana después de comprarlo su amigo lo encontró muerto en la parte trasera. «Sobredosis» dijeron. Larry acababa de cumplir 20 años por aquel entonces y conociendo la pasión que su hermano tenía por ese modelo del Impala decidió quedarse con el vehículo y cuidarlo tal y como lo habría hecho él.

Ahora sólo tiene que tomar el desvío de la Calle Warren, luego bajar por Broadway unos 250 metros y hacer un giro en Park Row. Efectúa todas esas maniobras al volante con una precisión de relojero, no en vano conoce cada una de esas calles del bajo Manhattan. Tiene la Calle Spruce ante él, sólo le queda un giro a la derecha y habrá llegado al 83 de la Calle Gold. El puente de Brooklyn, testigo mudo de muchas de sus juergas, parece ahora reírse de él en la distancia. El escritor para el coche justo delante del edificio. Desde fuera parece ser un discreto edificio de oficinas entre toda aquella mole de hormigón, cristal y acero que le da forma a la ciudad. Contrario a lo que pensaba, no hay ningún distintivo de La Compañía en la fachada y piensa que es posible que Consentini le haya mentido. Sobre la puerta de entrada hay una banda de lona de color rojo que cubre el ancho del edificio con un lema impreso en blanco que dice: «Cosas increíbles están sucediendo aquí».

Norton se lleva una mano al pecho, aún se siente un poco dolorido por el golpe que se ha llevado debido al retroceso del disparo. Toma aire y sale del Chevrolet, la lluvia comienza a empaparle al instante, entra en el edificio por la puerta principal, empuñando la lupara en la mano, y se dirige al mostrador de recepción que hay en el vestíbulo. Una chica, al verlo, alarga el brazo para descolgar un teléfono, Henry la detiene.

—Hola encanto —saluda apoyando el arma en el mostrador, sin soltarla—. Igual esperabas a un tipo con bigotito y abrigo. No va a venir, está ocupado, pero he venido yo. No sé si te parezco igual de guapo. Yo no tengo acento italiano, pero tendrás que conformarte conmigo ¿Dónde está? —pregunta

inclinándose sobre la mesa.

—Disculpe, pero... No sé de quién me habla.

—De un tipo gordo, trajeado, con mucha grasa en el pelo y cara de pocos amigos ¿Dónde está el señor...?

—Lo siento, yo...

—No tengo tiempo para esto ¿Me oyes? —señala desviando la vista al arma.

—Kauffman —suelta la recepcionista llevándose las manos a la boca, mostrándose temerosa.

—Ah, sí. Cierto, Kauffman —repite Norton.

Ella asiente.

—Muy bien, si es el mismo gordo que se unta el pelo con esa mierda... es el que busco. Está por ahí arriba, esperando a mi amigo italiano ¿verdad?

—No lo sé —dice asustada mirando la escopeta.

—Muy bien —sigue el escritor, fijándose ahora en una placa que la chica lleva colgada de la camisa—. Señorita... Dorothy. Dorothy Brown. Ah, es un nombre muy bonito. Yo tenía una tía que se llamaba como usted. Murió ¿sabe? Muerte natural dijeron. Hoy en día ya es raro que la gente muera así. Hay... cosas, cosas que se encargan de matarnos sigilosamente —suelta en un susurro acercándose al rostro de la chica—. En fin, dígame, Dorothy... ¿En qué despacho está Kauffman?

—No lo sé —repite la recepcionista mientras se lleva las manos a la cara.

—Oh, vamos. No me hará encañonarle con mi amiga ¿verdad?

—Por favor, tranquilícese. No sé quién es usted. Mire, yo...

—No me entiende, Dorothy. No quiero hacerle ningún daño, ni a usted ni a nadie. Sólo le he preguntado dónde está para no tener que recorrerme todas las plantas de este maldito edificio. Dígame y le prometo que no usaré a mi amiga la del cañón recortado. Soy escritor, dicen que nunca te puedes fiar de un escritor porque somos todos unos putos mentirosos, pero esta noche estoy haciendo muchas excepciones y, créame, ésta es una de ellas.

—Está bien, está bien... Planta quinta, despacho número tres.

—Gracias. Ah, y no llame a la policía, porque si lo hace... Si lo hace entonces sí que descargaré a mi amiga en la cara de ese cerdo.

Luego se apoya la escopeta al hombro y avanza hacia el ascensor. Pulsa el botón de llamada y espera a que se abra la puerta mientras echa una última ojeada a la recepción. Dorothy le mira petrificada, en estado de alerta. La suya es una imagen congelada, como la de un corredor que espera el pistoletazo de

salida en una final de los cien metros lisos. Una campanilla suena y las puertas se abren. El escritor le ha puesto el seguro al arma antes de salir del coche, no quiere que sus nervios le traicionen y llevarse otro susto como el de hace media hora. Entra en el ascensor y pulsa el botón de la quinta planta. En el interior suena una música, proviene de un altavoz oculto en la parte superior. Resopla asqueado al reconocer al instante la famosa sintonía que La Compañía usa en los spots publicitarios de su bebida estrella. El ascensor se para, suena de nuevo el aviso sonoro y las puertas se abren. Camina por un pasillo enmoquetado de color rojo y lee los letreros de las puertas. Pronto da con uno donde se puede leer: «Nº 3. H. Kauffman».

Sin demorarse un segundo más abre la puerta y comienza a caminar hasta el final del despacho, donde hay una mesa iluminada por la bombilla de un flexo y tras ella un ventanal que ofrece una vista nocturna espléndida del puente de Brooklyn. Es una sala amplia y no se detiene a reparar en el mobiliario que hay en ella, tampoco le interesa. Sólo distingue entre la penumbra la figura gruesa del tipo que le ha metido en todo este lío. En estos momentos él es su único objetivo: Kauffman. Él y recuperar su novela. Sobre la mesa se amontonan carpetas y documentos. Desde que ha entrado en el despacho el tipo ha estado hablando por el intercomunicador que hay en el lado izquierdo de la mesa.

—Le digo que no se preocupe Dorothy —dice por el interfono a la secretaria de recepción—. Está todo controlado. Permanezca en su sitio y no llame a la policía, por favor. Le he dicho que no se preocupe.

Henry llega a oír cómo la vocecita de la recepcionista, en un estado de alteración evidente, intenta rebatir lo que le ha ordenado su jefe, pero éste le corta de nuevo:

—Gracias, Dorothy. Adiós, adiós... —dice antes de soltar el botón del aparato y cortar la comunicación.

El escritor se detiene delante de la mesa.

—Una buena chica esa recepcionista. Bonitas vistas —suelta levantando la barbilla hacia el ventanal que Kauffman tiene detrás—. Supongo que estará un poco... sorprendido.

—¿Qué ha hecho con Consentini? —pregunta sin mostrar el más mínimo atisbo de nerviosismo.

—Creo que dijo algo de ir a ver a su otorrino. De urgencia —añade tras una breve pausa.

Luego se miran en silencio. El tipo gordo alarga la mano hacia un lado de

la mesa y Norton le apunta con la recortada.

—No se preocupe. Voy a coger un puro —dice—. ¿Ve? Dejé la caja enterrada bajo todo este montón de papeles.

Aparta unos documentos y con una lentitud exasperante abre la tapa de la caja y coge un habano.

—¿Quiere uno?

—Sólo fumo con amigos —dice el escritor.

—¿Está seguro? Nunca probará uno como estos. Llegaron ayer desde La Habana. Hechos a mano, por supuesto. Esos comunistas tienen esclavizados a los niños —suelta mientras lo pasea bajo su nariz de una punta a la otra, aspirando el aroma—. Mmm... exquisito, como si lo hubiera enrollado el mismísimo Fidel.

Norton espera a que el tipo se encienda el puro y dé varias caladas rápidas mientras se echa sobre el respaldo del sillón.

—¿En qué montón de éstos está mi novela? —pregunta paseando el cañón de la recortada por la mesa.

—Supongo que, dadas las circunstancias, es inútil que siga ocultando la ubicación de su novela, o que le mienta y le diga que no está en esta habitación.

—Es evidente.

—Por supuesto, más tarde o más temprano la encontraría —dice soltando el humo—. De modo que le ahorraré el trabajo y evitaré que mi despacho acabe como el maldito estado de Alaska tras el terremoto. Está bajo esas dos carpetas, las que hay junto al flexo.

El escritor las aparta y reconoce en el montón de folios la letra mecanografiada de su Underwood. Con una mano hace un barrido rápido, hojeando, hasta llegar a la última página, donde está la frase que dejó incompleta debido a la inoportuna llamada telefónica.

suprimiendo todo espec

Y siente aquella frase como un precipicio insalvable, como el borde de una grieta enorme que se ha abierto rompiendo en dos Park Avenue. Esa frase incompleta es una puerta al otro lado. Esa frase es, a la vez, su añorado destino y su escuálido infierno.

—No se preocupe, están todas las páginas. Es muy buena, Norton. Lástima que no pueda acabarla.

—Muy bien, y ahora... ¿Dónde está mi mujer?

—No lo sé, dígamelo usted. Ya tiene su novela... ¿no cree que debería devolverme el dossier?

—No hasta que me diga dónde está Melissa ¡Telefoneó y me dijo que estaba viva!

El tipo se pone de pie, apoya un puño sobre la mesa y se reclina sobre ella, hacia adelante, en actitud de amenaza y mirando al escritor a la cara. Parece no importarle que Norton le encañone. Comienza a hablar mientras gesticula de forma enérgica con la mano con la que sujeta el habano.

—¡Escúcheme bien, Norton! ¡No tengo la más remota idea de dónde está su mujer! ¡Ya tiene su jodida novela! ¡Devuélvame el maldito recetario! ¡Devuélvame antes de que sea demasiado tarde!

El escritor aferra la escopeta con ambas manos, empuñándola con fuerza, tratando de evitar los temblores de sus dedos, repitiéndose para sí mismo, en su cabeza, que tiene a Greta en sus manos, que tiene el arma de Larry y que está seguro con ella. Nota todo su peso y la potencia destructiva de la que es capaz de hacer alarde y sabe que puede matar a aquel hombre con tan sólo apuntarle al pecho, quitar el seguro y apretar el gatillo.

—¿No cree que debería conservar la calma, Kauffman? Ahora soy yo quien tiene un arma y todo el tiempo del mundo para que me explique por qué estoy aquí y qué cojones tiene que ver mi mujer en toda esta mierda de lío que se trae entre manos usted y La Compañía.

El tipo gordo se recompone, ríe nervioso durante unos segundos y vuelve a echarse en el sillón dando otra calada. Luego mira a Norton con los ojos entornados, a través de la nube de humo.

—Está bien. Si ha matado a Consentini se ha metido usted en un buen lío. Y si no lo ha matado... también. Algún día lamentará no haberlo hecho. No sé si podré calmar su furia ¿sabe? Trataré de explicarle todo este entuerto. Pero hay muchas cosas que no le van a gustar.

Se remueve en el sillón y el respaldo cruje como los huesos de un animal moribundo.

—Ha visto Precious ¿verdad? Claro que sí, y también ha hablado con las chicas. Bien, probablemente ya sepa varias cosas de lo que voy a contarle. Hace seis años yo pasaba por Nueva York en viaje de negocios y me detuve en el local. Ya sabe, sería absurdo explicarle para qué. Me gustó esa chica cuando la vi, Jennifer. No era como las demás, no tenía pinta de trabajar allí. De modo que pagué y pasamos a una habitación. No tardé en salir, un mensaje en mi busca me alertó de que debía continuar con mi viaje a toda prisa. Así

que me fui. Fue media hora más tarde, casi cuando había llegado a mi destino, cuando me di cuenta de que no tenía mi maletín. Casi me da un infarto —hace una pausa y da una chupada al habano, luego sigue—. Creí haberlo dejado en la parte trasera del coche de La Compañía, pero allí no había nada. Recordé que lo había llevado conmigo, lo llevaba encima cuando entré en el burdel. Así que volví a por él y puse el lugar patas arriba. Aquellas mujeres no sabían nada de ningún maletín, de modo que les pregunté por la chica de veintitantos años. No sabían donde vivía, ni a qué se dedicaba, ni tampoco su verdadero nombre. Había salido por la puerta con sus cosas y se había esfumado.

El escritor permanece en silencio, oculto en la penumbra que toma forma allá donde la fuerza de la luz de la lámpara no llega, observándole enmarcado en aquel incomparable paisaje nocturno que se cuele por la ventana.

—Me volví loco buscándola durante meses. Ya debe saber por qué, Norton. No me pregunte la razón pero cuando le miré a la cara esta tarde supe que usted ya sabía de la existencia del recetario y que lo había leído, que su curiosidad le había llevado a descubrir el secreto de La Compañía, como la curiosidad de su mujer le llevó a descubrirlo hace años —culmina haciendo una pausa y tomando aire hasta llenar sus pulmones—. Pedí mi traslado a Nueva York. Pasaba el tiempo y no ocurría nada, peiné el estado entero buscándola, ni siquiera sabía su nombre, ni tenía una fotografía ¿Quién demonios tiene una fotografía de una tía a la que acaba de ver unos minutos para follar? ¡Nadie! Pasaban los meses y ningún secreto salía a la luz, ni un solo atisbo de que los documentos habían sido revelados. Comencé a pensar que, por miedo, la chica había destruido el recetario, o que incluso ni lo había leído ¿sabe? Llegué a repetírmelo miles de veces, desde que me despertaba hasta que cada noche ponía la cabeza en la puta almohada, que no lo había leído o que no sabría de qué se trataba. Hasta que casi dos años después de aquel suceso comencé a dejar de temer. Todo parecía estar bien. La Compañía seguía adelante, los ingresos y las ventas se habían disparado, todo iba viento en popa, los productos de la competencia no se acercaban ni por asomo al éxito que cosechaban los de La Compañía. Hasta que un buen día, señor Norton, cuando ya no buscaba a la chica... di con ella.

El escritor se lleva una mano al labio magullado y mueve un poco la cabeza, como buscando un lugar donde ponerse cómodo. Justo a su lado hay una silla, pero decide permanecer de pie.

—Siga.

—Fue por casualidad. Dos años más tarde de haber perdido el maletín yo

me alojaba por un asunto de negocios en el Waldorf Astoria, en Park Avenue, y aquella tarde había una presentación de una novela ¿le va sonando el asunto, Norton? —pregunta mirándole fijamente. El escritor clava la vista en la mesa, recordando—. *Puñales dorados para las putas de Bushwick*. Sí, señor Norton, sí. Usted presentaba aquella tarde del mes de enero del 77 su segunda novela.

—Lo recuerdo, sí.

—Salía del Waldorf cuando me detuve a leer el cartel de la puerta —continúa Kauffman—, que decía algo así como: «Harper&Sons le invita a la presentación de la segunda novela del aclamado escritor y periodista Henry Norton». No sé por qué me detuve, la verdad, creo que fue porque el cartel ocupaba parte de la acera y estaba en mitad de mi camino. En ese momento llegó un taxi, bajó usted de él y un fotógrafo que esperaba en la puerta del hotel se acercó para hacerle una foto. Justo cuando iba a esquivarles oí cómo usted decía algo así como: «Espere, espere, sáquenos otra». Y entonces escuché su voz, la de su mujer, que acababa de salir del taxi y decía: «Eso, sáqueme una con mi marido, por favor».

Henry Norton cierra los ojos por un segundo, recuerda ese momento en que Melissa le agarró del brazo y posó para la foto, recuerda ese día y aquella tarde como una de las más felices de su vida, cuando todo parecía brillar con otra luz. Eran buenos tiempos.

—Aquella tarde su mujer llevaba el pelo de otro color al día en que la conocí en Harlem, también se había hecho otro peinado y vestía de forma distinta, con más... clase. Pero no me cabía duda de que era ella, Jennifer. Mejor vestida pero sus mismos ojos, la misma boca. Imagínese mi sorpresa, Norton. Me quedé pasmado y sin capacidad de reacción. Creo que por eso mismo, porque estaba paralizado, pude conservar la calma en los momentos posteriores y no abalanzarme directamente sobre su mujer. No sabía su nombre pero eso entonces era lo de menos, la tenía a ella porque le tenía a usted, un escritor que acababa de cosechar su segundo gran éxito. Y teniéndole a usted llegar a su mujer era pan comido. Sólo cuestión de tiempo.

Luego hace una pausa y da una nueva calada al puro. El escritor retrocede un paso y, ahora sí, toma asiento en la silla que hay frente a la mesa.

—Continúe.

—Voy a echarme una copa ¿Quiere una? —dice levantándose y caminando hasta el mueble bar. Norton acompaña el movimiento de Kauffman apuntándole con la lupara.

—Yo sólo bebo con amigos.

El gordo coge una botella de whisky y pone hielo en un vaso. Con cierta dificultad retira el sello del tapón, la abre y se sirve. Luego la coloca a la luz del flexo. El neoyorquino se fija en ella, es un Jack Daniels, aunque la forma de la botella es distinta, más alta y estilizada de lo normal, y el whisky aparenta un color ámbar más oscuro. En la etiqueta, bajo el nombre de la marca, hay un añadido en relieve de letras doradas que dice «Sinatra Select», seguido de «7/12» escrito a mano en tinta negra.

—Es una edición numerada que no salió a la venta. Un amigo me consiguió una de ellas. Sólo hay doce ¿sabe? —dice mientras saborea un trago corto. Luego prosigue—. Bien, volviendo a lo que le contaba. Tenía que ir con mucha cautela, no me fue difícil dar con la dirección dónde vivían, dónde trabajaba usted, qué hacía su esposa o las tiendas que solía frecuentar. Pronto averigüé su verdadero nombre, Melissa, y su apellido de soltera, Davenport. Vigilamos su apartamento las veinticuatro horas, llegué a saber lo que comían y lo que tiraban a la basura. Leí sus dos novelas, los artículos que había escrito en los últimos años, incluso los deportivos, señor Norton. No encontré el menor indicio de que conociera el contenido del dossier. Hasta que un día, en lugar de enviar a los hermanos Consentini o a Strasser, decidí acercarme a su calle para hacer turno de vigilancia por mí mismo.

Kauffman hace una pausa, bebe del vaso y vuelve a darle una calada al habano. Norton alarga el brazo, coge la botella de Jack Daniels y pega un trago.

—Tiene un toque de vainilla único ¿eh? —formula Kauffman sin esperar respuesta del escritor.

—¿Qué ocurrió aquel día? —pregunta Henry mientras se recrea en el sabor.

—Me topé con ella. Fue un despiste colosal por mi parte. Yo me apeaba del coche cuando una mujer llegaba desde atrás con una bolsa de la compra a rebosar. Unas naranjas rodaron hasta mis pies y la mujer se acercó a recogerlas. Luego sonrió, se disculpó mientras se agachaba y me miró a los ojos al incorporarse, creo que fue sólo un segundo, suficiente como para darme cuenta de que era ella. Aparté la mirada. Su mujer acabó de recoger las piezas de fruta y las devolvió a la bolsa de papel, yo me quedé tieso como una vela junto al vehículo, me había dado la vuelta y estaba de espaldas a ella. Entonces prosiguió su marcha, cruzó la calle y subió el peldaño de la acera hasta el portal que conducía a su apartamento, para entonces yo ya había

vuelto a entrar en el vehículo y la observaba en la distancia. Y entonces ocurrió. Introdujo la llave en el portón, la giró y abrió, pero antes de entrar se volvió hacia el vehículo para echar un último vistazo. Se me quedó mirando, Norton. Nuestras miradas se cruzaron y las sostuvimos durante unos segundos. Luego empujó la puerta con fuerza y desapareció a toda prisa. Me había descubierto. Me recordaba, y lo que fue peor para mí: su actitud me hizo ver que conocía el contenido del dossier —culmina dando un nuevo sorbo al vaso.

—Entonces... Atrapó a Melissa ¿Dónde la tiene? —pregunta el escritor levantándose y encañonándole de nuevo.

—No, Norton. No la atrapé, se desvaneció de nuevo. Desapareció para usted, pero también para mí. No sé cómo lo hizo pero le perdí el rastro por completo. De modo que opté por seguir vigilándole a usted y por seguir las noticias que publicaba la prensa o daban por la televisión: «Mujer desaparecida», «Se investiga la desaparición de la esposa del conocido escritor neoyorquino Henry Norton», «Se rumorea que la esposa del escritor huyó con el dinero de éste», «No hay nota pidiendo un rescate, la policía descarta el secuestro»... Bueno, ya conoce la historia —dice moviéndose incómodo en el sillón—. Comencé a dudar. A veces creía que usted sabía todo, que su mujer le había confesado lo del dossier. Otras veces me repetía una y otra vez que no, que usted había permanecido ajeno al documento. Creo que finalmente ella le mantuvo al margen, por eso se fue, para protegerle, Norton. Ahora tiene sentido, pero entonces no. Compréndalo, no podía arriesgarme, estaba cada vez más nervioso y tenía que seguir haciendo averiguaciones. De nuevo tuve que poner patas arriba toda Nueva York, además de toda su vida, Norton.

—¿Por qué ese interés en que no acabase mi novela? —pregunta el escritor calmándose y echando otro trago de la botella.

—Las veces en que estaba convencido de que usted conocía el dossier yo imaginaba que lo tomaría como un gran argumento o una pieza esencial para ponerlo en un libro y, sin duda, lo encumbraría al éxito que obtuvo, recuperaría ese *boom* que fue apagándose tras la publicación de su segunda novela. Usted sabría cómo crear una historia alrededor del documento y así, de forma indirecta, darlo a conocer. Imagínese lo que hubiera provocado eso, Norton. Hubiera sido mi final y la destrucción de La Compañía ¿entiende? Por eso tenía que evitar que usted acabase la novela, por si, fiel a su estilo, había decidido poner una bomba de esa magnitud en su próximo libro y no darlo a conocer en un artículo periodístico, por ejemplo. Por eso seguí vigilándole

durante estos cuatro años. Cuando supe, meses después de la desaparición de su mujer, que había dejado de escribir y a empezar a meterse aquella mierda con su amigo Larry... pensé que no sabría nada del documento, pero hace meses, cuando decidió encerrarse para acabar la novela, volví a dudar. Por eso tenía que trazar un plan —culmina clavando la mirada en un punto vacío de la mesa.

—¿Un plan? ¿Y qué hizo? ¿Llamó a mi apartamento la otra noche para decirme que mi mujer estaba viva, sólo para sacarme de allí y destrozar mi apartamento para ver si tenía su maldito recetario?

—No, eso es lo que ocurrió la otra noche. Meses antes de aquello intenté eliminarle. Le encargué a uno de mis chicos que lo hiciera, quise acabar con usted de un plumazo al enterarme que estaba volviendo a releer el manuscrito de su tercera novela para retomarla. Me convencí de que estaba decidido a ponerle fin y publicarla, y que contaría los secretos que guarda el recetario. Mi cabeza estaba hecha un lío, pero si conseguía que su muerte pareciese un accidente, como una parada cardíaca por una sobredosis, por ejemplo, ni su mujer, allá donde estuviera, ni nadie sospecharía, pero en ambas ocasiones salió mal.

—¿En ambas? Pero qué demonios...

—Carlo, el hermano de Consentini, siempre quiso demostrar su valía y Enzo quería hacerle un hueco en los negocios, ya sabe a qué me refiero, pero el chico era un completo inútil. Aun así le di una oportunidad. Le di instrucciones para que le eliminase, se las repetimos una decena de veces, él sólo tenía que colarse en la casa que su amigo tenía en Staten Island cuando diera una de sus fiestas. Y eso hizo, no era difícil hacerlo con toda la gente que pululaba por la casa, pero una vez allí, en lugar de ir a por usted en aquella fiesta que su amigo dio en septiembre del año pasado, mató a aquel pianista.

—¡Dios mío...! ¡Matasteis a Bill Evans!

—Fue un accidente. Le dijimos a Carlo que no bebiera demasiado, que buscara la forma de permanecer sobrio hasta que usted estuviera dormido, tumbado en el jardín o en un sofá... En definitiva, sólo tenía que esperar a que nadie le viese para inyectarle aquel potente veneno fabricado por La Compañía y salir de allí. Una autopsia no revelaría nada anormal, además estaría usted de alcohol y coca hasta arriba... pero ya ve. Carlo no nos hizo caso, le gustaba beber, se pasó de la cuenta y se equivocó de persona.

—Joder, Bill Evans... —volvió a lamentarse Norton sin poder dar crédito y tomando un nuevo trago de la botella de whisky—. Pero entonces, a Carlo lo

encontramos...

—Sí, muerto. En septiembre fue su primer intento, el segundo y último fue cuando lo encontraron. Su amigo volvía a dar una fiesta dos meses después, en noviembre. Esta vez no debía fallar, pero desconocemos lo que ocurrió adentro. El imbécil no salió vivo de la fiesta. Aquella vez, además de enseñarle fotos de usted le dimos una para que la llevara encima, por si en algún momento tenía que salir de dudas. Ya ve, no sé cómo me dejé convencer por Enzo para que su hermano hiciera el trabajo. Strasser estaba tan harto de este asunto que era más partidario de secuestrarle a usted cuando anduviera borracho por la Quinta Avenida y tirarle al río Hudson.

Norton se lleva la mano a la herida del labio, Kauffman toma un trago del vaso, emite un chasquido en señal de aprobación al saborear el Jack Daniels y sigue hablando:

—No podíamos entrar en la casa de su amigo, el sistema de alarma que tenía instalado y que activaba al anochecer y cada vez que se marchaba nos lo impedía, y no queríamos levantar la más mínima sospecha. No supimos nada más de Carlo hasta que un par de semanas más tarde hablamos con su amigo, el drogata.

—¿Hablaron con Larry?

—Sí, Norton, fuimos a verle a su casa de Staten Island.

—Dios mío... Larry —dice Norton mientras suelta la botella en la mesa y se echa atrás en la silla agarrando la escopeta con ambas manos.

Kauffman le mira nervioso y prosigue:

—Habían transcurrido apenas dos semanas de la última fiesta. Aquella noche de diciembre, cuando fuimos a ver a su amigo... —se detiene, como intentando encontrar las palabras adecuadas, o quizás no queriendo continuar—. Bueno, verá...

—Dios mío, Larry... —se lamenta el escritor—. ¿Qué va a contarme?

—Encontramos a su amigo borracho, o drogado, yo que sé. Antes de entrar nos aseguramos de que no hubiese nadie más en la casa. Y ya sabe usted lo difícil que es eso tratándose de la casa de su amigo, donde siempre acudían visitas. Nos mantuvimos un día completo ante la puerta, hasta que cayó la noche y decidimos llamar. En cuanto se asomó a la puerta le empujamos adentro. Strasser le agarró por el cuello y tras varias preguntas no tardó en largarnos lo que yo ya sospechaba. Iba usted a escribir algo en su tercera novela, algo que no tenía que ver con las dos primeras pero que enlazaría las historias a la perfección. Eso nos dijo su amigo.

Henry recordó aquella conversación que una vez tuvo con Larry. Su amigo le habló de una chica morena inalcanzable que vio en la heladería y luego él, sin venir a cuento, le había revelado que en su tercera novela pondría un nexo, un enlace, que uniría de forma magistral las historias de las tres en una sola, pero jamás le contó cuál era ese nexo de unión.

—¡Eso, eso no tenía nada que ver con su maldito dossier! —gritó.

—Lo sé, ahora que he leído su novela lo sé, pero... Entiéndalo, Norton, cuando él me dijo aquello pensé que tenía que ser la receta, tenía que ser el contenido del dossier. ¡Eso pensé, joder! Como comprenderá... no podía dejar que su amigo le alertase, Norton.

—¡Qué estás contándome, hijo de puta! —exclama poniéndose de pie y empuñando con fuerza la recortada.

—¡Tranquilícese, Norton! Baje eso y siéntese. Sabe que no va a conseguir nada si aprieta ese gatillo. Las cosas que han pasado ya no se pueden cambiar. No acabe aquí con esto. Quería escuchar toda la historia y eso estoy haciendo, revelándosela tal y como ocurrió.

Hay un silencio, Kauffman toma un sorbo minúsculo de su vaso sin dejar de mirar al escritor. Norton coge la botella de whisky, bebe un trago largo y se sienta. Luego se maldice en silencio, es la primera vez que ha caído, es la primera vez que está bebiendo con un enemigo, y no uno cualquiera, sino el mayor. En su trayecto hasta convertirse en novelista ha tenido que beber con muchos indeseables, eso nunca lo olvida, pero jamás con uno como Hendrick Kauffman, que ahora no le quita ojo desde el otro lado de la mesa. Pasa un minuto, tal vez dos, el tipo gordo pega otro trago y, cuando parece estar seguro de que los ritmos de sus respiraciones han vuelto a sus cauces, continúa.

—Durante el interrogatorio Enzo le mostró a su amigo una foto de su hermano Carlo, le preguntó insistentemente si lo conocía, si lo había visto en sus fiestas. Su amigo no tardó en contarnos lo que habían hecho ambos con el cadáver de Carlo, pero juraba una y otra vez que no lo habían matado, sino que lo habían encontrado muerto en uno de los dormitorios varios días después de la última fiesta y que por miedo se habían deshecho del fiambre, que lo habían enterrado en un descampado de Staten Island, entre Latourette y Willowbrook, o algo así. Enzo estaba furioso y no paraba de preguntarle adonde lo habían enterrado, Strasser cercaba con los puños a su amigo, lo zarandearon hasta que desembuchó el lugar exacto. Luego... fue sacarle al jardín, acercarle a la piscina y ponerse a temblar como una marioneta diciendo que no sabía nadar. Consentini y Strasser ni siquiera tuvieron que esforzarse.

Aquello iba a ser más fácil de lo habitual y sin duda parecería un accidente. Bastó con empujarle y quedarnos observando cómo su amigo se ahogaba.

Norton ha permanecido en silencio y con la vista clavada en el manuscrito de su novela durante las últimas revelaciones de Kauffman, recuerda el día en que la policía le notificó la muerte por ahogamiento de su amigo, al que además le encontraron altos niveles de cocaína y alcohol en la sangre, según constaba en el examen toxicológico. Todo llevó a pensar que, efectivamente, se había caído a su propia piscina.

—Malditos —dice el escritor quitando el seguro del arma y volviendo a encañonar a Kauffman, decidido a pegarle un tiro—, malditos seáis...

—¡Norton, baje el arma!

—¡No! ¡No lo entiende! ¿Por qué no venir a mí? ¿Por qué no preguntarme directamente?

—¡No! ¡Es usted el que no lo entiende! ¿Preguntarle sobre qué? ¿Sobre si su mujer le ha revelado uno de los secretos mejor guardados de toda la maldita historia americana?

—¡Sí! ¡Maldita sea, sí! ¿Por qué no llamar a mi puerta y...?

—¿Y qué? —grita poniéndose de pie y cogiendo el vaso de la mesa—. ¿Preguntarle si tiene el dossier? Usted iba a contestar lo mismo que lleva contestándome estos días, tanto si lo conocía como si no ¿verdad, señor Norton? Además... ¡Ya lo hice! ¿No lo ve? ¡Le pregunté por él en Grand Central! ¡Le ordené que me lo entregara y no ha servido para nada, Norton! Al principio usted ni siquiera sabía de su existencia ¡Y ahora que ya lo tiene tampoco está dispuesto a entregármelo!

—Dios mío, Larry... —se lamenta de nuevo el escritor llevándose una mano a la frente y dando un paso atrás.

—¡Escúcheme! ¡Por favor, escúcheme, Norton! ¡Usted no entiende de qué va todo esto! La Compañía no sabe nada, maldita sea. La Compañía cree que el dossier sigue bajo llave ¿lo comprende? —dice buscando la mirada cómplice del escritor—. Durante décadas ha permanecido en el mismo puto sitio, no se ha cambiado ni se ha consultado, salvo ese día de hace seis años, cuando sólo yo crucé las barreras de seguridad y accedí a él tras varios permisos aprobados. Ya ve, Norton, yo sólo soy un peón. El protocolo de seguridad se había puesto en marcha para cambiar la ubicación del recetario por primera vez en su historia, había que llevarlo desde Nueva York a Washington, de modo que una vez tuve el dossier, con tiempo suficiente, decidí parar en aquel burdel ¡Joder! Tenía... esa debilidad ¡Soy humano! Me hablaron

de Precious y no podía dejarlo pasar aquella vez. Sólo iban a ser unos minutos, media hora, luego no podría volver a Nueva York, sólo Dios sabe en cuánto tiempo, porque además esta no era mi jurisdicción, no era mi competencia en La Compañía ¿entiende? Yo tenía un cargo en Washington, no en Nueva York. Mientras paraba en Precious Consentini y Strasser esperarían afuera. Ellos eran de mi confianza. Pero algo ocurrió en mitad del protocolo. Cambiaron de idea, la carpeta debía regresar, el aviso me llegó justo cuando estaba dentro del burdel, de modo que salí de allí como una exhalación olvidándome del maletín donde la guardaba —dice mientras gesticula—. Ya sabe qué ocurrió inmediatamente después, Norton... pero no sabe el resto de la historia.

—Siga —escupe el escritor.

—Para que usted entienda mi desesperación le contaré algo que sólo Consentini, Strasser y yo conocemos, de este modo comprenderá la razón por la que la suerte de su culo va cosida al mío en toda esta maldita historia. Tenía que llevar el dossier de vuelta, fuese como fuese, a su lugar de origen, así que elegí una carpeta similar a la del dossier original, sólo el tono marrón tostado variaba, pero confiaba en que no reparasen en él. Luego lo llené de documentos garabateados, borradores sin importancia ni trascendencia alguna. Y coló, señor Norton. Evité el último control y logré pasar a la caja fuerte de La Compañía donde se guarda. Hice el depósito y no se imagina el peso que me quitó entonces de encima, pero sólo había ganado salvar ese obstáculo, mi vida seguía pendiendo de un hilo porque el secreto seguía pululando por algún lugar de Nueva York y su mujer lo llevaba encima, tal vez sin haberlo leído. En La Compañía creyeron que el secreto seguía a salvo, incluso lo siguen creyendo. Hace unos meses comenzó a correr un nuevo rumor en sus oficinas: La Compañía está decidida a iniciar de nuevo el proceso para cambiar la ubicación del recetario y su puesta en marcha es inminente. De ahí mi prisa por conseguirlo cuanto antes y todos mis esfuerzos por hacerme con él en estos meses. Norton, compréndalo, he luchado muy duro para hacerme con un hueco en la comitiva de seguridad para cambiar el dossier de lugar, he conseguido estar en ella para cuando se reactive el protocolo. Si llevo el original conmigo podré llevarlo de un lugar a otro sin levantar sospechas, pero si La Compañía descubre que lo que guarda son papeles sin importancia y que la cadena de secreto se ha roto... entonces ni usted ni yo tendremos un rincón en este maldito planeta para huir de ellos —termina diciendo mientras apaga el habano en un cenicero.

—Maldito asesino, es su culo el que apesta, no el mío.

—¿Qué cree? ¿Que yo no apuntaré a usted y a su esposa cuando descubran la verdad y empiecen a despiezarme como a un cerdo? ¿Cree que La Compañía dejará pasar esto? Usted no conoce los métodos de tortura que utilizan ¿Por qué cree que ninguna empresa de la competencia se atreve a toserle y se postran a sus pies? ¿Por qué cree que las ganancias de La Compañía multiplican por diez o por veinte el mayor beneficio de su máximo competidor? Se lo he dicho, Norton, su culo está cosido al mío. Ha sido una maldita suerte que en estos seis años no se haya abierto la caja donde se guarda el dossier, ni tan siquiera para realizar anotaciones partiendo del original. Usted no lo sabe pero en otras ocasiones se accedió para realizar modificaciones en la fórmula de la bebida, quizás para perfeccionarla, para buscar otro sabor, otro estilo, derivados, nuevas mezclas... y para todo eso siempre acuden al documento original, porque el proceso de elaboración es muy delicado, porque estudiándolo con detenimiento siempre dan con un nuevo camino o una nueva rama por la que seguir investigando, una que ni usted ni yo sabríamos interpretar pero que ese tipo dejó anotado en su cuaderno hace cien años.

—No quiero saber nada más de su jodido cuaderno... Panda de asesinos.

—¡La biblia de ese producto es el maldito recetario de G.P. Lyndon Cooper! —exclama cansado—. Ya le he dicho que están a punto de abrir la caja fuerte, podría haber sido hace meses, hace semanas, podría haber comenzado hoy, señor Norton, esta misma noche, o podrían avisarme mañana en cuanto amanezca. Traiga el dossier. Si lo tiene en la caja de seguridad del Atlantic Bank vaya a por él, por favor.

—No me ha contado qué pasó con mi amigo, cerdo.

—Ya se lo he dicho, provocamos lo de la piscina. No quería tener a la policía pululando por la zona, ya que la muerte de su amigo aconteció de esa forma... para no dejar huellas no puse patas arriba la casa buscando el dossier, durante un par de horas peinamos las habitaciones y los muebles de las dos plantas de la casa y devolvimos todo a su sitio con sumo cuidado, hasta dejamos en su sitio la recortada que ha traído esta noche —dice mirándola y casi esbozando una sonrisa—. Así no parecería un asalto violento, ni un robo, ni un asesinato, sólo un desgraciado accidente.

—Le matasteis.

—Ya se lo he dicho, Norton. Dejamos que se ahogara, no podía permitirme el descuido de que le telefonara.

—¿Qué pasó después? —pregunta con resignación—. Siguieron vigilándome...

—Sí, tras la muerte de su amigo seguimos vigilándole. Cambié mi método para sonsacarle información sobre el dossier, podía haber ido directo a su apartamento, como ocurrió la otra noche, desvalijarlo y salir de dudas, pero no quería levantar más polvareda de la que ya había. Preferí no abordarle, de modo que pensé que la mejor opción era la de meter en su casa a una mujer.

—¿Qué?

—Una mujer, Norton. Una que le siguiera muy de cerca, que estuviera dispuesta a seducirle, entrar en su apartamento, leer su obra, buscar una y mil veces el cuaderno, que le preguntase y sonsacase datos sobre su pasado y sobre la relación con su esposa desaparecida.

—Dios mío, Hannah.

—No, Norton. Paulette.

—... Paulette —dice en voz baja el escritor bajando la cabeza, como derrotado.

—Sí, no sé cómo no se me había ocurrido antes porque era un buen plan, aunque no funcionó. Por eso estamos aquí ¿no?

El escritor permaneció en silencio y le dio un nuevo trago a la botella de Jack Daniels. Kauffman siguió hablando:

—Paulette tenía que indagar en su apartamento, revisar su biblioteca personal, mostrar interés por todo lo que escribía y buscar la forma de leer las páginas de su tercera novela, además de ver qué guardaba entre sus libros, entre los vinilos de jazz, en sus cajones y estantes, bajo su colchón... revisar todo lo que pudiera, todo, hasta el último palmo. Sólo le conté lo mínimo que debía hacer para llevar a cabo su trabajo, le describí cómo era el maletín, la carpeta que contenía el cuaderno y lo que venía escrito en sus tapas. Ella llegó a saber de su importancia y lo que debía hacer si lo hallaba en su apartamento, pero no de qué trataba. Al principio hizo todo lo que le pedí, pero luego todo se complicó.

—¿Por qué?

—Ya lo sabe ¿no? Acabó enamorándose de usted como una colegiala.

Kauffman cogió otro habano y se lo encendió dando varias chupadas.

—También se deshicieron de ella —afirmó Norton en lugar de preguntar.

Su rival lo miró en silencio tras la nube de humo que había provocado el encendido del puro.

—¿Verdad, cabrón? ¡La mataron! ¡Hicieron que pareciera un accidente! Como con Larry.

—Norton, ya le he contado todo, Paulette resultó ser una estúpida. Le di unas directrices, era todo muy sencillo, sólo tenía que acabar su trabajo. Averiguar dónde guardaba el dossier y traerme su novela una vez estuviera finalizada. Y no lo hizo, optó por apiadarse de usted, por enamorarse perdidamente. Ahora olvídelo, olvídelo todo. Vaya por el puñetero cuaderno, ya tiene su novela —dice señalando el montón de papel de la mesa—, le dejaremos en paz y usted y su mujer podrán seguir con sus vidas donde lo dejaron. Será como si estos últimos años no hubiesen transcurrido para ustedes.

—¿Pretende que le crea? ¿Cree que soy estúpido? ¡Hace una hora Consentini tenía orden de matarme en cuanto yo le entregase el recetario! ¿Dónde está mi mujer? —dice levantándose de la silla y encañonándole de cerca con la lupara mientras las manos empiezan a temblarle.

—¡Maldita sea, Norton! ¡Ya le he dicho que no lo sé! —grita abriendo los brazos y apartando el habano.

El escritor suelta la botella, rodea la mesa y se dirige a la silla donde está Kauffman. Extiende el brazo derecho y apoya la punta del cañón de la recortada en la frente del tipo que mató a Larry.

—Me vas a acompañar donde yo te diga. Levántate, cerdo.

—¡Norton, cálmese! —dice asustado.

—¡Levántate! ¡Levántate, joder!

Y como ocurre a veces en una película de cine negro la noche se vuelve más oscura, más impenetrable. Eso suele suceder en momentos clave, como en uno en que el percutor de un arma va a tomar protagonismo y las balas van a rendir cuentas impartiendo su propia justicia. En el momento en que el escritor está a punto de apretar el gatillo el teléfono de la mesa comienza a sonar. Ambos se miran, respiran con fuerza y el sudor empieza a copar sus frentes, las bocas permanecen entreabiertas en muecas retorcidas, de miedo la de Kauffman, de asco la de Norton.

—Llaman desde el exterior —dice el tipo gordo refiriéndose a una luz blanca que parpadea en el aparato.

—¿Esperaba alguna llamada?

—No lo sé —miente—, puede que sea Consentini, o Strasser.

—Descuelgue con cuidado, ni se le ocurra revelar que estoy aquí, y active el altavoz. Quiero oírlo todo.

Kauffman hace lo que el escritor le indica mientras sigue apuntándole con el arma. Descuelga el auricular y lo pone sobre la mesa, luego pulsa el botón que activa el altavoz. Tras un par de segundos, en los que el aparato emite una distorsión sonora, se oye la voz de Strasser.

—¿Jefe?

—Sí, Strasser, hable —dice acercándose al interfono.

—Jefe, la tengo.

Kauffman se acerca al aparato mientras Norton le observa desconcertado.

—¿Dónde está ahora? —pregunta bajo la atenta mirada del escritor, que desconoce a lo que se refieren.

—En el maletero del coche. No ha sido fácil, del indio ya no tiene por qué preocuparse.

—¿De qué están hablando? ¿Quién es el indio? —pregunta alterado el escritor acercando el cañón de la escopeta a la cara de Kauffman.

—¿Quién está con usted, jefe? He oído una voz.

—Strasser, no se preocupe. Espere instrucciones. Repito, espere

instrucciones.

—¿Tienen a mi mujer? ¡¿Tienen a mi mujer?! —grita Henry desesperado y apretando el cañón de la lupara contra el cráneo del gordo, obligándole a poner la cara contra la mesa.

—¡Joder! ¡Está con usted! ¿Se encuentra bien, señor Kauffman?

—¡¿Dónde tiene a mi mujer, cabrón?! —grita Henry.

—¡Strasser, no se preocupe por mí! ¡Haga lo que le he dicho! —exclama apuntando hacia el teléfono mientras el habano rueda por la mesa hasta detenerse junto a un montón de documentos.

—Voy a ir, voy a ir a liberarle, señor Kauffman.

—¡No, Strasser! ¡No tengo el dossier! ¡Haga lo que le digo! ¡Espere instrucciones! —grita con la cara pegada en la mesa y hasta quedarse sin voz mientras alarga el brazo para coger el puro y evitar así que prenda el montón de papeles.

La botella de Jack Daniels se ha tambaleado y ahora yace tumbada, apuntando hacia afuera de la mesa y derramando una fina cascada de bronce líquido sobre la alfombra.

—¡Traiga a mi mujer, hijo de puta! ¡Tráigala o le vuelo la cabeza! —grita Henry hacia el aparato y apretando más el cañón.

Las manos le tiemblan, así que encuentra un atisbo de razonamiento en su cabeza y aparta el dedo índice del gatillo para evitar un disparo que dé al traste también con la vida de su esposa a manos de Strasser.

—¡No lo haga, Strasser! ¡Ni se le ocurra...! ¡Espere noticias!

—¡Cállese!

Entonces un pitido agudo y molesto sale del altavoz e inunda el despacho por un par de segundos, luego se vuelve intermitente. La comunicación se ha cortado. El escritor respira con fuerza por la boca tratando de recuperar el aliento. Kauffman jadea, quizás esperando un disparo que no llega, un *bang* sordo que desparrame sus sesos sobre la mesa, salpique los folios de la novela de Norton y ponga fin a su existencia y a la caza que ha montado durante años.

Durante el forcejeo que ha habido en torno a la mesa el vaso de whisky de Kauffman ha rodado, ha caído junto al escritor y se ha hecho trizas al llegar al suelo, ninguno se ha percatado. Ahora Norton da un paso hacia atrás y pisa el charco de trozos de cristal, bajo sus pies se oye el crujir, acompañado de los jadeos de Kauffman, que sigue postrado en la mesa con la cara pegada a la madera, respirando con fuerza y como si aún tuviera el cañón de Greta sobre

la sien. Henry piensa que aquel sonido de cristales rotos bajo sus pies es el resumen de sus últimos años. Sonido de pedazos rotos, como rotas siguen estando su tercera novela, su vida y la de su amigo Larry y todos los demás que han muerto por el camino para preservar un secreto como el que les acosa.

Resopla de nuevo sin dejar de vigilar a Kauffman, baja el arma y rodea la mesa para colocarse frente a él, al otro lado. El tipo gordo se va incorporando poco a poco, sin dejar de mirar a Norton se recompone la chaqueta, el pelo, se limpia el sudor de la frente con el dorso de la mano, toma el auricular y lo devuelve a su sitio para que la señal intermitente cese. Luego se echa sobre el respaldo de la silla y permanece en silencio. Henry comienza a sonreír, y la sonrisa se transforma rápidamente en una risa muda, de esas que dejan la boca abierta, como cuando reímos pero nuestra risa se ha convertido en un rictus sordo, como inmortalizado en una fotografía. Y ésta instantánea no es en color, sólo tiene distintos tonos de grises. Pronto la risa se torna sonora, estruendosa, incluso parecida a un llanto desesperado. Hacía tiempo que Henry Norton no reía así. Kauffman le mira asustado.

—Mire qué desperdicio —dice al cabo de un minuto, cuando ya ha parado de carcajear, cogiendo la botella de edición limitada de Jack Daniels que está volcada sobre la mesa y señalando con la recortada el charco que se ha formado sobre la alfombra—. Esto es una mierda. Un whisky así sólo debe abrirse en grandes ocasiones. Menudo desperdicio. Llevo bebiendo whisky desde hace... no sé, mucho tiempo ¿sabe? Desde el instituto. Nunca había probado uno tan bueno. Su sabor es tan... tan suave. Éste sí es, como decía Sinatra, un néctar de dioses, como un maldito oro líquido tratado con sumo cuidado, macerado y envasado quizás durante décadas, protegido de la luz solar y de nuestras sucias y viciosas miradas. De veras, sólo al alcance de los dioses, y todo para que acabe... así, bebido por esta puta alfombra. Aunque sea escritor me resulta difícil encontrar las palabras para explicar todo esto ¿Sabe una cosa, Kauffman? Larry hubiera apreciado mucho este whisky. «¡Oh, Dios mío, Henry! Es un Jack Daniels de... ¿de qué maldito año? ¡Y mira qué botella! ¡Una edición limitada, colega! ¡Sólo 12 botellas? ¡Joder! Y mira qué preciosidad de etiqueta. Es para enmarcarla ¿no crees?», eso hubiera dicho mientras abría los ojos como un sapo ante su presa. «¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío, qué whisky!» habría exclamado... y eso que él no creía en ningún dios. Sólo en él ¿sabe? Sólo en él.

Luego el escritor se lleva la botella a los labios y bebe de un trago los restos de whisky que quedan en su interior, saca la punta de la lengua y lame la

boca de la botella como un borracho que aún no ha tenido suficiente, sorbiendo las últimas gotas. A continuación arroja la botella contra una pared y cae al suelo rompiéndose.

—Una vez mi amigo me contó que quizás en el momento de su muerte se acordaría tan sólo de la espectacular melena negra que tenía una chica que vio una vez en Mattus, ni siquiera de las chicas con las que se había acostado o con la que mejor se lo había pasado, sólo recordaría la melena de esa chica desconocida a la que no llegó a verle la cara. Me la describió tan bien que hasta la pude oler. Y ahora me lo imagino así, él ahogándose en sus últimos momentos en la piscina, dejando de bracear, hundiéndose, dejando de respirar, flotando en mitad del agua y acordándose en sus últimos segundos de vida de aquella maravillosa melena ondulada. Y yo, antes de contarle esto, me estaba preguntando Kauffman... ¿De qué demonios se acordará usted en los segundos previos a su muerte? Seguramente no sabrá responderme, tampoco necesito que me responda pero espero que cuando le toque se acuerde de mí, de Henry Norton —dice mirándole a los ojos con una calma que estremecería al asesino en serie más buscado de Norteamérica—. ¿Adónde va a llevar Strasser a mi mujer?

—Señor Norton —dice Kauffman haciendo una pausa para tragar saliva—, por favor. Vaya por el recetario ahora y le garantizo que le devolveremos a su mujer.

—¡Pues claro que me la va a devolver! Va a venir conmigo, hijo de puta. Vamos a ir donde ese cabrón tiene a mi mujer y como le hagan algo tenga por seguro que no verá la luz del próximo amanecer —dice furioso levantando la escopeta.

—¡No! ¡Tráigame el dossier, Norton! ¡La vida de su mujer por el maldito recetario! Si salimos del edificio llamarán a la policía, si hay derramamiento de sangre todo se irá al traste y...

—¡Maldito perro! ¡¿Me habla de derramamiento de sangre?!

—¿No lo ve? La opción que le ofrezco es la única que existe. El dossier, sólo eso, el dossier por la vida de su mujer. Mírelo desde este punto de vista, Norton. Ambos tenemos cosas que el otro quiere, y ninguno las tenemos aquí con nosotros. Creo que podemos salir por esa puerta, reunir ambas cosas y proceder al intercambio sin más, ya no habrá más condiciones, se lo aseguro. En un par de horas, antes de que amanezca, podremos reunirnos y proceder al intercambio. Piénselo bien, Norton. Si me dispara todo acabará aquí. La recepcionista espera mi llamada cuando usted haya abandonado mi despacho,

un disparo haría que ella avisara a la policía y se le echarían encima en sólo unos minutos. Tendrá esto rodeado de agentes ¿Y qué hará entonces? ¿Enfrentarse a todo el departamento de policía de Nueva York con eso? —pregunta señalando la escopeta—. ¿Huir quizás? En este edificio no hay vigilancia, a esta hora está vacío, pero la recepcionista le ha visto entrar, también tendrá que matarla a ella. Tendrá que ser rápido, muy rápido. Pero sobre todo tenga la certeza de una cosa. Jamás volvería a ver a su mujer. Ahora está más cerca que nunca de recuperarla. Entrégueme el dossier, nosotros le entregaremos a su mujer y todo esto habrá acabado para siempre.

El escritor gira la cabeza a ambos lados, busca un reloj que había visto al entrar en la habitación, uno de pared. Lo encuentra, marca las 00:48 de la noche.

—Nos veremos aquí dentro de tres horas —acaba diciendo mostrándose agotado.

—No, este edificio no es seguro. Ya conoce el lugar donde acudió para el intercambio con Consentini. Vaya allí usted solo, con el dossier.

Henry le escucha y mantiene su mirada distraída sobre el charco amorfo de whisky que ha quedado sobre la mesa.

—¿Me ha oído, Norton?

—Su maldito recetario por Melissa —dice el escritor dando un paso atrás.

—Así es, y no traiga armas. Sólo el cuaderno. No compliquemos más las cosas.

—Está bien, está bien. Volveré a las cuatro de la madrugada al sitio donde le he pegado un tiro al *espagueti*. Oh, no se alarme, Enzo está perfectamente y de una pieza. Bueno, o casi —vuelve a acercarse a la mesa y coge el original de su novela—. Vaya, me olvidaba de esto.

Kauffman recoge de la mesa lo que queda del puro y se lo lleva a la boca. Henry da unos pasos atrás y se dispone a enfilarse por la salida del despacho, en la suela de los zapatos permanecen clavados algunos restos de cristal del vaso roto. Cuando camina todo su peso cae sobre ellos y nota cómo esos pequeños cristales se hunden en la goma de las suelas. Una vez se encuentra en el ascensor se echa la lupara al hombro y pulsa el botón que le llevará a la planta baja, por el altavoz sigue sonando la misma sintonía que en su viaje de ida. Los cristales del vaso siguen apretando las suelas pero él no hace por retirarlos, camina sobre ellos como si volviera de un largo trayecto, campo traviesa, como si fuese algo de lo más natural y a lo que ya está acostumbrado.

Y cree que en sus últimos años ha sucedido todo así, que ha estado caminando y avanzando sobre diminutos cristales rotos con un par de zapatos caros. Suena el aviso del ascensor, ha llegado a la planta baja, las puertas se abren y comienza a caminar dirigiéndose a la salida. Al pasar por recepción la chica le mira sin decir nada, está hablando por el interfono, seguramente con Kauffman, piensa Norton. Antes de salir el escritor se acerca a la chica y le dedica una sonrisa:

—Adiós, Dorothy, querida. No se parece usted en nada a Judy Garland, pero también es muy guapa ¿eh? Hágame caso, si encuentra el camino de baldosas amarillas... tómelo. Búsquese un trabajo decente —dice mientras se mete una mano en los bolsillos y le suelta unos cuantos billetes de cien dólares que extrae de uno de los fajos—. Esta compañía está llena de asesinos e hijos de puta.

Después se da la vuelta y sale del edificio, ha parado de llover. Una vez llega al Chevrolet le pone el seguro a la escopeta y la arroja en el asiento trasero, deposita su novela en el asiento del copiloto, se sienta al volante y respira hondo. Antes de arrancar se quita los zapatos y prueba a despegar algunos de los cristales de las suelas. Los condenados se han clavado bien hondo y ya no quiere seguir caminando sobre ellos, no al menos las horas que le queda de vida, porque piensa que él, Henry Norton, de alguna forma morirá esta noche.

Cree que acertó acudiendo a la cita sin el dossier, a pesar de que Louise intentó convencerle al teléfono de que fuera a recoger el cuaderno a Precious «...venga a por él y acabe con todo esto» dijo. Ante la negativa de él, antes de colgar, la mujer cambió de opinión y le pidió que no se moviera, que esperase en su apartamento, que ella y sus chicas saldrían en un taxi con el dichoso recetario. Él asintió y le dio la dirección, pero luego hizo oídos sordos y fue al encuentro con el italiano sin el dossier, dejando a su vecino Tanaka esperando la llegada de las chicas y prometiéndole que telefonaría en cuanto tuviera su novela.

Ahora tiene que hacer algo antes de llamar por teléfono y volver a su apartamento. De modo que arranca y, sin perder un segundo, se dirige hacia el edificio donde está ubicado el despacho de Claire, su editora en Harper&Sons.

Norton aporrea una de las puertas de cristal del edificio, ve luz en la recepción de modo que debe haber alguien ahí dentro. Al cabo de medio minuto un guardia de seguridad se planta ante él y desde el otro lado de la puerta se echa mano a lo que parece ser una porra que lleva colgada en la cintura. No sabe qué demonios quiere ese tipo a esas horas de la noche.

—¡Por favor, ábrame! Es importante que deje esto aquí —grita señalando los folios mecanografiados que lleva en la mano.

El guardia coge unas llaves y abre unos centímetros, lo suficiente como para asomar la nariz.

—¿Pero qué dice? ¿Qué demonios le pasa?

—Tengo que dejar esto aquí, por favor. Es para mi editora.

—Santo Dios, ¿de dónde ha salido usted? Venga mañana ¿No ve que son las 1:25 de la madrugada?

—Por favor, es muy importante que se lo quede y se lo haga llegar a Claire Dawson, de Harper&Sons. ¿A qué hora acaba su turno?

—A las 8 de la mañana. Váyase a dormir y venga mañana —concluye el guardia empujando la puerta para cerrar.

—Mañana podría estar muerto —dice Henry interponiéndose—. Por favor, déjeme entrar. ¿Tiene un bolígrafo, una estilográfica o algo con lo que pueda escribir?

—La recepción está vacía, están de reformas ¿sabe? Sólo tengo un lápiz azul que mi sobrina usa para colorear.

—Será suficiente, gracias —dice el escritor abriéndose paso hasta la recepción—. ¿También hay papel?

—Creo que sí, algunos pliegos.

—Genial.

Quizá haya pocos escritores en el mundo que sean capaces, durante algún momento de su vida, de ir de un lado a otro de la ciudad con sesenta mil dólares en los bolsillos y ni un solo bolígrafo, pero sólo hay uno que, además de eso, esté preparado para encontrar y hacer suyo un momento de silencio en una noche así para escribir el final de su novela con un lápiz azul de colorear de una niña de seis años. Ese escritor se llama Henry Norton y acaba de

descubrir que aquello que le dijo por la tarde a aquel camarero del Village Vanguard no es cierto, para acabar una novela no le hace falta silencio, sólo necesita trabajar bajo presión.

Ante la atenta mirada del guardia de seguridad escribe de forma vertiginosa los últimos párrafos de la que será su tercera novela, la última que firmará como Henry Norton. Luego vuelve a la primera página, donde dejó un espacio en blanco para el título que aún no tenía. Y sigue sin tenerlo. En un lateral escribe: «Aquí la tienes, Claire. Gracias por todo». Luego mira el folio mientras piensa en un título y recuerda que una vez su amigo Larry le dijo que todo aquello que le estaba pasando desde la desaparición de su mujer era un verdadero declive, un «lamentable descenso», esas fueron sus palabras exactas. De modo que mueve con cierto nerviosismo el lápiz entre sus dedos y luego anota en el encabezado de la primera página:

Un lamentable descenso una novela de Henry Norton

—Aquí tiene, le confío mi manuscrito —dice dirigiéndose al guardia tendiéndole el montón de papel—. Claire Dawson, recuérdelo, de Harper&Sons. Creo que a las 7:30 ya estará en su despacho, es importante que se lo entregue en mano, por favor. Gracias, muchas gracias. Y tome, tome, esto es para usted.

Se mete las manos en un bolsillo de la gabardina y le extiende unos billetes. El guardia le mira boquiabierto. Luego Henry Norton sale de allí a toda prisa, no sabe cómo pero se ha propuesto hacer todo lo posible por salvar la vida de su esposa.

El escritor aparca el Chevrolet en el garaje, sale del vehículo y deposita la recortada en el maletero, luego recupera de uno de los bolsillos de su gabardina el revólver que le quitó a Consentini y lo pone junto a Greta. Hacen buena pareja. También coloca en él los fajos de billetes de cien dólares. Kauffman fue claro, debía ir desarmado, y eso hará. Cuando se baje del Impala en el punto de encuentro sólo llevará el dossier en la mano, no quiere arriesgarse y poner en peligro la vida de Melissa. Mira el reloj, son las 2:30 de la madrugada, debe darse prisa. Tras dejar el original de su novela al guardia de seguridad se acercó a una cabina y telefoneó a su apartamento para asegurarse de que Louise y sus chicas habían acudido con el dossier. No fue sólo así sino que habían decidido quedarse en su casa esperando su regreso.

Henry abre la puerta y entra en su apartamento.

—¡Virgen Santa! ¡Parece usted un fantasma! —exclama Louise al verle.

—No va mal encaminada, amiga —dice el escritor mientras se desprende de la gabardina.

—¿Qué te ha pasado en el labio, *bro*? —pregunta Janet.

—¿Pero por qué no me hizo caso? ¡Es la segunda vez que me deja en la estacada! Ni le pareció bien el plan de Central Park ni tampoco aguardó a que llegase a su apartamento. Oiga, hay que curarle esa herida, no parece estar bien cerrada del todo. Trae algo del baño, cariño —le ordena Louise a Maggie.

—No hace falta, gracias. Sólo fueron unas caricias de mi amigo el italiano. Yo por mi parte, en señal de agradecimiento, le volé una oreja.

—¿Cómo dice? —pregunta la dueña de Precious extrañada.

—Señor Norton, ¿ha conseguido recuperar su novela? —interviene su vecino.

—Sí, chico, la dejé en la editorial. ¿Dónde está el dossier?

—Está en el escritorio ¿Ve? De una pieza —dice Janet levantándolo de la mesa y mostrándoselo.

—Gracias, aunque no lo creáis todos me habéis ayudado mucho. No tengo mucho tiempo, debo entregar el dossier o matarán a mi mujer.

—¿Cómo? —exclaman la chica de color y el japonés al unísono.

—¿Tienen a su mujer?! —grita Louise.

Maggie llega del baño con un bote de mercurio en una mano y un apósito en la otra.

—¿Me he perdido algo? —pregunta con su voz aguda y ante la atenta mirada de los presentes.

El escritor deja que las chicas le hagan la cura mientras explica lo que ha sucedido en el encuentro con Consentini y en el despacho de Kauffman. Cada vez tiene más claro que debe acudir en solitario a la cita de las cuatro. Lo tiene tan claro como que Kauffman ha decidido eliminarles nada más comprobar que el cuaderno que le lleva es el original. Eso cree que hará. Una vez finaliza su exposición de los hechos deja claro a Louise, a sus chicas y a Tanaka que no quiere que le sigan, cualquier movimiento en falso puede desencadenar una masacre innecesaria y si ellos estuvieran presentes Kauffman pensaría que conocen todo o buena parte sobre el contenido del recetario, por eso, a pesar de la insistencia de todos en acompañarle, Norton ha preferido mantenerles al margen.

Quedan cuarenta minutos para la hora fijada cuando el escritor se vuelve a poner su gabardina.

—Debo irme —dice mirándoles y dedicando unos segundos a contemplar su casa.

Se acerca al escritorio y enciende la luz de la lámpara que hay junto a la máquina de escribir.

—Siempre me ha gustado dejar esta luz encendida cuando me iba, y a veces lo olvidaba. No sé, era una manía, simplemente para que estuviera así, recibéndome a mi regreso.

Luego vuelve a mirar a sus amigos y se dirige a la salida, suelta las llaves del apartamento en el mueble de la entrada y sale. Pase lo que pase esa noche no tiene intención de volver.

Dos hombres esperan ante la cancela de un garaje cercano a unos muelles del río Hudson.

—Abra, Strasser ¡Vamos! —exclama el más gordo de los dos mientras golpea el portón de metal.

Desde el otro lado se oye cómo alguien mueve una barra de metal y descorre un cerrojo, seguido del traqueteo de la cancela subiendo, es como el

sollozo de un animal herido en mitad de un bosque.

—¡Jefe! —dice una vez ha abierto—. Le hice caso y vine aquí, donde habíamos acordado. ¿Está bien? ¿Le hizo daño ese tío?

—¿Dónde está la mujer? —pregunta entrando e ignorando las preguntas del púgil.

—Está al fondo, la pasé del maletero a la furgoneta pero... ¿Enzo? —dice extrañado reparando en el aparatoso vendaje que luce el otro hombre—. Pero... ¿Qué te ha pasado en la cara?

—Ese hijo de puta me disparó.

—Hemos tardado un poco más de la cuenta porque a este imbécil han estado curándole. Me llamó a la oficina justo cuando iba a salir. Además, estuve buscando vuestros billetes, mi secretaria me los había dejado en uno de los cajones de mi escritorio hace una semana y no los encontraba. Ya sabéis qué tenéis que hacer ¿verdad? No podemos perder más tiempo, queda una hora para que todo esto acabe y tenemos que acudir al punto de encuentro.

—Ya sabe que estoy deseando cargarme a ese hijo de...

—¡Consentini! —dice volviéndose y encarándole—. Ya la has cagado lo suficiente dándole la dirección de mi oficina para que se plantara allí con un arma. He esperado muchos años hasta llegar a esta noche para que ahora pierdas los nervios y eches todo por la borda. Todos queremos que esta caza acabe. Si no te hubieras descuidado igual todavía conservarías la oreja. De modo que no voy a permitir un solo fallo ¿Os queda claro? —culmina mirándoles a los dos y señalándoles con dedo acusador.

Ambos asienten, sumisos como corderos. Kauffman se dirige a la parte trasera de la furgoneta que hay aparcada al final del garaje. Antes de abrirla se interesa por lo que hizo Strasser.

—A ver, cuéntame qué pasó en el apartamento de Lincoln Square.

—Fue fácil, jefe. Ya sabe, una vez tuve la llave esperé a que todo estuviera en silencio en esa planta del edificio. Ya le había colocado el silenciador al arma, así que usé la llave que robé del cuarto del conserje y abrí. El apartamento estaba a oscuras, le pegué un tiro al indio en cuanto se incorporó del sofá. Casi no le vi allí tumbado dormitando, jefe. No oí ni su respiración, debió despertarse cuando entré en el salón. Era muy rápido pero yo lo fui más. No pude ver dónde se llevó la bala porque dio un paso atrás y salió disparado por la ventana provocando un ruido enorme. Cristales, cortinas y no sé qué demonios más.

—¿Y adonde fue a parar?

—No pude comprobarlo pero debía dar a un patio interior del edificio.

—¿No pudiste darle el tiro de gracia?

—No se preocupe, jefe. Cayó desde una altura de un tercer piso. Con todo el ruido temí que la mujer se despertara y comenzara a gritar alertando a los vecinos. Así que antes de que llamasen a la policía la atrapé cuando se disponía a huir, la amordacé y bajamos por las escaleras hasta un montacargas que hay en la parte trasera, allí había dejado el coche. Cuando dejó de patear en el maletero me detuve para llamarle, fue cuando ese tío ya estaba en su despacho. Luego hice lo que usted me dijo, al llegar aquí la saqué del maletero del coche y la metí en la furgoneta.

—Bien, veamos a la chica.

Strasser saca un llavero y usa una de las llaves para abrir la puerta trasera de la furgoneta.

—Vaya, después de todos estos años nos vemos de nuevo las caras —dice Kauffman sonriendo y mirando a la mujer maniatada que se encuentra sentada en el suelo de la furgoneta—. Espero que tu marido no haga ninguna tontería esta noche y me entregue el dossier, o tú serás lo último que él vea antes de morir.

Cincuenta y dos páginas. ¿Cuántas vidas se pueden truncar por lo que oculta un número de páginas tan mediocre? En concreto, por esas cincuenta y dos que ahora reposaban dentro de la carpeta de piel marrón que el escritor había depositado en el asiento del copiloto de su coche, al menos se habían perdido tres: la de Paulette, la del famoso pianista de jazz Bill Evans y la de su amigo Larry. Eso si dejaba fuera la del hermano inútil de Consentini. La vida de su mujer no podía ser la siguiente, no ahora que estaba a punto de recuperarla. Si tenía que sacrificar la suya para que ella escapase no lo dudaría ni un instante, pero por todos los medios iba a tratar de salvar la de los dos. Si el plan que había trazado en su cabeza salía bien no le haría falta disparar ni una sola bala. Con la lupara de Larry y con el revólver que le había quitado a Consentini se sentía más seguro, pero prefería no emular a Harry el Sucio. No quería arriesgar, por eso le hizo caso a Kauffman y había guardado las armas en el maletero.

Vuelve a echarle un vistazo a la carpeta mientras conduce por la Décima Avenida hasta la intersección con la Undécima, la carretera sigue mojada por la lluvia de hace horas, sólo quedan unos cien metros para el desvío hacia la Calle Bloomsfield, desde ahí sólo tiene que tomar una curva, rodear el edificio y entrar en la explanada. La toma, baja una ventanilla para que entre aire fresco y se recrea en el olor de la ciudad tras la lluvia, es un olor viciado que siempre ha sentido como limpio, depurador, sin serlo realmente. Esta noche no le parece así, o al menos no puede sentirlo como tal. Acaba de tomar el desvío y se detiene antes de enfilar con el Chevrolet la explanada. Mira el reloj, aún quedan diez minutos, de buena gana empuñaría de nuevo a Greta y liquidaría a esos tipos, o se escondería el revólver en la manga del abrigo, pero no puede engañarse, él nunca ha matado a nadie, ni sabe si sería capaz de hacerlo fríamente, quizás en un momento de furia sí, pero lo de hace unas horas con el italiano fue un accidente. Las cosas no deberían haber llegado a este punto, ahora ya es demasiado tarde para tratarlas de un modo distinto al de la sumisión que le ha planteado el gordo, por eso está ahí ahora, con el recetario.

Tratando de conservar la calma respira hondo y pisa el acelerador, toma

la curva y rodea el edificio de ladrillos, del que vuelve a salir un sonido de máquinas, parece que en estos momentos tiene más actividad que hace unas horas.

Conduce al punto de encuentro. Al otro lado de la explanada, junto al edificio, parece que hay dos vehículos, un turismo y una furgoneta, ambos con las luces encendidas. Conforme va acercándose reconoce que uno de ellos es el coche que ha usado Kauffman para seguirle en los últimos días. En lugar de parar el vehículo junto a los otros hace un pequeño giro a la derecha, como dirigiéndose al río, sólo para torcer de nuevo a la izquierda y encararles, de modo que el Impala queda de frente a los vehículos y al edificio, que ahora está a unos cinco metros. El río Hudson queda a su espalda, a bastante distancia. Ha pensado que desde esa posición tendrá mayor visibilidad de los movimientos que realicen esos asesinos.

Detiene el motor, mantiene las luces encendidas y pone las manos en el volante. Al cabo de unos segundos oye la voz de Kauffman.

—¡Salga del vehículo!

El escritor lo hace muy despacio y deja la puerta abierta.

—¿Dónde tiene el dossier?

—¡Está en el asiento del copiloto! —grita cerrando los ojos, deslumbrado por las luces de los coches—. ¡Quiero ver a mi mujer!

Transcurren unos segundos y una de las puertas de la furgoneta se abre, un tipo robusto sale de ella, es Strasser. Se dirige a donde está el escritor.

—No te muevas —dice mirándole directo a los ojos y respirando de forma ruidosa—, voy a cachearte.

Norton eleva los brazos y deja que las manos del púgil hagan su trabajo.

—¡Está limpio, jefe! —exclama torciendo ligeramente el cuello y sin dejar de mirarle. Luego añade—. No te muevas de aquí.

Se dirige al otro lado del Chevrolet y abre la puerta del copiloto. Extrae la carpeta, descorre la cinta elástica y echa un vistazo rápido al interior.

—¡Creo que es el cuaderno, jefe! Al menos por lo que pone en la portada.

La puerta del conductor del vehículo negro se abre y sale Kauffman, que avanza en dirección a Strasser lo más rápido que su peso le permite.

—Déjame verlo —dice arrancandoselo de las manos.

El escritor permanece en silencio mientras comienza a pensar que todo este montaje ha sido fruto de un engaño y que no es cierto que tengan a su mujer. Si tuviera ocasión de registrar la furgoneta mientras los tipos siguen

husmeando en la carpeta podría cerciorarse de ello. Justo en el momento en que se decide a hacerlo la puerta del otro vehículo se abre. Las luces le deslumbran y no puede ver bien de quién se trata pero la figura que ha salido da unos pasos hacia adelante y de inmediato distingue el abrigo y el sombrero de Consentini, lleva un aparatoso vendaje en la cabeza y empuña un revólver.

—Vaya, buen vendaje. Siento lo tuyo, fue sin querer. ¿Dónde está mi mujer, Kauffman? —pregunta dirigiéndose al gordo.

El sonido de máquinas que sale del edificio se hace ensordecedor durante unos segundos, es un chirrido estridente como el del cambio de vías de una locomotora antigua. Sin abrir la boca el gordo le hace una señal con la cabeza a Strasser y éste se dirige a la parte de atrás de la furgoneta, abre las puertas y toma del brazo a la mujer maniatada, obligándola a bajar.

—¡Henry! —exclama nada más ver al escritor y tratando de escapar de las manos de Strasser.

Kauffman hace un gesto con la mano y el púgil la deja libre. Melissa corre hacia Norton y se abraza a su marido bajo la atenta mirada de los matones. Él sonríe y ella le besa. Se miran y susurran algo imperceptible para el resto.

—Pero cariño ¿dónde estuviste durante todo este tiempo? —pregunta el escritor, abstraído de la situación.

—Me escondí en Altoona. Bueno, también estuve en otros lugares.

—¿En Altoona? Madre mía, si yo nunca he salido de Nueva York. ¿Qué demonios hay allí?

—Mucho campo, cariño —contesta ella—. Henry, ¿por qué no te fuiste de la ciudad?

—No podía, ya sabes cómo soy. ¿Te han hecho daño?

—Estoy bien. Henry, yo... siento todo lo que...

—Enternecedor —interrumpe Kauffman colocándose la carpeta bajo el brazo y dando palmadas—. Me gustaría poder quedarme pero debo irme. Señor Norton, no debió usted venir a verme de aquella manera. Dadas sus circunstancias le salió bien, no cabe duda, usted consiguió su novela y yo ahora mi dossier, pero mi plan era otro. Consentini conseguía el dossier y usted acababa ahí dentro —dice señalando el edificio de ladrillos con un rápido movimiento de cabeza—. Entonces Strasser hacía lo suyo con el tipo ese que protegía a su mujer y la capturaba, luego me llamaba para asegurarse de que yo ya tenía el recetario y una vez confirmado su mujer también acababa eliminada. Pero ya ve, hace unas horas las cosas no salieron bien y cuando

Strasser llamó usted estaba en mi despacho. Ahora comprenderá que no le sirvió de nada, ahora ya no hay nada que pueda impedirme matarles a ambos.

—Ya tienes tu maldito cuaderno, déjanos en paz —dice la mujer.

—¿Y arriesgarme a que el secreto de La Compañía salga a la luz? No, gracias.

Kauffman se acerca a Consentini y Strasser y de su abrigo saca un sobre, se lo tiende al púgil.

—Tomad —les dice—, sólo queda poner vuestros nombres. Elegid vuelos separados. Son dos salvoconductos de La Compañía, ya sabéis lo que significa eso, no quedará registro alguno, ni en el avión en el que viajéis ni en ningún sistema informático. No quiero volver a tener noticias de ninguno de vosotros en todo lo que me queda de vida.

Abren el sobre, coge cada uno un billete y los guardan en sus abrigos.

—Qué romántico. Salvoconductos, como en Casablanca. ¿Quién de vosotros hará de Ilsa Lund? —pregunta el escritor mirando a Strasser—. Déjenme adivinarlo... ¡Consentini! Le pega más, por el cutis.

—Aquí acaba su camino, Norton —continúa Kauffman haciendo caso omiso de la burla—. Dadas las circunstancias es ridículo que aún le quede sentido del humor. Ya ha visto este edificio, es una de las plantas químicas que tiene La Compañía en Nueva York, está dividida en dos, en un ala hay una fundición de vidrio, en otra una embotelladora.

—Vaya, ha pensado usted en todo —dice Norton—. De modo que va a matarnos, fundir nuestros cadáveres con todo ese vidrio y usarnos como recipientes de esa asquerosa bebida que fabrican. Supongo que será cuestión de semanas que nuestros restos formen parte de decenas de botellas que muchos escolares se lleven a la boca. Suena muy alentador.

—Cariño, por favor.

—Basta de cháchara —replica Kauffman dirigiéndose con el dossier al coche negro—. Acabad con esto en cuanto me haya marchado.

Los dos matones dan unos pasos adelante, Strasser acaba de sacar también un revólver con silenciador y lo sujeta con gesto religioso a la altura del torso.

—Henry... —se lamenta Melissa.

La mujer se agarra al brazo de su marido y éste le pone una mano en el hombro, le gustaría poder tranquilizarla por completo con ese gesto, que todo este asunto fuese un mal sueño cuyo final tuviera lugar esta noche, después de cuatro años. Hendrick Kauffman arranca y, acompañado del sonido persistente

de la fábrica de fondo, su vehículo no tarda en desaparecer por una de las salidas de la explanada para incorporarse al tráfico de Manhattan.

—Bien, acabemos con esto —dice Consentini sonriendo y comenzando a saborear su venganza—. Primero la mujer.

—No tan rápido —dice el escritor—. ¿Creías que iba a acudir a esta cita sin protegerme antes?

—¿Qué? ¿A qué cojones te refieres? —pregunta el italiano acercándose con el revólver en alto.

—Si nos matáis el contenido del cuaderno de La Compañía saldrá a la luz.

—¿Qué estás diciendo? Ya no lo tienes. Strasser, vamos a acabar con esto —dice haciéndole un gesto para que se adelante con el arma.

—¡No! ¡Hice una copia!

—Pero... ¿Qué está diciendo el *muñeco*, Enzo? —interviene el púgil.

—¡No es verdad! —escupe Consentini mirándole con odio.

—Hice una copia. ¿En serio creías que no iba a copiar algo que podría significar mi salvación y la de mi mujer? Escúchame bien, *espagueti* desorejado —apunta dando un paso hacia él—. Hice una copia del puto cuaderno y se la envié sellada a un amigo. Dime una cosa: de las decenas de periodistas que conozco... ¿Cuál de ellos crees que tendrá la copia del dossier? Nunca lo averiguaríais, ya no hay tiempo. Kauffman se ha ido y tenéis que hacer el trabajo que os ha encargado, eliminarnos, pero si yo no telefono a mi amigo al amanecer él abrirá el sobre que le he enviado, descubrirá la copia del recetario y lo publicará. Esa es la primera instrucción que le di. Y entonces... ¿Qué haréis?

—Joder —susurra Strasser.

—¡Es mentira! No puede ser verdad.

—¿Es que quieres comprobarlo disparando eso? Si a Melissa o a mí nos pasa cualquier cosa, o morimos, o desaparecemos y cada dos días no telefono a mi colega dando así señales de vida... mi amigo abrirá el sobre, publicará las copias del dossier y La Compañía saltará por los aires. ¿Y sabes lo mejor? Al primero que matarán será a Kauffman, no sin antes sonsacarles dos nombres, el tuyo y el de Strasser, y ningún billete de avión os va a salvar. Iremos todos al infierno.

—No es posible, no te ha dado tiempo de copiar nada —afirma el italiano apretando el arma.

—¿Ah, no? Hace más de doce horas que saqué el jodido dossier del

banco ¿Por qué crees que tardé tanto en salir? Estaba copiándolo y ordenando a un empleado del banco que lo enviara.

—Es un farol, no puede ser verdad —suelta Strasser preocupado y llevándose una mano a la barbilla—. Tenemos que telefonar al jefe.

—¡Cállate, estúpido! —grita Consentini sin dejar de mirar a Norton.

—¿Telefonar a Kauffman? ¿Para qué? Sólo servirá para ponerle más nervioso. Usad vuestra sensatez ¿Es que queréis firmar vuestra sentencia de muerte pegándonos un tiro? Debe servirte mi palabra, Enzo. Ni mi mujer ni yo revelaremos nada del recetario si salimos de aquí con vida. Desapareceremos y Kauffman no volverá a saber de nosotros nunca más. Y vosotros tampoco. Creo que tenéis que coger un vuelo ¿no? —concluye dando un paso atrás.

—No es verdad, no puede ser verdad —repite una y otra vez el italiano mientras niega con la cabeza.

—¿Qué hacemos, Enzo? —pregunta su compañero.

Entonces el italiano da un paso al frente, agarra a la mujer de Norton, le pone el revólver en la sien y retrocede con ella unos metros hasta la furgoneta mientras la mujer grita. Strasser también retrocede, apartándose del escritor.

—¡Henry!

—¡No! ¡Consentini, estoy diciendo la verdad! ¡Suéltala!

—¡Mientes! Maldito perro, me disparaste. Me has jodido y antes de meterte una bala vas a ver cómo le pego un tiro a tu mujercita. No creo lo que dices, es un farol, no te creo —dice sujetando a la mujer por un brazo y zarandeándola como a una muñeca rota.

—¡Por favor! —suplica Melissa perdiendo fuerza en las piernas y haciendo resbalar su cuerpo.

—¡Enzo! ¿Y si es verdad lo que dice? —pregunta el púgil.

—¡Cállate estúpido!

El italiano detiene el zarandeo y apoya con más firmeza la punta del revólver en la parte superior del cráneo de la mujer, que ahora yace postrada en el asfalto. Henry cree que ya es demasiado tarde para todo, no habría tiempo de darse la vuelta, abrir el maletero, sacar la recortada o el revólver y acribillarles a balazos. Él es escritor, no sabe manejar un arma, esa es la realidad.

—¡No! ¡No lo hagas! —grita Norton cerrando los puños.

Entonces, justo cuando el italiano ha despejado sus dudas y se dispone a apretar el gatillo, ve cómo Strasser, a unos dos metros a su izquierda, se lleva la mano a la nuca, se tambalea de un lado a otro como si hubiera bebido

demasiado e intentase mantener el equilibrio, luego pone los ojos en blanco y cae en redondo al suelo sobre su arma, dando un fuerte golpe con su cabeza.

—Pero qué demonios... —dice mirando el cuerpo de su compañero.

Al lado del púgil hay un joven muy grueso que le mira con temor y con cara de no saber exactamente qué ha pasado, en una mano sujeta algo pequeño que intenta ocultar.

—¡Tanaka! —exclama Norton al verlo.

—¡No te muevas, bola de sebo! —grita Consentini apuntándole y mirando el cuerpo de Strasser—. ¿De dónde has salido? ¿Qué demonios le has hecho? ¿Y qué escondes en la mano? Norton ¿Quién es ese? Da igual, maldita sea, ¿lo has matado? ¿Está muerto? Me cargaré a los tres y...

—Espera, yo... no sabía... —dice temeroso Tanaka soltando la jeringa vacía, que cae al suelo y emite un tintineo—. ¿Lo he matado?

—¡El veneno! —exclama Norton al reconocer la ampolla.

El italiano apunta al japonés, que cierra los ojos esperando el impacto que acabe con su vida, entonces Consentini siente una presión en su espalda y oye una voz aguda y chillona de mujer que dice:

—¡Quieto amiguito!... O acabarás como el grandullón del suelo.

Le acaban de apuntar con el cañón de un arma de gran calibre, nunca le han apuntado así por la espalda, ejerciendo esa presión, pero sabe qué significa porque es justo lo que él le ha hecho a muchos tipos, ahora esa sensación de derrota es la que padece.

—¿Maggie? —dice Norton—. ¿Pero cómo...?

—¡Hola Barry! —dice saludando con la mano libre—. Suelta a la mujer y deja la pistola en el suelo.

—¡Así se hace Maggie! —dice Janet, que sale junto a Louise de detrás de la furgoneta.

Consentini levanta los brazos a la altura de sus hombros, la mujer de Norton se escabulle y corre a los brazos del escritor.

—Tira el revólver, capullo —vuelve a decir la chica con voz temblorosa.

Pero el italiano no lo hace, acaba de notar esa pizca de indecisión en la voz de la chica. Recuerda cómo ha desarmado a muchos tipos que ha tenido delante, con un solo movimiento de brazo. Cree que con una mujer, y aunque esté a su espalda, no debe ser más difícil, y aún más sabiendo que no es una profesional, que es una de las prostitutas reformadas de Harlem que apenas debe tener manejo con las armas o incluso ser la primera vez que empuña una. De modo que antes de que nadie tome más posiciones ventajosas sobre él

efectúa un giro rápido hacia el lado izquierdo y con su mano libre retuerce la muñeca de la chica tatuada obligándola a soltar el arma, mientras que con la otra le pone su revólver en la cara. El giro ha sido como un relámpago, no ha durado más de un segundo. Las mujeres gritan sorprendidas, a Norton, aún abrazado a su mujer, no le ha dado tiempo de recuperar las armas del maletero.

El arma que empuñaba Maggie ha caído al asfalto y se ha roto en dos pedazos.

—¿Un secador de mano?! Maldita zorra, estabas apuntándome con un secador de plástico. No os mováis, voy a acabar con todos —grita Consentini nervioso y sin dejar de mirarles para controlar sus movimientos.

—Por favor, no me dispare —gime Maggie.

—¡No lo haga, no mate a mi Maggie! —suplica Louise.

—Consentini, ya basta —le pide el escritor—, no le hagas daño. Esto es completamente absurdo ¿No te das cuenta?

—Voy a hacerlo, no os mováis. Tú, gordito, apártate de Strasser. ¿Hay alguien más escondido por ahí? —pregunta tratando de vislumbrar algo de entre las sombras que se derraman junto al edificio—. ¡Que nadie se mueva y se quede en su sitio!

El vecino de Norton da unos pasos atrás, el italiano le da una patada a las piezas del secador para apartarlas de su camino y se va acercando al cadáver de Strasser con Maggie agarrada del cuello. Quiere recuperar la pistola de su compañero, con la munición del revólver no tendrá para todos.

—No te muevas, putita —le dice a Maggie mientras se agacha para tratar de apartar el cadáver y coger el arma—. Os voy a enseñar a no jugar con Enzo Consentini.

—¡Deja a la chica y suelta el revólver! —exclama con rotundidad la voz de alguien que habla oculto en las sombras que arroja el edificio.

—¿Qué? —pregunta Consentini asustado e intentando distinguir la figura escondida—. Joder ¿Quién anda ahí?

—Tom... —susurra Melissa llevándose una mano a la boca.

Henry la mira desconcertado sin entender a quién se refiere, pero prefiere no decir nada y mantenerse en silencio. Tanaka retrocede y las chicas, temerosas y tan confundidas como el italiano, susurran lamentos ininteligibles en voz baja. Consentini se escuda tras Maggie, tratando así de salir de la posible línea de tiro que pueda tener desde el edificio el tipo que le ha hablado.

—¿Es que no me ha oído? Suelte a la chica o le mataré —añade la voz.

—No te creo, sois una panda de mentirosos.

Entonces Norton, aprovechando el despiste de Consentini, que se ha girado para tratar de vislumbrar al tipo, comienza a caminar en silencio dando pasos hacia atrás, quiere alcanzar el maletero del Chevrolet. Antes de que lo haga el italiano se percata de los movimientos del escritor y decide que, finalmente, va a ser el primero en morir, de modo que hace un giro para dispararle.

Sólo las personas que han practicado el tiro con un revólver saben cómo y cuándo elegir el momento idóneo para usarlo. Un pulso descontrolado, respirar en el momento menos indicado, o sostener una cantidad de aire desmedida en los pulmones, puede provocar que la bala yerre el blanco y que tu vida pese más en el lado de la balanza del infierno que en el de la subsistencia.

El instante que Consentini ha elegido para disparar sobre Norton también es el que ha elegido Tom Raven desde las sombras, pero ni los pulsos llevan el mismo ritmo ni los pulmones guardan la misma cantidad de oxígeno. Ambos disparos suenan casi al unísono, como si uno fuese el eco corto del otro, amortiguados por el sonido de las máquinas de la fábrica. Dos lunas del Chevrolet se rompen mientras el cuerpo del italiano se tambalea y cae al suelo arrastrando con él a Maggie, que se levanta unos segundos más tarde y corre al encuentro del abrazo de Janet y Louise. El disparo de Tom ha entrado por la parte trasera del cráneo, destrozando el hueso occipital de Consentini y desperdigando parte de sus sesos alrededor del cadáver de Strasser. El disparo del italiano ha roto dos lunas del Chevrolet, la bala ha penetrado por la luna delantera y siguió su trayectoria limpiamente por el interior del vehículo, atravesando una de las lunas laterales e impactando en el escritor.

Lo primero que ve Melissa Norton es una mano ensangrentada que su marido apoya sobre el pecho, se la presiona con la otra mano libre, tratando de cortar la hemorragia.

—¡Henry! Cariño... ¿Dónde te ha dado?

—¡Señor Norton, está herido! —grita Tanaka al verle.

Las mujeres y el chico japonés se acercan al escritor.

—No os preocupéis, sólo es la maldita mano con la que escribo. Joder, cómo duele... Ese cabrón me ha acertado en la mano.

—Déjenme ver —dice el indio saliendo de su escondite y afectado por una cojera.

Se acerca lo más rápido que puede e inspecciona la herida.

—Es un tiro limpio, la bala ha entrado y ha salido, como en la herida de mi hombro. No se preocupe, se recuperará y creo que podrá volver a usarla, conozco a un tipo que le curará. Ahora hay que taponarla, presione aquí, en la palma. Le harán un vendaje más sencillo que el mío —aclara mientras gesticula con la cabeza señalando su hombro izquierdo—. ¿Alguien tiene un pañuelo?

—Sí, yo. Siempre llevo uno conmigo —dice Louise sacando uno de alguna parte de su vestido.

—Gracias. Tenga, señor Norton, dele varias vueltas alrededor de la mano para taponar con fuerza la herida, así cortará la hemorragia.

—Gracias, amigo. No me equivoqué al intuir hace tiempo que Melissa había contratado guardaespaldas.

—Tom, sobreviviste —dice Melissa sonriéndole.

—No soy fácil de perder de vista, señora. Tras el disparo la caída desde la ventana la amortiguó uno de los toldos de las ventanas del primer piso, además tuve la suerte de caer sobre uno de los contenedores que usa la lavandería del edificio. Me llevé un buen golpe, sobre todo en la pierna, pero unos vecinos vinieron a socorrerme de inmediato. Pude permanecer consciente y les dije que estaba en mitad de una misión importante, que me habían disparado y que no podíamos levantar sospecha alguna, les mostré mi placa falsa de Agente Federal, les di un número y les apremié para que llamasen al médico de la agencia, ya sabe. Por cierto, tenga la tarjeta con el número, telefonee en cuanto salgan de aquí. Seguir al grandullón que la secuestró fue tarea imposible, tenía que acudir a que me curasen la herida. Siempre tenía la opción de ir al apartamento del señor Norton, así que una vez realizada la cura pedí que me llevaran allí, al llegar vi salir del edificio a las chicas y a su vecino —dice refiriéndose a Tanaka—. Tomaron un taxi y del modo precipitado en que lo hicieron me llevó a pensar que el asunto se había complicado bastante. Pensé que si les seguía me llevarían a ustedes.

—Así que me habéis seguido hasta aquí en un taxi... —apunta el escritor mirando a sus amigos.

—Fue fácil, *bro*. Conduces como mi abuela —bromea Janet mientras Louise y Melissa se abrazan.

—Ya ve, señor Norton, cuando usted se fue, de esa manera tan triste, les dije a las chicas: «No podemos quedarnos de brazos cruzados, no podemos. Tenemos que hacer algo para ayudarle».

—Eso es, señor Norton —interviene Louise—. No podíamos dejarle en la estacada. Le seguimos y cuando llegamos aquí rodeamos el edificio y vimos que lo más seguro era ocultarnos justo detrás de los vehículos de esos tipos, así les ganaríamos la espalda.

—Sí, pero antes de salir de su apartamento me acordé de eso que usted me dijo —continúa Tanaka—, que no me atreviera a tocar la jeringa esa que tenía en el refrigerador, que era muy peligrosa, y tenía usted razón... Así que decidí que, llegado el caso, sería yo quien la usaría y una de las chicas la que emplease el truco del secador, y ya ve ¡Jo! Un pinchazo directo al cuello, señor Norton. Vaya con el dichoso veneno... Es guay ¿eh?

—¿Y tú, Maggie? ¿Un secador de mano? —dice riendo.

—Ya sabes, Barry... que una buena profesional siempre debe ir preparada allá donde va.

—Se llama Henry, cariño.

—Cariño —añade su mujer—, debemos irnos, tenemos que curarte esa mano y marcharnos de esta ciudad.

—Marcharnos... ¡Es cierto! Tú y yo no podemos quedarnos en Nueva York. Kauffman daría con nosotros tarde o temprano y ya sí que nada le impediría eliminarnos, creo que mi plan de la copia del dossier tampoco le convencería. Pero antes de irnos hay que deshacerse de esos dos —dice doliéndose de la herida y mirando los cuerpos de los matones—. Nos iban a freír en la fundición, creo que sería buena idea darles el mismo destino, deben tener guardadas en algún bolsillo las llaves de la puerta y... ¡Demonios, es una pena que Kauffman haya escapado!

—No se preocupe por eso —interviene Tom acercándose a los cadáveres y sacando de uno de los abrigos unas llaves—, su mujer me pagó para protegerles y ya sé quién es el tipo gordo de La Compañía. Tal vez mañana no será posible, quizás la semana que viene tampoco pero, señor Norton, le aseguro que tipos como él tienen... accidentes cuando menos se lo esperan. Creo que sabe a qué me refiero ¿no? —sonríe—. Si el chico me echa una mano podremos deshacernos ahora de estos dos, luego me encargaré de hacer desaparecer la furgoneta. Debemos darnos prisa, aún quedan un par de horas para que amanezca, pero si esos tipos iban a hacer el trabajo ahora debe ser porque no hay nadie ahí adentro, aunque las máquinas de esta parte del edificio estén a pleno rendimiento.

—Puede contar conmigo —asevera Tanaka.

—Y con nosotras —dice Louise.

—¿Qué es esto? —pregunta el indio mostrando en alto dos billetes que ha extraído de los abrigos.

—¡Los salvoconductos! Cariño —dice Norton mirando de frente a su esposa—, el gordo dijo que no dejaban rastro en ningún sistema informático. No sé si será cierto pero... es nuestra única oportunidad de salir del país de una manera rápida. Elegir un destino y desaparecer.

—Europa —dice ella.

—Sí, Francia, o España quizás —responde el escritor acordándose de alguna historia que le había contado Hannah, la estudiante de Literatura Española—. Al menos durante un par de años o tres, hasta que todo se calme y podamos volver.

—Le echaremos de menos, señor Norton. Cuídense.

—Tanaka, amigo, cuida del chevy y de mi apartamento. Chicas... sois increíbles. Os escribiré. Gracias por lo que habéis hecho.

Luego deciden abandonar la explanada caminando para tomar un taxi nada más salir a la Décima Avenida. Con suerte, tras la cura, podrán estar a primera hora en el Aeropuerto Internacional JFK.

Henry y Melissa recorren la explanada y a medio camino el escritor decide que es demasiado peligroso pasarse por la caja del Atlantic Bank por la mañana para recoger el resto del contenido de la caja, no debe dejar el menor atisbo o prueba de su existencia, al menos hasta que Hendrick Kauffman ya no sea una amenaza. Antes de continuar el escritor se gira y comienza a vociferar hacia donde están sus amigos. Ha olvidado algo que parece importante.

—¡Eeeh! ¡Eeeh! —grita agitando en alto su mano ilesa—. ¡Mirad en el maletero del Impala! ¡Me oís? ¡En el maletero! ¡Quizás no sea suficiente pero...! ¡Demonios, repartílos!

Las mujeres y el chico japonés se miran extrañados, no saben a qué se refiere el escritor ni qué se tienen que repartir.

—¡Y no bebáis mierdas! ¡Pegadles un buen trago de vez en cuando a una buena botella de Jacks! ¡Y fumad sólo Marlboro, nada de esa porquería de Lucky Strike! ¡Hacedlo a mi salud y a la de mi buen amigo Larry! ¿Me oís? ¡Jack Daniels y Marlboro, amigos! ¡Y unos buenos vinilos de jazz, nada de música country!

Epílogo

Tres meses más tarde. Junio, 1981.

—Señorita Dawson ¿ya tiene preparada la nota?

—Sí, señor Harper, ya está todo como usted ordenó.

—Todo esto es muy raro ¿no cree? Bueno, Norton siempre fue un tipo extraño. Pero hace unos años desapareció su mujer, ahora él, y todo justo después de acabar la novela de esa forma tan... tan precipitada y, según dice la policía, tras haber acudido al banco para abrir una caja de seguridad. Todo esto es de locos ¿no cree? —dice mientras ojea las últimas páginas del libro.

—Con Henry siempre fue todo así, señor. A pesar de ser su editora durante años nunca logré saber qué había en su cabeza. Pero ahora, ya ve, menuda historia tenía metida en ella y qué forma de enlazar en una sola la trama de sus dos primeros libros. Es algo insólito.

—Lo es, sin duda. Esta primera edición ha quedado impecable, he pasado por el departamento, ya están trabajando en la segunda. Este tipo nos va a hacer ganar mucho dinero. En fin, se habrá fugado a vivir la vida, pero esperemos que algún día aparezca porque la editorial no puede dejar escapar a un escritor de este calibre aunque tardase cien años en terminar su próxima novela —respira hondo y continúa—. Léame la nota, por favor.

Nota de prensa de la editorial Harper&Sons

Nuestra editorial, con el señor Charles W. Harper Junior a la cabeza, les invita a la presentación de la novela *Un lamentable descenso*, del escritor neoyorquino Henry Norton. Desde la editorial se ha hecho todo lo posible para que el autor esté presente en la cita literaria, nada nos hubiera consolado más que contar con su presencia, pero por desgracia, a día de hoy, lamentamos comunicarles que no será posible. El misterio envuelve el caso de la desaparición del señor Norton, que fue visto por última vez la madrugada del 19 de marzo, cuando acudió a la recepción de la sede de Harper&Sons para

escribir el final de su novela de forma precipitada antes de esfumarse, confiándole la única copia de la obra al guardia de seguridad.

A día de hoy el señor Norton continúa desaparecido. Desde su publicación, hace ahora justo dos semanas, *Un lamentable descenso* ha superado en número de ventas a sus dos predecesoras, convirtiéndose en todo un fenómeno literario nacional sin precedentes.

El evento tendrá lugar en el Hotel Waldorf Astoria, el próximo jueves, 25 de junio, a las 18:00 horas y contará con la presencia del señor Charles W. Harper Junior, que mostrará a la prensa las últimas anotaciones manuscritas realizadas por el señor Norton.

FIN

(Siguen notas del autor)

Notas del autor

Esta novela no habría sido posible sin los recuerdos de Nueva York que las personas que conozco me han suministrado de forma aleatoria o desinteresada, o que yo les he tomado prestados sin que ellos se percaten, durante los últimos cuatro años. No voy a nombrarlas porque son muchísimas y, con toda probabilidad e injusticia, me olvidaría de algunas de ellas.

En cuanto a la música jazz que ambienta esta novela diré que la actuación de Ben Webster en Providence (Rhode Island) en 1963 interpretando *Tenderly* y *Danny Boy*, y a la que hace referencia Hannah en las primeras páginas de esta novela, es real y verídica, así como los datos de otras actuaciones o grabaciones musicales referidas en este libro.

La heladería Mattus que se nombra varias veces en la novela no existió como tal, simplemente tomé el apellido del fundador de los famosos helados Häagen-Dazs y se lo coloqué como nombre a la propia heladería que visitan los protagonistas.

Aunque no es relevante para la trama de la novela mi nivel de verosimilitud en los detalles o datos escritos llegó a obsesionarme tanto que antes de escribir sobre algún artículo deportivo que redactase Henry Norton busqué algún partido desastroso de algún equipo de Nueva York. Y así fue como comprobé que los New York Nicks realizaron un mal partido ante Syracuse Nationals el día de Navidad de 1960. No quería ofrecer datos falsos en el libro, de modo que tomé el marcador de ese partido del día de Navidad y lo incorporé a la novela.

Nick Strasser, como el resto de personajes que he creado para esta novela, no existe. De modo que nunca fue subcampeón americano de los semipesados desde 1970 a 1972, ni mucho menos se alzó con el cinturón de campeón del mundo en 1973, cuando en realidad aquel año no hubo combate. Sin embargo sí es cierto que en diciembre de 1974 el argentino Víctor Galíndez ganó el título mundial de peso semipesado, fue en el mítico Luna

Park tras vencer por abandono en el 13º round a Len Hutchins, no a Strasser, tal y como se dice en esta novela. Galíndez se constituyó el primer campeón mundial argentino en coronarse en su país.

Existen muchos Benjamin Johnson en el mundo, en esta novela el vecino de Henry Norton le cuenta la historia, ficticia por supuesto, de un veterano de la Segunda Guerra Mundial con ese nombre que se pierde en Central Park. Es cierto que el Hospital Monte Sinaí acoge a veteranos de guerra, así que me pareció idóneo darle un poco de protagonismo a Nozomi Tanaka contando la historia de Stephen y del anciano lisiado. A pesar de lo descabellado de la misma... sonaba verídica.

El personaje histórico más conocido con ese mismo nombre, Benjamin Johnson, fue un dramaturgo, poeta y actor inglés del Renacimiento. Sus obras más conocidas son *Volpone* y *El alquimista*, además de sus poemas líricos.

Sin embargo, Ted Bundy, referido por Tanaka cuando cuenta la historia de Johnson, sí que existió. Es uno de los asesinos en serie más terribles de Norteamérica y, como se dice en esta novela, es cierto que asesinó a varias chicas en Washington y en Colorado en los años 1974 y 1975, además de en otros lugares. Reconoció 30 asesinatos aunque podrían haber sido más de 100. Fue ejecutado en la silla eléctrica en 1989 sin mostrar un atisbo de arrepentimiento.

Todos los temas de jazz que suenan en esta novela existen y pueden ser escuchados en una lista de Spotify (según disponibilidad) llamada *El lamentable descenso de Henry Norton B.S.O.* El vinilo *Ella swings gently with Nelson* que pone Norton en su apartamento es justo como se especifica en el libro y la canción *Georgia on my mind* en la voz de Ella Fitzgerald también está en el segundo corte de la cara A.

Hooters es una cadena americana de comida rápida. A comienzos de los 80 no existía, sin embargo me he permitido la libre licencia de que Nozomi Tanaka compre las hamburguesas en una nueva tienda que han abierto en Manhattan, que bien podría ser el antecedente del *boom* de esta cadena de comida rápida donde trabajan camareras de grandes pechos para servir sus menús.

Bill Evans fue uno de los más famosos pianistas de jazz que han existido. Cuando escribía esta novela y fechaba los acontecimientos comprobé que el

día que Larry daba una de sus fiestas coincidía con el que murió Bill Evans. Mi mente perversa comenzó a trabajar y acogí como buena la idea de que el famoso pianista formase parte de esta historia siendo blanco de una fatídica equivocación por parte de Carlo Consentini. En la realidad Bill Evans murió debido a una insuficiencia hepática y a una hemorragia interna provocada por la adicción a la heroína y a la cocaína, tal y como dijeron los periódicos de la época, pero no murió durante ninguna fiesta sino que en los tres días anteriores a su fallecimiento se resguardó en su apartamento aquejado de fuertes dolores. El domingo, 14 de septiembre, su esposa Laurie Verchomin le convenció de que debía ir al hospital, donde falleció al día siguiente.

No encontré información sobre si el Atlantic Bank of New York tiene un acceso a cajas de seguridad tal y como se especifica en este libro. Tanto el proceso para acceder a la zona de seguridad como el resto de datos que se suministran en este libro son totalmente ficticios.

El Café Luluc existe, pero no está frente al Atlantic Bank en la Sexta Avenida, allí, en los momentos de escribir esta novela hay una sucursal de Sovereign, en la actualidad una filial bancaria perteneciente al Banco Santander. Además la sucursal del Atlantic Bank of New York la cerraron permanentemente durante el proceso de escritura de este libro, en la actualidad hay una sucursal de Bank United.

Ni G.P. Lyndon Cooper ni ningún personaje de esta novela se asemeja a ninguna persona viva o fallecida. Según me ha devuelto las búsquedas realizadas a través de Internet no existe nadie en el mundo con el nombre de G.P. Lyndon Cooper, pero sí un Doctor Lyndon Cooper, que en el año 2012 ostenta cargos como: Catedrático honorífico de Odontología del Departamento de Prostodoncia de la Universidad de Carolina del Norte, Director del Departamento de Postgrado de Prostodoncia y de los laboratorios de Biología Ósea y Terapia de Implantes, Diplomado de la Junta Americana de Prostodoncia y Miembro del Consejo de Administración del Colegio Americano de Prostodoncia. Nada que ver con el autor del cuaderno secreto de esta historia.

El Village Vanguard es un club de jazz de Manhattan de la Séptima Avenida que está abierto desde 1925, es uno de los clubs míticos de Nueva York. Tiene horario nocturno y ni mucho menos abre antes del almuerzo, pero

en esta novela, y porque a Henry Norton le apetecía, me permití la licencia de abrirlo para que él pudiera acudir tras salir del Atlantic Bank. No iba a dejar sediento a mi personaje.

Aunque Henry Norton no reconociera los primeros compases de *Flying Home*, Illinois Jacquet inmortalizó en una grabación de ese tema en 1942 uno de los mejores solos de saxo de la historia que se conservan, sólo tenía 19 años cuando lo hizo.

La batalla de Saint-Mihiel fue una batalla de la Primera Guerra Mundial, librada entre la Fuerza Expedicionaria Estadounidense y unidades de infantería del Ejército Imperial Alemán. Tuvo lugar entre el 12 y el 19 de septiembre de 1918, en las inmediaciones del pueblo de Sain-Mihiel, en las márgenes del río Mosa, en Francia. La batalla se inició en las primeras horas de la mañana del día 12 de septiembre de 1918 por lo que parece poco probable que tuvieran que iluminar el campo de batalla con la bengala que mató al abuelo de Henry Norton. Es más, no me documenté de si en aquellos años usaban bengalas para iluminar campos de batalla, no obstante me pareció un elemento cuanto menos fiable para incluirlo en esa historia.

Existen numerosas ediciones *Single Barrel* de Jack Daniels. Cada una de ellas está elaborada con el contenido de un único barril de whisky. No hay constancia de que en 1981 existieran ediciones así pero, porque pienso que Henry Norton se lo merece, él lleva una edición *Single Barrel* de su bebida favorita cuando Consentini le detiene a la puerta de su apartamento.

El edificio de acero y cristal de cinco plantas que alberga el despacho de Kauffman no existe en el mundo real, ni el edificio que hay en ese número está rodeado por rascacielos. En su lugar, en el número 83 de Gold Street, está ubicado el New York-Presbyterian Lower Manhattan Hospital, que tiene un lema impreso sobre una franja roja de tela en su fachada que dice: «Amazing Things Are Happening Here». Me pareció curioso callejear a través de *Google Maps* por Manhattan y dar de primeras y por casualidad con esa frase cuando buscaba una ubicación para el edificio secreto de La Compañía, así que lo tomé prestado también para su fachada.

No sé si en los bloques de apartamentos de Lincoln Square hay un cuarto de conserje o de mantenimiento con copias de llaves de cada vivienda, pero

una vez lo vi en una película de Woody Allen, de modo que si él, que es una de las personas que mejor conoce Manhattan, lo pone en sus películas... ¿por qué no iba a ser cierto? Por eso la acogí como una opción válida para que Strasser lograra entrar en el apartamento que alquiló la mujer de Norton.

Al principio Kauffman se iba a llamar Heindrick Kauffman, variante de Hendrick, pero comprobé que éste último equivalía a Henry en alemán. Así que lo elegí como un pequeño guiño para hacer que el enemigo de Henry en esta historia se llamara igual que él, pero en su idioma natal.

Cuando Kauffman nombra el terremoto de Alaska se refiere al mayor seísmo de Norteamérica y tercero de la historia, que aconteció en 1964 y tuvo una magnitud de 9,2.

La botella *Sinatra Select* de Jack Daniels que abre Kauffman no es una edición numerada ni tan limitada como se indica en la novela, ni tampoco se embotelló a principios de los 80. Sin embargo sí que existe, ya que la marca de whisky la comercializó a partir de 2013 con un precio de salida que rondaba los 150 dólares. No se especificó cuántas botellas envasaron pero algunas todavía se venden por Internet a más de 200 dólares.

Tal y como nos recuerda Henry Norton en esta novela es cierto que Frank Sinatra bautizó al Jack Daniels como el néctar de los Dioses, y también era su bebida favorita.

Y para finalizar diré que:
Nunca he estado en Nueva York.
Nunca he bebido Jack Daniels.
Nunca he fumado Marlboro.
Nunca he disparado un arma...
... pero amenazo con seguir escribiendo.